

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La Princesa y el Duende (Libro completo)

Capítulo 1: Por qué la Princesa tiene una historia sobre ella

Érase una vez una princesita cuyo padre era rey de un gran país lleno de montañas y valles. Su palacio estaba construido sobre una de las montañas, y era muy grande y hermoso. La princesa, que se llamaba Irene, nació allí, pero poco después de nacer, debido a que su madre no era muy fuerte, la enviaron a ser criada por gente del campo en una gran casa, mitad castillo, mitad granja, en la ladera de otra montaña, a mitad de camino entre la base y la cima.

La princesa era una dulce criaturita, y en el momento en que comienza mi historia tenía unos ocho años, creo, pero se hizo mayor muy deprisa. Su cara era clara y bonita, con ojos como dos trozos de cielo nocturno, cada uno con una estrella disuelta en el azul. Se diría que aquellos ojos debían saber que venían de allí, de tan a menudo que miraban en aquella dirección. El techo de su cuarto era azul, con estrellas en él, tan parecido al cielo como habían podido hacerlo. Pero dudo que alguna vez

viera el cielo de verdad, con sus estrellas, por una razón que será mejor que mencione de una vez.

Estas montañas estaban llenas de huecos por debajo; enormes cavernas y caminos sinuosos, algunos con agua corriendo a través de ellos, y algunos brillando con todos los colores del arco iris cuando entraba la



luz. No se habría sabido mucho de ellas si no hubiera habido minas, grandes y profundos pozos, con largas galerías y pasadizos que salían de ellos, excavados para extraer el mineral del que estaban llenas las montañas. En el curso de la excavación, los mineros encontraron muchas de estas cavernas naturales. Algunas de ellas tenían aberturas lejanas en la ladera de una montaña o en un barranco.

Ahora bien, en estas cavernas subterráneas vivía una extraña raza de seres, llamados por algunos gnomos, por algunos kobolds y por otros duendes. Corría por el país la leyenda de que en un tiempo vivieron en la superficie y eran muy parecidos a los demás seres humanos. Pero por una razón u otra, sobre la que había diferentes teorías legendarias, el rey les había cobrado impuestos que ellos consideraban demasiado severos y les había exigido prácticas que no les gustaban; había empezado a tratarlos con más severidad y a imponerles leyes más

estrictas; y la consecuencia fue que todos habían desaparecido de la faz del país.

Sin embargo, según la leyenda, en lugar de ir a otro país, todos se habían refugiado en las cavernas subterráneas, de donde solo salían de noche, y entonces rara vez se mostraban en grupo, y nunca a mucha gente a la vez. Se decía que solo se reunían en las partes menos frecuentadas y más difíciles de las montañas, incluso de noche al aire libre. Los que habían visto a alguno de ellos decían que habían cambiado mucho con el paso de las generaciones; y no era de extrañar, ya que vivían alejados del sol, en lugares fríos, húmedos y oscuros. Ahora no eran ordinariamente feos, sino absolutamente horribles o ridículamente grotescos, tanto en el rostro como en la forma. No había invención, decían, de la imaginación más anárquica expresada por la pluma o el lápiz, que pudiera superar la extravagancia de su apariencia. Pero sospecho que quienes lo decían habían confundido a algunos de sus compañeros animales con los propios duendes, de los que hablaremos más adelante. Los duendes mismos no estaban tan alejados de los humanos como tal descripción implicaría. Y a medida que su cuerpo se deformaba, crecían en conocimiento e inteligencia, y ahora eran capaces de hacer cosas que ningún mortal podía imaginar. Pero a medida que crecían en astucia, crecían también en malicia, y su gran deleite era molestar de todas las maneras posibles a la gente que vivía sobre el suelo al aire libre por encima de ellos. Les quedaba suficiente afecto entre ellos como para no ser absolutamente

cruelles por pura crueldad con los que se cruzaban en su camino; pero aun así abrigaban de corazón el rencor ancestral contra los que ocupaban sus antiguas posesiones y especialmente contra los descendientes del rey que había provocado su expulsión; buscaban cualquier oportunidad para atormentarlos de maneras tan extrañas como sus inventores; y aunque enanos y deformes, tenían una fuerza a la altura de su astucia. Con el tiempo se habían procurado un rey y un gobierno propios, cuya principal ocupación, más allá de sus simples asuntos, era crear problemas a sus vecinos. Ahora resulta evidente por qué la princesita nunca había visto el cielo de noche. Tenían demasiado miedo de los duendes para dejarla salir de casa, aunque fuera acompañada de muchos sirvientes; y tenían buenas razones, como veremos más adelante.

Capítulo 2: La princesa se pierde

He dicho que la Princesa Irene tenía unos ocho años cuando comienza mi historia. Y así es como comienza. Un día muy lluvioso, en que la montaña estaba cubierta de una niebla que no dejaba de acumularse en forma de gotas de lluvia que se derramaban sobre los tejados de la gran casa vieja, desde donde caían en una franja de agua desde los aleros que la rodeaban, la princesa no pudo salir. Estaba muy cansada, tanto que ni siquiera sus juguetes podían divertirla. Te asombrarías si tuviera tiempo de describirte la mitad de los juguetes que tenía. Pero entonces no tendrías los juguetes en sí, y eso es lo

que marca la diferencia: no puedes cansarte de una cosa antes de tenerla. Pero era un cuadro digno de ver: la princesa sentada en el cuarto de los niños, con el cielo raso sobre la cabeza, ante una gran mesa cubierta de juguetes. Si el artista quisiera dibujar esto, le aconsejaría que no se metiera con sus juguetes. Me da miedo intentar describirlos, y creo que es mejor que no intente dibujarlos. Mejor que no. Él puede hacer mil cosas que yo no puedo, pero no creo que pudiera dibujar esos juguetes. Sin embargo, ningún hombre podría hacer mejor que él a la princesa misma, recostada con la espalda inclinada en el respaldo de la silla, la cabeza gacha y las manos en el regazo, muy desdichada, como ella misma diría, sin saber siquiera lo que le gustaría, excepto salir y mojarse a conciencia, y pescar un particular buen resfriado, y tener que irse a la cama y tomar gachas. Al momento siguiente de verla allí sentada, su nodriza sale de la habitación.

Incluso eso es un cambio, y la princesa se despierta un poco y mira a su alrededor. Entonces se levantó de la silla y salió corriendo por la puerta, no por la misma puerta por la que había salido la nodriza, sino por una que se abría al pie de una vieja y curiosa escalera de roble carcomido, que parecía como si nadie la hubiera pisado nunca. Ella había subido una vez seis escalones, y eso era razón suficiente, en un día como aquel, para intentar averiguar qué había en lo alto.

Subió y subió (le pareció un camino muy largo) hasta que llegó a lo alto del tercer piso. Allí descubrió que el descanso era el final de un largo pasadizo. Entró en él.

Estaba lleno de puertas a ambos lados. Había tantas que no se preocupó de abrir ninguna, sino que corrió hasta el final, donde entró en otro pasadizo, también lleno de puertas. Cuando dio dos vueltas más y siguió viendo puertas y solo puertas a su alrededor, empezó a asustarse. Había tanto silencio. Y todas aquellas puertas debían esconder habitaciones en las que no había nadie. Era espantoso. Además, la lluvia hacía un gran ruido en el tejado. Se dio la vuelta y arrancó a toda velocidad, con sus pequeños pasos resonando entre el ruido de la lluvia, hacia las escaleras y su habitación segura. Eso creía, pero hacía tiempo que se había perdido. Pero no por haberse perdido se había perdido ella misma.



Corrió un trecho, dio varias vueltas y empezó a tener miedo. Muy pronto estuvo segura de que había perdido el camino de vuelta. Había habitaciones por todas partes y ninguna escalera. Su corazoncito latía tan deprisa como corrían sus piecitos, y un nudo de lágrimas crecía en

su garganta. Pero estaba demasiado ansiosa y tal vez demasiado asustada para llorar durante algún tiempo. Por fin le falló la esperanza. No había más que pasadizos y puertas por todas partes. Se tiró al suelo y se echó a llorar.

Pero no lloró mucho, pues era tan valiente como era de esperar de una princesa de su edad. Después de llorar, se levantó y se quitó el polvo del vestido. ¡Oh, qué polvo tan viejo! Luego se secó los ojos con las manos, porque las princesas no siempre llevan el pañuelo en el bolsillo, como tampoco lo llevan otras niñas que yo conozco. Luego, como una verdadera princesa, resolvió ponerse a trabajar sabiamente para encontrar el camino de regreso: caminaría por los pasadizos y buscaría la escalera en todas direcciones. Así lo hizo, pero sin éxito. Recorrió una y otra vez el mismo camino sin darse cuenta, pues los pasadizos y las puertas eran todos iguales. Por fin, en un rincón, a través de una puerta entreabierta, vio una escalera. Pero, ¡ay!, iba en dirección contraria: en vez de bajar, subía. Atemorizada como estaba, no pudo evitar el deseo de ver adónde conducía la escalera. Era muy estrecha y tan empinada que avanzó como un cuadrúpedo sobre manos y pies.

Capítulo 3: La Princesa y... Ya veremos quién

Cuando llegó arriba, se encontró en un pequeño lugar cuadrado, con tres puertas, dos opuestas entre sí y una frente a la parte superior de la escalera. Se quedó un momento parada, sin saber qué hacer. Pero mientras permanecía de pie, empezó a oír un curioso zumbido. ¿Podría ser la lluvia? No. Era mucho más suave e incluso más monótono que el sonido de la lluvia, que ahora apenas oía. El zumbido bajo y dulce continuaba, a veces

se detenía un momento y luego volvía a empezar. Se parecía más al zumbido de una abeja muy feliz que hubiera encontrado un rico pozo de miel en alguna flor globular, que a cualquier otra cosa que se me ocurra en este momento. ¿De dónde podía venir? Primero acercó la oreja a una de las puertas para escuchar si estaba allí, y luego a otra. Cuando apoyó la oreja contra la tercera puerta, no cabía duda de dónde procedía: debía ser de algo que había en aquella habitación. ¿Qué podría ser? Estaba algo asustada, pero su curiosidad era más fuerte que su miedo, y abrió la puerta con mucho cuidado y se asomó. ¿Qué crees que vio? A una señora muy anciana que estaba sentada hilando.

Quizá te preguntes cómo pudo saber la princesa que la anciana era una anciana, cuando te cuente de que no solo era hermosa, sino que su piel era tersa y blanca. Te diré más. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, apartándoselo de la frente y de la cara, y le colgaba suelto hacia abajo y por toda la espalda. Eso no es propio de una anciana, ¿verdad? Pero era blanco casi como la nieve. Y aunque su rostro era tan liso, sus ojos parecían tan sabios que uno no podía dejar de ver que debía de ser vieja. La princesa, aunque no hubiera podido explicarte por qué, la creía muy vieja; casi cincuenta, se decía a sí misma. Pero era bastante mayor, como oírás.

Mientras la princesa miraba desconcertada, con la cabeza justo dentro de la puerta, la anciana levantó la suya y dijo, con una voz dulce, pero vieja y algo

temblorosa, que se mezclaba muy agradablemente con el continuo zumbido de su rueda:

—Entra, querida, entra. Me alegro de verte.

Ahora se veía claramente que la princesa era una princesa de verdad, porque no se aferró al picaporte de la puerta ni se quedó mirando sin moverse, como he visto hacer a algunas que, aunque debían haber sido princesas, no eran más que niñas vulgares. Hizo lo que le decían, cruzó la puerta de inmediato y la cerró suavemente tras de sí.

—Ven conmigo, querida —dijo la anciana.

Y de nuevo la princesa hizo lo que le decían. Se acercó a la anciana (con bastante lentitud, lo confieso), pero no se detuvo hasta que estuvo a su lado y la miró a la cara con sus ojos azules y las dos estrellas derretidas en ellos.

—¿Qué has estado haciendo con tus ojos, niña? —preguntó la anciana.

—Llorando —respondió la princesa.

—¿Por qué, niña?

—Porque no pude encontrar el camino de vuelta.

—Pero pudiste encontrar el camino hacia arriba.

—Al principio no; no por mucho tiempo.

—Pero tienes la cara manchada como el lomo de una cebra. ¿No tenías un pañuelo para limpiarte los ojos?

—No.

—Entonces, ¿por qué no viniste a mi para que te los limpiara?

—Por favor, no sabía que estabas aquí. Lo haré la próxima vez.

—Qué buena niña —dijo la anciana.

Entonces detuvo su rueca, se levantó y, saliendo de la habitación, regresó con un pequeño cuenco de plata y una suave toalla blanca, con las que lavó y secó la carita brillante. ¡Y la princesa pensó que sus manos eran muy suaves y agradables!

Cuando se llevó el cuenco y la toalla, la princesita se asombró al ver lo recta y alta que era, pues, aunque era muy vieja, no se encorvaba ni un poco. Iba vestida de terciopelo negro con gruesos encajes blancos de aspecto pesado; y sobre el vestido negro, sus cabellos brillaban como la plata. Apenas había más muebles en la habitación que los que pudiera haber en la de la anciana más pobre que se ganara el pan hilando. No había alfombra en el suelo, ni mesa en ninguna parte, nada más que la rueca de hilar y la silla que había junto a ella. Cuando regresó, se sentó y, sin decir palabra, empezó a hilar de nuevo, mientras Irene, que nunca había visto una rueca de hilar, miraba a su lado. Cuando la anciana volvió a hilar, dijo a la princesa, sin mirarla:

—¿Sabes mi nombre, niña?

—No, no lo sé —respondió la princesa.

—Mi nombre es Irene.

—¡Ese es mi nombre! —gritó la princesa.

—Lo sé, te he dado el mío. No tengo tu nombre, tú tienes el mío.

—¿Cómo es posible? —preguntó la princesa desconcertada—. Siempre he tenido mi nombre.

—Tu padre, el rey, me preguntó si tenía alguna objeción a que lo tuvieras; y, por supuesto, no la tenía. Te dejé tenerlo con mucho gusto.

—Ha sido muy amable al darme su nombre; y uno tan bonito —dijo la princesa.

—¡Oh, no tan amable! —dijo la anciana—. Un nombre es una de esas cosas que uno puede regalar y conservar igualmente. Yo tengo muchas cosas así. ¿No te gustaría saber quién soy, niña?

—Sí, eso me gustaría mucho.

—Soy tu tatarabuela —dijo la señora.

—¿Qué es eso? —preguntó la princesa.

—Soy la madre del padre de tu padre.

—¡Oh, cielos! No lo entiendo —dijo la princesa.

—Me atrevo a decir que no. No esperaba que lo hicieras. Pero esa no es razón para que no lo diga.

—¡Oh, no! —respondió la princesa.

—Te lo explicaré cuando seas mayor —continuó la señora—. Pero ahora podrás entender esto: He venido aquí para cuidarte.

—¿Hace mucho que viniste? ¿Ayer? ¿O fue hoy? Porque estaba tan mojado que no podía salir.

—Estoy aquí desde que tú llegaste.

—¡Cuánto tiempo! —dijo la princesa—. No me acuerdo de nada.

—No, supongo que no.

—Pero nunca te había visto.

—No. Pero volverás a verme.

—¿Vives siempre en esta habitación?

—No duermo en ella. Duermo en el lado opuesto del
rellano. Me siento aquí la mayor parte del día.

—No me gustaría eso. Mi habitación es mucho más
bonita. Tú también debes ser una reina, si eres mi
tatarabuela.

—Sí, soy una reina.

—¿Dónde está tu corona, entonces?

—En mi habitación.

—Me gustaría verla.

—Algún día la verás; hoy no.

—Me pregunto por qué mi nodriza nunca me lo dijo.

—La nodriza no lo sabe. Nunca me ha visto.

—Pero, ¿alguien sabe que estás en la casa?

—No, nadie.

—¿Cómo consigues la cena, entonces?

—Tengo una especie de ave de corral.

—¿Dónde la tienes?

—Te mostraré.

—¿Y quién te hace el caldo de pollo?

—Nunca mato a ninguno de MIS pollos.

—Entonces no lo entiendo.

—¿Qué desayunaste esta mañana? —preguntó la señora.

—Pan, leche y un huevo; me atrevería a decir que te
comes sus huevos.

—Sí, eso es. Me como sus huevos.

—¿Es eso lo que hace que tu pelo sea tan blanco?

—No, cariño. Eso es la edad. Soy muy vieja.

—Eso pensé. ¿Tienes cincuenta años?

—Sí, más que eso.

—¿Tienes cien?

—Sí, más que eso. Soy demasiado vieja para que lo adivines. Ven a ver mis gallinas.

De nuevo detuvo su rueca. Se levantó, tomó a la princesa de la mano, la sacó de la habitación y abrió la puerta opuesta a la escalera. La princesa esperaba ver un montón de gallinas y pollos, pero en vez de eso, vio primero el cielo azul, y luego los tejados de la casa, con una multitud de las más hermosas palomas, la mayoría blancas, pero de todos los colores, paseándose, haciéndose



reverencias unas a otras, y hablando un idioma que ella no podía entender. Dio una palmada de alegría, y se levantó tal batir de alas que ella a su vez se sobresaltó. —Has asustado a mis aves de corral —dijo la anciana, sonriendo.

—Y ellas me han asustado a mí —dijo la princesa, también sonriendo—. Pero, ¡qué aves tan bonitas! ¿Están buenos sus huevos?

—Sí, muy buenos.

—¡Qué huevos pequeñitos deben tener! ¿No sería mejor tener gallinas para conseguir huevos más grandes?

—Pero, ¿cómo podría alimentarlas?

—Ya veo —dijo la princesa—. Las palomas se alimentan solas. Tienen alas.

—Así es. Si no pudieran volar, no podría comerme sus huevos.

—Pero, ¿cómo se llega a sus huevos? ¿Dónde están sus nidos?

La señora agarró un pequeño lazo de cuerda en la pared, al lado de la puerta, y, levantando una persiana, mostró un gran número de palomares con nidos, algunos con crías y otros con huevos. Los pájaros entraban por el otro lado, y ella sacaba los huevos por éste. Volvió a cerrarla rápidamente, para que las crías no se asustaran.

—Oh, ¡qué manera tan bonita! —gritó la princesa—. ¿Me darías un huevo para comer? Tengo hambre.

—Algún día te lo daré, pero ahora tienes que volver, o la nodriza se pondrá muy triste por ti. Me atrevo a decir que te está buscando por todas partes.

—Excepto aquí —respondió la princesa—. Oh, ¡que sorpresa se llevará cuando le cuente sobre mi tatarabuela!

—Sí, se sorprenderá —dijo la anciana con una sonrisa curiosa—. No te olvides de contárselo todo con exactitud.

—Eso haré. Por favor, ¿me llevarías con ella?

—No puedo ir hasta el final, pero te llevaré hasta lo alto de la escalera y luego tendrás que bajar corriendo hasta tu habitación.

La princesita puso la mano en la de la anciana, quien, mirando a un lado y a otro, la llevó a lo alto de la primera escalera, y de allí al pie de la segunda, y no la dejó hasta que la vio a mitad de camino en la tercera. Cuando oyó el grito de alegría de su nodriza al

encontrarla, se volvió y subió de nuevo las escaleras, muy deprisa por cierto para ser una abuela tan grande, y se sentó a hilar con otra extraña sonrisa en su dulce rostro de anciana.

En otra ocasión les contaré más sobre su hilado.

Adivina qué estaba hilando.

Capítulo 4: Lo que pensó la nodriza

—¿Dónde has estado, princesa? —preguntó la nodriza, tomándola en brazos—. Es muy cruel de tu parte esconderte por tanto tiempo. Empecé a asustarme... — aquí se contuvo.

—¿De qué tenías miedo, nodriza? —preguntó la princesa. —No importa —respondió—. Tal vez te lo cuente otro día. Ahora dime dónde has estado.

—He hecho un largo viaje para ver a mi gran, genial, tatarabuela —dijo la princesa.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la nodriza, que pensó que se estaba burlando.

—Quiero decir que he subido y subido mucho para ver a mi TATARABUELA. Oh, nodriza, no sabes qué hermosa madre de abuela tengo arriba. Es una señora tan mayor, con un pelo blanco tan encantador; tan blanco como mi tacita de plata. Ahora, cuando pienso en eso, creo que su pelo debería ser plateado.

—¡Qué tonterías dices, princesa! —dijo la nodriza.

—No estoy diciendo tonterías —respondió Irene, bastante ofendida—. Te contaré todo sobre ella. Es mucho más alta que tú, y mucho más bonita.

—Me atrevería a decir que sí —comentó la nodriza.

—Y vive de huevos de paloma.

—Lo más probable —dijo la nodriza.

—Y está sentada en una habitación vacía, hilando todo el día.

—No hay duda —dijo la nodriza.

—Y guarda la corona en su habitación.

—Por supuesto, es el lugar adecuado para guardar la corona. La lleva en la cama, estoy segura.

—No dijo eso. Y no creo que lo haga. No sería cómodo, ¿verdad? No creo que mi padre use su corona como gorro de dormir, ¿verdad, nana?

—Nunca se lo he preguntado. Me atrevería a decir que sí.

—Y ha estado allí desde que yo llegué aquí; hace muchos años.

—Cualquiera podría haberte dicho eso —dijo la nodriza, que no creía una palabra de lo que Irene decía.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste?

—No era necesario. Te lo podías inventar tú sola.

—Entonces no me crees —exclamó la princesa, asombrada y enfadada, como no podía ser de otra manera.

—¿Esperabas que te creyera, princesa? —preguntó fríamente la nodriza—. Ya sé que las princesas tienen la costumbre de contar historias inventadas, pero tú eres la primera de la que tengo noticia que espera que se las

crean —añadió al ver que la niña hablaba extrañamente en serio.

La princesa rompió en llanto.

—Bueno, debo decir —remarcó la nodriza, ahora muy enfadada con ella por el llanto—, que no es muy propio de una princesa contar historias y esperar que le crean, solo porque es una princesa.

—Pero te digo que es verdad.

—Entonces lo has soñado, niña.

—No, no lo he soñado. Subí las escaleras y me perdí; y si no hubiera encontrado a la bella dama, nunca me habría encontrado a mí misma.

—¡Oh, me lo imagino!

—Bueno, sube conmigo y comprueba si no estoy diciendo la verdad.

—De hecho, tengo otro trabajo que hacer. Es la hora de cenar y no quiero más tonterías.

La princesa se limpió los ojos, y la cara se le calentó tanto que pronto se le secaron del todo. Se sentó a cenar, pero no comió casi nada. A las princesas no les sienta bien que no se les crea, porque una princesa de verdad no puede mentir. Así que no pronunció palabra en toda la tarde. Solo cuando la nodriza le hablaba, le contestaba, pues una princesa de verdad nunca es grosera, ni siquiera cuando hace bien en ofenderse.



Por supuesto, la nodriza no estaba tranquila; no es que sospechara la menor verdad en la historia de Irene, sino que la quería mucho y estaba disgustada consigo misma por haberse portado mal con ella. Pensaba que su enfado era la causa de la infelicidad de la princesa, y no tenía ni idea de que estaba real y profundamente dolida por no haber sido creída. Pero, a medida que durante la velada se hacía más y más evidente en cada uno de sus movimientos y miradas que, aunque intentaba entretenerse con sus juguetes, su corazón estaba demasiado irritado y turbado para disfrutar de ellos, el malestar de su nodriza crecía y crecía. Cuando llegó la hora de dormir, la desnudó y la acostó, pero la niña, en vez de levantar la boquita para besarla, se apartó de ella y se quedó quieta. Entonces el corazón de la nodriza se derrumbó por completo y se echó a llorar. Al oír su primer sollozo, la princesa se volvió de nuevo y le sostuvo la cara para besarla, como de costumbre. Pero la nodriza tenía el pañuelo en los ojos y no vio el movimiento.

—Nana —dijo la princesa—, ¿por qué no me crees?

—Porque no puedo creerte —dijo la nodriza enfadándose de nuevo.

—Entonces no puedes evitarlo —dijo Irene—, y no me enfadaré más contigo. Te daré un beso y me iré a dormir.

—¡Pequeño angelito! —gritó la nodriza, y la levantó de la cama y se paseó por la habitación con ella en brazos, besándola y abrazándola.

—Me dejarás llevarte a ver a mi querida tatarabuela, ¿verdad? —dijo la princesa, y se acostó de nuevo.

—Y tú ya no me dirás que soy fea, ¿verdad princesa?

—Nana, yo nunca he dicho que eres fea, ¿qué quieres decir?

—Bueno, si no lo dijiste, lo diste a entender.

—En efecto, nunca lo dije.

—Dijiste que no era tan bonita como...

—Como mi hermosa tatarabuela; sí, lo dije; y lo digo de nuevo, porque es la pura verdad.

—Entonces creo que no eres amable —dijo la nodriza, y volvió a ponerse el pañuelo en los ojos.

—Nana, querida, no todos pueden ser tan hermosos como los demás, ¿sabes? Tú eres muy guapa, pero si hubieras sido tan guapa como mi tatarabuela...

—¡Basta con tu tatarabuela! —dijo la nodriza.

—Nana, eso es muy grosero. No se te puede hablar hasta que te comportes mejor.

La princesa se apartó una vez más, y de nuevo la nodriza se avergonzó de sí misma.

—Le ruego me disculpe, princesa —dijo, aunque todavía en tono ofendido. Pero la princesa dejó pasar el tono y solo prestó atención a las palabras.

—Estoy segura que no volverás a decirlo —respondió ella, volviéndose una vez más hacia su nodriza—. Solo iba a decir que, si hubieras sido el doble de guapa de lo que eres, algún rey se habría casado contigo, y entonces, ¿qué habría sido de mí?

—¡Eres un ángel! —repitió la nodriza, abrazándola de nuevo.

—Ahora —insistió Irene—, vendrás a ver a mi tatarabuela, ¿verdad?

—Iré contigo adonde quieras, mi querubín —respondió; y en dos minutos la cansada princesita estaba profundamente dormida.

Capítulo 5: La princesa deja hacer

Cuando se despertó a la mañana siguiente, lo primero que oyó fue que la lluvia seguía cayendo. En efecto, este día era tan parecido al anterior que habría sido difícil saber para qué servía. Lo primero en que pensó, sin embargo, no fue en la lluvia, sino en la señora de la torre; y la primera pregunta que ocupó sus pensamientos fue si no debería pedirle a la nodriza que cumpliera su promesa esta misma mañana y fuera con ella a buscar a su tatarabuela en cuanto hubiera desayunado. Pero llegó a la conclusión de que tal vez a la señora no le agradaría que llevase a alguien a verla sin antes pedirle permiso; sobre todo porque era bastante evidente, dado que vivía a base de huevos de paloma y los cocinaba ella misma, que no quería que en su casa supiesen que estaba allí. Así que la princesa decidió aprovechar la primera oportunidad para ir sola y preguntar si podía traer a su nodriza. Creyó que el hecho de no poder convencerla de que decía la verdad tendría mucho peso ante su tatarabuela.

La princesa y su nodriza fueron las mejores amigas a la hora de vestirse y, en consecuencia, la princesa se tomó un desayuno enorme.

—Me pregunto, Lootie (así llamaba cariñosamente a su nodriza), a qué sabrán los huevos de paloma —dijo mientras comía su huevo, que no era muy común, pues siempre escogían los más rosados para ella.

—Te traeremos un huevo de paloma para que lo juzgues tú misma —dijo la nodriza.

—¡Oh, no, no! —respondió Irene, reflexionando de pronto que podrían molestar a la anciana al conseguirlo y que, aunque no lo hicieran, ella tendría uno menos en consecuencia.

—Qué extraña criatura eres —dijo la nodriza—, primero quieres una cosa y luego la rechazas.

Pero no lo dijo con malicia, y a la princesa nunca le importaron los comentarios que no fueran poco amistosos.

—Bueno, ya ves, Lootie, hay razones —volvió a decir, y no dijo nada más, pues no quería sacar a colación el tema de su antigua disputa, no fuera a ser que su nodriza se ofreciera a ir antes de que su tatarabuela le hubiera dado permiso para llevarla. Claro que podía negarse a llevarla, pero entonces le creería menos que nunca. Ahora bien, la nodriza, como ella misma dijo después, no podía estar todo el tiempo en la habitación; y como nunca antes de ayer la princesa le había dado el menor motivo de ansiedad, aún no se le había ocurrido vigilarla más de cerca. Así que no tardó en darle una

oportunidad y, en cuanto se le presentó la ocasión, Irene se marchó y volvió a subir las escaleras.

La aventura de este día, sin embargo, no resultó como la de ayer, aunque empezó de la misma forma; y, en efecto, el día de hoy rara vez es como el de ayer, si la gente se fijara en las diferencias, incluso cuando llueve. La princesa recorrió pasadizo tras pasadizo y no



pudo encontrar la escalera de la torre. Yo sospecho que no había subido lo suficiente y que buscaba en el segundo piso en vez de en el tercero. Cuando se volvió para regresar, fracasó igualmente en su búsqueda de la escalera. Se perdió una vez más.

Algo hizo que esta vez fuera aún peor de soportar, y no era de extrañar que volviera a llorar. De pronto se le ocurrió que había encontrado la escalera de su tatarabuela después de haber llorado antes. Se levantó de inmediato, se secó los ojos y emprendió una nueva búsqueda.

Esta vez, aunque no encontró lo que esperaba, encontró lo que era mejor: no encontró una escalera que subiera, sino una que bajaba. Evidentemente no era la escalera por la que había subido, pero era mucho mejor que ninguna; así que bajó, y estaba cantando alegremente

antes de llegar abajo. Allí, para su sorpresa, se encontró en la cocina. Aunque no se le permitía ir sola, su nodriza la había llevado a menudo, y era la favorita de los criados. Por eso, en cuanto apareció, todo el mundo se abalanzó sobre ella, pues todos querían tenerla, y la noticia de dónde se encontraba no tardó en llegar a oídos de la nodriza. Ésta acudió inmediatamente a buscarla; pero nunca sospechó cómo había llegado hasta allí, y la princesa siguió su propio consejo.

El no encontrar a la anciana no solo la decepcionó, sino que la dejó muy pensativa. A veces llegaba casi a pensar que había soñado con ella, como lo creía su nodriza, pero esa fantasía no le duraba mucho. Se preguntaba mucho si volvería a verla, y le parecía muy triste no haber podido encontrarla cuando más la necesitaba. Resolvió no decir nada más a su nodriza sobre el asunto, viendo que era tan poco lo que podía probar de sus palabras.

Capítulo 6: El pequeño minero

Al día siguiente, la gran nube seguía suspendida sobre la montaña, y la lluvia caía como el agua de una esponja llena. A la princesa le gustaba mucho estar al aire libre, y estuvo a punto de llorar cuando vio que el tiempo no mejoraba. Pero la niebla no era de un gris tan oscuro y lúgubre; había luz en ella; y a medida que pasaban las horas se hacía más y más brillante, hasta que era casi demasiado brillante para mirarla; y a última hora de la

tarde el sol irrumpió tan gloriosamente que Irene aplaudió llorando:

—¡Mira, mira, Lootie! Le han lavado la cara al sol. ¡Mira qué brillante está! Trae mi sombrero y vayamos a dar un paseo. ¡Oh, querida! ¡Oh, vaya! ¡Qué feliz soy!

Lootie se alegró mucho de complacer a la princesa. Tomó su sombrero y su capa, y salieron juntas a caminar montaña arriba, pues el camino era tan duro y empinado que el agua no podía posarse en él, y siempre estaba bastante seco para caminar unos minutos después de que cesaba la lluvia. Las nubes se alejaban en trozos rotos, como grandes ovejas alborotadas, cuya lana el sol había blanqueado hasta hacerla casi demasiado blanca para los ojos. Entre ellas, el cielo brillaba con un azul más profundo y puro, debido a la lluvia. Los árboles del camino estaban llenos de gotas que brillaban al sol como joyas. Lo único que no estaba más brillante por la lluvia eran los arroyos que bajaban de la montaña; habían cambiado de la claridad del cristal a un marrón turbio; pero lo que perdían en color lo ganaban en sonido, o al menos en ruido, pues un arroyo cuando está crecido no es tan musical como antes. Pero Irene estaba extasiada con los grandes arroyos marrones que caían por todas partes; y Lootie compartía su deleite, pues ella también había estado encerrada en la casa durante tres días.

Al fin observó que el sol se ocultaba y dijo que era hora de volver. Hizo esta observación una y otra vez, pero la princesa le rogaba que siguiera un poco más y un poco más, recordándole que era mucho más fácil ir cuesta abajo y diciéndole que cuando giraran llegarían a casa

en un momento. Y así siguieron avanzando, a veces para contemplar un grupo de helechos sobre cuyas copas corría un arroyo en forma de arco de agua, a veces para recoger una piedra brillante de una roca junto al camino, a veces para observar el vuelo de algún pájaro. De pronto, la sombra de un gran pico de montaña surgió por detrás y se disparó frente a ellas. Al verlo, la nodriza se sobresaltó y tembló, y agarrándose de la mano de la princesa se dio la vuelta y echó a correr colina abajo.

—¿Por qué tanta prisa, nana? —preguntó Irene, corriendo a su lado.

—No debemos quedarnos afuera ni un momento más.

—Pero no podemos evitar estar fuera un tiempo más. Era demasiado cierto. La nodriza casi llora. Estaban demasiado lejos de casa. Iba contra las órdenes expresas salir con la princesa un momento después de la puesta del sol; ¡y estaban casi una milla montaña arriba! Si Su Majestad, el padre de Irene, se enteraba, Lootie sería despedida sin duda; y dejar a la princesa le rompería el corazón. No era de extrañar que huyera. Pero Irene no se asustó lo más mínimo, pues no sabía de qué asustarse. Siguió charlando lo mejor que pudo, pero no era fácil.

—¡Lootie! ¡Lootie! ¿Por qué corres tan rápido? Me tiemblan los dientes cuando hablo.

—Entonces no hables —dijo Lootie.

Pero la princesa siguió hablando. Seguía diciendo, “Mira, mira, Lootie”, pero Lootie ya no hacía caso a nada de lo que decía; solo corría.

—¡Mira, mira, Lootie! ¿No ves a ese hombre gracioso asomándose sobre la roca?

Lootie solo corrió más rápido. Tuvieron que pasar junto a la roca y, cuando se acercaron, la princesa vio que solo era un trozo de roca que ella había confundido con un hombre.

—¡Mira, mira, Lootie! Hay una criatura muy curiosa a los pies de ese viejo árbol. ¡Mira, mira, Lootie! Creo que nos está haciendo muecas.

Lootie lanzó un grito ahogado y corrió aún más deprisa, tan deprisa que las piernitas de Irene no pudieron seguirla y se cayó con un fuerte golpe. Era un camino cuesta abajo y ella había corrido muy deprisa, así que no era de extrañar que se echara a llorar. Esto puso a la nodriza casi fuera de sí, pero lo único que pudo hacer fue seguir corriendo en cuanto consiguió que la princesa volviera a ponerse en pie.

—¿Quién se ríe de mí? —dijo la princesa, tratando de contener los sollozos y corriendo demasiado deprisa para sus rodillas.

—Nadie, niña —dijo la nodriza, casi enfadada.

Pero en aquel instante se oyó un estallido de toscos gorjeos desde algún lugar cercano, y una voz ronca e indistinta que parecía decir:

—¡Mentiras, mentiras, mentiras!

—¡Oh! —gritó la nodriza con un suspiro que era casi un grito, y echó a correr más deprisa que nunca.

—¡Nana! ¡Lootie! No puedo correr más. Caminemos un poco.

—¿Qué voy a hacer? —dijo la nodriza—. Ven, yo te llevaré.

La levantó, pero la encontró demasiado pesada para correr con ella y tuvo que volver a dejarla en el suelo. Entonces miró a su alrededor, lanzó un gran grito y dijo: —Nos hemos equivocado de camino y no sé dónde estamos. Estamos perdidas, ¡perdidas!

El terror que sentía la había desconcertado. Era cierto que habían perdido el camino. Habían corrido hacia un pequeño valle en el que no se veía ninguna casa.

Irene no sabía a qué se debía el terror de su nodriza, pues los criados tenían órdenes estrictas de no mencionarle nunca a los duendes, pero era muy desagradable ver a su nodriza tan asustada. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de alarmarse como ella, oyó silbidos que la reanimaron. En seguida vio a un niño que venía a su encuentro desde el valle. Era el silbador; pero antes de que se encontraran, su silbido se transformó en canto. Y esto es algo parecido a lo que cantaba:

“¡Bing, bang, bing, bang!
Gran estruendo al martillar
Golpea, rasca, perfora
Ruge, zumba, resopla
mientras arrancas la piedra
que a los duendes alegra
¡Mira este mineral!
¡Uno, dos, tres,
como el oro su brillo es!
¡Cuatro, cinco, seis,

palas y picos veis!
¡Siete, ocho, nueve,
así los brazos mueve!
¡Diez, once, doce,
que la roca no te roce!
Somos los mineros alegres
y no tememos a los duendes”

—Me gustaría que te callaras —dijo la nodriza con brusquedad, pues la sola palabra ‘duende’ en aquel momento y en aquel lugar la hacía temblar. Desafiar a los duendes de aquella manera los haría caer sobre ellos con toda seguridad, pensó. Pero, la oyera o no, el niño no dejó de cantar.

¡Trece, catorce, quince más,
el cansancio queda atrás!
¡Dieciséis, diecisiete, dieciocho,
que el pico se quede mocho
¡Diecinueve y veinte,
burlar duendes bien se siente!

—¡Cállate! —exclamó la nodriza en voz baja. Pero el niño, que ya estaba cerca, siguió cantando.

¡Shhh, chitón, callado!
¡Dónde vas, tan apurado!
¡Duende que va pasando
por el camino, tambaleando!

¡Eso nadie lo entiende!

¡Allí va, cojeando, un duende!

¡Uuuuuuh!

—¡Ya está! —dijo el muchacho, que se quedó quieto frente a ellas—. Eso les servirá. No soportan el canto, ni tampoco esa canción. No saben cantar, porque no tienen más voz que la de un cuervo, y no les gusta que canten los demás.

El chico iba vestido de minero, con un curioso gorro en la cabeza. Era un chico muy guapo, con unos ojos tan oscuros como las minas en las que trabajaba y tan brillantes como los cristales de sus rocas. Tendría unos doce años. Su rostro era casi demasiado pálido para ser bello, lo que se debía a que había estado poco tiempo al aire libre y a la luz del sol, pues hasta las verduras que crecen en la oscuridad son blancas; pero parecía feliz, alegre de verdad, tal vez por la idea de haber derrotado a los duendes, y su porte al presentarse ante ellos no tenía nada de payaso o grosero.

—Los vi —continuó—, cuando subía, y me alegro de haberlo hecho. Sabía que perseguían a alguien, pero no podía ver a quién. No las tocarán mientras yo esté con ustedes.

—¿Quién eres? —preguntó la nodriza, ofendida por la libertad con la que les hablaba.

—Soy el hijo de Peter.

—¿Quién es Peter?

—Peter, el minero.

—No lo conozco.

—Pues yo soy su hijo.

—¿Y por qué deberían preocuparse por ti los duendes?

—Porque no me importan. Estoy acostumbrado a ellos.

—¿Y eso qué importa?

—Si no les tienes miedo, ellos te tienen miedo a ti. No les tengo miedo. Eso es todo. Pero es todo lo que se quiere... aquí arriba. Allá abajo es otra cosa. Ni siquiera les importa esa canción allá abajo. Y si alguien la canta, se quedan sonriéndole horribilmente; y si se asusta, o se le escapa una palabra, o dice una equivocada, ¡oh!

—¿Qué le hacen? —preguntó Irene con la voz temblorosa.

—No vayas a asustar a la princesa —dijo la nodriza.

—¡La princesa! —repitió el minero, quitándose su curiosa gorra—. Perdone, pero no debería salir tan tarde. Todo el mundo sabe que eso va contra la ley.

—Sí, claro que lo es —dijo la nodriza comenzando a llorar de nuevo—. Y tendré que sufrir por ello.

—¿Y eso qué importa? —dijo el muchacho—. Debe ser culpa tuya. Es la princesa quien sufrirá por ello. Espero que no te hayan oído llamarla princesa. Si lo hicieron, seguro que vuelven a conocerla: son terriblemente listos.

—¡Lootie, Lootie! —gritó la princesa—. Llévame a casa.

—No sigas así —le dijo la nodriza al niño, casi con fiereza—. ¿Cómo podría evitarlo? Me he perdido.

—No deberías haber salido tan tarde. No te hubieras perdido si no te hubieras asustado —dijo el niño—. Ven conmigo. Pronto volverán a estar bien. ¿Debo cargar a su Alteza?

—¡Impertinente! —murmuró la nodriza, pero no lo dijo en voz alta, pues pensó que si lo hacía enfadar, podría

vengarse contándoselo a alguien de la casa, y entonces seguro que llegaría a oídos del rey.

—No, gracias —dijo Irene—. Puedo caminar muy bien, aunque no puedo correr tan rápido como la nodriza. Si me das una mano, Lootie me dará otra, y entonces me las arreglaré muy bien.

Pronto la tuvieron entre ellos, tomada de una mano cada uno.

—Ahora corramos —dijo la nodriza

—¡No, no! —dijo el pequeño minero—. Es lo peor que puedes hacer. Si no hubieras corrido antes, no te habrías perdido. Y si corres ahora, te perseguirán en un momento.

—No quiero correr —dijo Irene.

—No piensas en mí —dijo la nodriza.

—Sí, lo hago, Lootie. El muchacho dice que no nos tocarán si no corremos.

—Sí, pero si se enteran en la casa que te he tenido fuera hasta tan tarde, me echarán y se me romperá el corazón.

—¡Que te echen, Lootie! ¿Quién te echaría?

—Tu padre, hija.

—Pero le diré que fue mi culpa. Y sabes que lo fue, Lootie.

—No le importará. Estoy segura de que no.

—Entonces lloraré, me arrodillaré ante él y le rogaré que no me quite a mi querida Lootie.

La nodriza se sintió reconfortada al oír esto, y no dijo nada más. Siguieron caminando bastante deprisa, pero procurando no correr ni un paso.

—Quiero hablar contigo —le dijo Irene al pequeño minero—, pero es muy incómodo. No sé cómo te llamas.

—Me llamo Curdie, princesita.

—¡Qué nombre más raro! ¡Curdie! ¿Qué más?

—Curdie Peterson. ¿Cómo te llamas, por favor?

—Irene.

—¿Qué más?

—No sé qué más. ¿Qué más es mi nombre, Lootie?

—Las princesas no tienen más de un nombre. No lo quieren.

—Oh, entonces, Curdie, debes llamarme solo Irene y nada más.

—No, en efecto —dijo la nodriza indignada—. No hará tal cosa.

—¿Cómo me llamará, entonces, Lootie?

—Su Alteza Real.

—¡Mi Alteza Real! ¿Qué es eso? No, no, Lootie. No quiero que me insulten. No me gusta. Tú misma me dijiste una vez que solo los niños maleducados ponen apodos; y estoy segura de que Curdie no sería maleducado. Curdie, me llamo Irene.

—Bueno, Irene —dijo Curdie, dirigiendo a la nodriza una mirada que demostraba que disfrutaba tomándole el pelo—, es muy amable de tu parte que me permitas llamarte como quieras. Me gusta mucho tu nombre.

Esperaba que la nodriza volviera a intervenir, pero pronto vio que estaba demasiado asustada para hablar. Miraba fijamente algo que había unos metros delante de ellos, en medio del sendero, donde éste se estrechaba

entre las rocas de modo que solo podía pasar uno a la vez.

—Es muy amable de tu parte desviarte de tu camino para llevarnos a casa —dijo Irene.

—Todavía no me he desviado —dijo Curdie—. Al otro lado de esas rocas está el camino que lleva a casa de mi padre.

—No pensarás dejarnos hasta que estemos a salvo en casa, estoy segura —jadeó la nodriza.

—Por supuesto que no —dijo Curdie.

—¡Querido, bueno y amable Curdie! Te daré un beso cuando lleguemos a casa —dijo la princesa.

La nodriza le dio un gran tirón de la mano que llevaba. Pero en aquel instante la cosa que había en medio del camino, que parecía un gran trozo de tierra derribado por la lluvia, empezó a moverse. De él salieron cuatro cosas largas, como dos brazos y dos piernas, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlas. La nodriza empezó a temblar de pies a cabeza. Irene apretó aún más fuerte la mano de Curdie y éste empezó a cantar de nuevo:

“Uno, dos,
¡Corre la voz!
Tres, cuatro,
¡No hay trato!
Cinco, seis,
¡No lo ves!
Siete, ocho,
¡Un bizcocho!
Nueve, diez,

¡Golpea otra vez!
¡Corre! ¡Vamos!
¡Es tu destino!
¡Hay un sapo
En el camino!
¡Aplástalo!
¡Písalo!
¡Fríelo!
¡Sécalo!
¡Tú eres otro!
¡Que reviente!
¡Es suficiente!
¡Uuuuuuh!”

Al pronunciar las últimas palabras, Curdie soltó a su compañera y se abalanzó sobre la cosa del camino como si fuera a pisotearla. Dio un gran salto y corrió hacia una de las rocas como una enorme araña. Curdie se volvió riendo y volvió a tomar la mano de Irene. Ella la agarró con fuerza, pero no dijo nada hasta que hubieron pasado las rocas. Unos metros más y se encontró en una parte del camino que conocía y pudo volver a hablar.

—Sabes, Curdie, no me gusta mucho tu canción; me parece bastante grosera —dijo.

—Bueno, quizás lo sea —respondió Curdie—. Nunca lo había pensado; es una forma que tenemos. Lo hacemos porque a ellos no les gusta.

—¿A quién no le gusta?

—A los mazorcas, como los llamamos nosotros.

—¡No! —dijo la nodriza.

—¿Por qué no? —dijo Curdie.

—Te ruego que no lo hagas. Por favor, no.

—Si me lo pides así, por supuesto que no lo haré, aunque no sé por qué. Mira, ahí abajo están las luces de tu gran casa. Dentro de cinco minutos estarás en ella.

No pasó nada más. Llegaron a casa sanas y salvas. Nadie las había echado de menos, ni siquiera sabían que habían salido; y llegaron a la puerta que pertenecía a su parte de la casa sin que nadie las viera. La nodriza se apresuró a dar las buenas noches a Curdie, pero la princesa soltó la mano de la nodriza y estaba echando los brazos al cuello de Curdie cuando volvió a sujetarla y se la llevó a rastras.

—¡Lottie! ¡Lottie! Le prometí un beso —gritó Irene.

—Una princesa no debe dar besos. No es para nada apropiado —dijo Lottie.

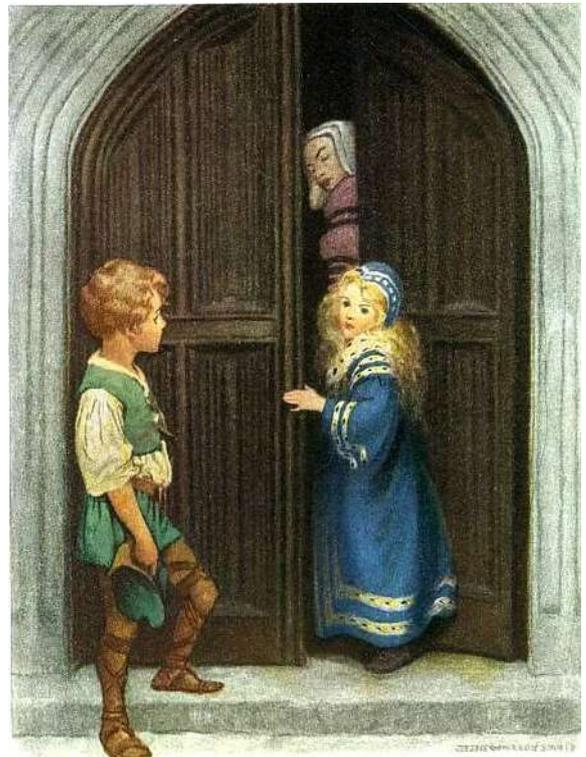
—Pero lo prometí —dijo la princesa.

—No hay motivo; es solo un niño minero.

—Es un buen chico, y un chico valiente; y ha sido muy amable con nosotras. ¡Lottie! ¡Lottie! Lo prometí.

—Entonces no deberías haberlo prometido.

—Lottie, le prometí un beso.



—Su Alteza Real —dijo Lootie, que de pronto se había vuelto muy respetuosa—, debe entrar directamente.

—Nodriza, una princesa no debe faltar a su palabra —dijo Irene, incorporándose y quedándose inmóvil.

Lootie no sabía qué le parecería peor al rey: dejar salir a la princesa después de la puesta del sol o dejarla besar a un minero. No sabía que, siendo un caballero, como lo han sido muchos reyes, él no habría considerado peor ninguna de las dos cosas. Por mucho que le disgustara que su hija besara al minero, no habría permitido que faltara a su palabra por todos los duendes de la creación. Pero, como digo, la nodriza no era lo bastante señora para entenderlo, y por eso se hallaba en un gran aprieto, pues, si insistía, alguien podría oír llorar a la princesa y correr a ver, y entonces todo se sabría. Pero entonces Curdie acudió de nuevo al rescate.

—No importa, Princesa Irene —dijo—. No debes besarme esta noche. Pero no faltarás a tu palabra. Vendré en otra ocasión. Puedes estar segura de ello.

—Oh, ¡gracias, Curdie! —dijo la princesa, y dejó de llorar.

—Buenas noches, Irene; buenas noches, Lootie —dijo Curdie, dándose la vuelta y perdiéndose de vista en un momento.

—¡Me gustaría ver eso! —murmuró la nodriza, mientras llevaba a la princesa a la habitación.

—Lo verás —dijo Irene—. Puedes estar segura de que Curdie cumplirá su palabra. Seguro que volverá.

—¡Me gustaría ver eso! —repitió la nodriza, y no dijo nada más. No quería abrir una nueva disputa con la princesa diciendo más claramente lo que quería decir.

Bastante contenta de haber logrado llegar a casa sin ser vista y de impedir que la princesa besara al hijo del minero, resolvió vigilarla mucho mejor en el futuro. Su descuido ya había duplicado el peligro que corría. Antes solo temía a los duendes; ahora tenía que proteger a su protegida también de Curdie.

Capítulo 7: Las minas

Curdie se fue a casa silbando. Resolvió no decir nada de la princesa por miedo a meter a la nodriza en problemas, pues, aunque disfrutaba burlándose de ella por lo absurda que era, tenía cuidado de no hacerle ningún daño. No volvió a ver a los duendes y pronto se quedó profundamente dormido en su cama.

Se despertó en mitad de la noche y le pareció oír ruidos extraños en el exterior. Se incorporó y escuchó; luego se levantó y, abriendo la puerta sin hacer ruido, salió. Cuando se asomó por la esquina, vio, bajo su propia ventana, un grupo de criaturas rechonchas, a las que reconoció inmediatamente por su forma. Apenas había empezado a decir: "¡Uno, dos, tres!", cuando se separaron, se escabulleron y desaparecieron de su vista. Volvió riendo, se metió de nuevo en la cama y en un momento estaba profundamente dormido.

Reflexionando un poco sobre el asunto por la mañana, llegó a la conclusión de que, como nunca antes había ocurrido nada parecido, debían de estar molestos con él por interferir para proteger a la princesa. Sin embargo, cuando se vistió, ya pensaba en algo muy distinto, pues

no valoraba en absoluto la enemistad de los duendes. En cuanto hubieron desayunado, partió con su padre hacia la mina.

Entraron en la colina por una abertura natural bajo una enorme roca, donde se precipitaba un pequeño arroyo. Siguieron su curso durante unos metros, cuando el pasadizo dio un giro y se adentró en el corazón de la colina. Con muchos ángulos, serpenteos y ramificaciones, y a veces con escalones donde se encontraba con un golfo natural, los condujo a lo más profundo de la colina antes de llegar al lugar donde estaban extrayendo el preciado mineral. Éste era de varios tipos, pues la montaña era muy rica en las mejores clases de metales. Con el pedernal, el acero y el cartucho de pólvora encendieron sus lámparas, se las colocaron en la cabeza y pronto se pusieron a trabajar con picos, palas y martillos. Padre e hijo trabajaban cerca el uno del otro, pero no en la misma cuadrilla; llamaban cuadrillas a los pasadizos por los que se extraía el mineral, pues cuando el filón o la veta de mineral era pequeño, un minero tenía que cavar solo en un pasadizo no más grande de lo que le permitía trabajar, a veces en posiciones incómodas y estrechas. Si se detenían un momento, podían oír a su alrededor, unos más cerca, otros más lejos, los sonidos de sus compañeros excavando en todas direcciones en el interior de la gran montaña: unos agujereando la roca para volarla con pólvora, otros paleando el mineral roto en cestos para llevarlo a la boca de la mina, otros golpeando con sus picos. A veces, si el minero se encontraba en una zona muy solitaria,

solo oía un golpeteo, no más fuerte que el de un pájaro carpintero, pues el sonido llegaba desde muy lejos a través de la sólida roca de la montaña.

El trabajo era duro, en el mejor de los casos, porque bajo tierra hace mucho calor; pero no era particularmente desagradable, y algunos de los mineros, cuando querían ganar un poco más de dinero para un fin particular, se quedaban cuando se iba el resto y trabajaban toda la noche. Pero allí abajo no se distinguía el día de la noche, salvo por el cansancio y el sueño, pues la luz del sol no entraba nunca en aquellas regiones sombrías. Algunos de los que se habían quedado durante la noche, aunque estaban seguros de que ninguno de sus compañeros estaba trabajando, declaraban a la mañana siguiente que oían, cada vez que se detenían un momento para tomar aliento, un repiqueteo a su alrededor, como si la montaña estuviera entonces más llena de mineros que nunca durante el día; y algunos, en consecuencia, nunca se quedaban a pasar la noche, porque todos sabían que aquellos eran los sonidos de los duendes. Solo trabajaban de noche, pues la noche de los mineros era el día de los duendes. De hecho, la mayoría de los mineros tenían miedo de los duendes, pues eran bien conocidas entre ellos las



extrañas historias del trato que habían recibido algunos a quienes los duendes habían sorprendido en su trabajo durante la noche. Sin embargo, los más valientes, entre ellos Peter Peterson y Curdie, que en esto tomó el ejemplo de su padre, habían permanecido en la mina toda la noche una y otra vez, y aunque se habían encontrado varias veces con algunos duendes perdidos, nunca habían conseguido ahuyentarlos. Como ya he indicado, la principal defensa contra ellos era el verso, pues odiaban todo tipo de versos, y algunos no los soportaban en absoluto. Sospecho que no podían hacer ninguno ellos mismos, y que por eso les disgustaba tanto. En todo caso, los que más miedo les tenían eran los que ni sabían hacer versos ellos mismos ni se acordaban de los versos que otros les hacían; mientras que los que nunca tenían miedo eran los que podían hacer versos por sí mismos; porque, aunque había ciertas rimas antiguas que eran muy eficaces, sin embargo, era bien sabido que una rima nueva, si era del tipo adecuado, les desagradaba aún más, y por lo tanto era más eficaz para ponerlos en fuga.

Tal vez mis lectores se estén preguntando qué pueden hacer los duendes trabajando toda la noche, ya que nunca subieron el mineral ni lo vendieron; pero cuando les haya informado de lo que Curdie aprendió la noche siguiente, podrán comprenderlo.

Pues Curdie había decidido, si su padre se lo permitía, quedarse allí solo esa noche, y eso por dos razones: en primer lugar, quería conseguir un sueldo extra para poder comprarle una enagua roja muy abrigada a su

madre, que este otoño había empezado a quejarse del frío del aire de la montaña antes de lo habitual; y en segundo lugar, solo tenía una débil esperanza de averiguar qué andaban haciendo los duendes bajo su ventana la noche anterior.

Cuando se lo dijo a su padre, éste no puso objeción alguna, pues tenía gran confianza en el valor y los recursos de su hijo.

—Lamento no poder quedarme contigo —dijo Peter—, pero quiero ir a hacer una visita al párroco esta tarde; y, además, me ha dolido un poco la cabeza todo el día.

—Lo siento, padre —dijo Curdie.

—Oh, no es mucho. Te cuidarás, ¿verdad?

—Sí, padre, lo haré. Estaré muy atento, te lo prometo.

Curdie fue el único que permaneció en la mina. A eso de las seis, los demás se marcharon, dándole todos las buenas noches y diciéndole que se cuidara, pues era el favorito de todos.

—No olvides tus rimas —dijo uno.

—No, no —respondió Curdie.

—No importa si lo hace —dijo otro—, porque solo tendrá que hacer una nueva.

—Sí, pero podría no ser capaz de hacerla lo suficientemente rápido —dijo otro—, y mientras se le está cocinando la cabeza, podrían aprovecharse y atacarlo.

—Haré lo que pueda —dijo Curdie—. No tengo miedo.

—Todos lo sabemos —respondieron, y se alejaron.

Capítulo 8: Los duendes

Durante algún tiempo, Curdie trabajó enérgicamente, arrojando todo el mineral que había retirado a un lado, para tenerlo listo por la mañana. Oyó muchos golpecitos de duendes, pero todo sonaba muy lejos, en la colina, y no les prestó mucha atención. Hacia medianoche empezó a sentir hambre, así que dejó el pico, sacó un trozo de pan que había puesto por la mañana en un agujero húmedo de la roca, se sentó sobre un montón de mineral y cenó. Luego se recostó para descansar cinco minutos antes de reanudar el trabajo y apoyó la cabeza contra la roca. No había mantenido la postura ni un minuto cuando oyó algo que le hizo aguzar el oído. Parecía una voz dentro de la roca. Al cabo de un rato volvió a oírla. Era una voz de duende, no cabía duda, y esta vez pudo distinguir las palabras.

—¿No sería mejor que nos fuéramos? —dijo.

Una voz más áspera y profunda respondió:

—No hay prisa. Ese miserable topo no acabará esta noche, aunque trabaje duro. No está en el lugar más delgado ni mucho menos.

—Pero, ¿sigues pensando que el filón llega hasta nuestra casa? —dijo la primera voz.

—Sí, pero un poco más lejos de lo que ha llegado todavía. Si hubiera golpeado un poco más hacia un lado, justo aquí —dijo el duende, golpeando la misma piedra contra la que tenía la cabeza, según le pareció a Curdie —, habría llegado; pero ahora está un par de metros más allá, y si sigue el filón pasará una semana antes de que lo lleve adentro. Ya lo ve, es un largo camino. Aun así, tal vez, en caso de accidente sería mejor salir de

esto. Helfer, tú llevarás el gran cofre. Eso es asunto tuyo, ya sabes.

—Sí, padre —dijo una tercera voz—. Pero debes ayudarme a ponérmelo en la espalda. Es muy pesado, ¿sabes?

—Bueno, no es solo una bolsa de humo, admito. Pero tú eres fuerte como una montaña, Helfer.

—Tú lo dices, padre. Yo mismo creo que estoy bien. Pero podría cargar diez veces más si no fuera por mis pies.

—Ese es tu punto débil; lo confieso, muchacho.

—¿No es el tuyo también, padre?

—Bueno, para ser honesto, es una debilidad de los duendes. No tengo ni idea de por qué son tan blandos.

—Especialmente cuando tienes la cabeza tan dura, padre.

—Sí, muchacho. La gloria del duende es su cabeza. Y pensar que los de arriba tienen que ponerse cascos y cosas así cuando van a pelear. ¡Jaja!

—¿Por qué no usamos zapatos, como ellos, padre? Me gustaría; sobre todo cuando tengo un cofre como ese en la cabeza.

—Bueno, verás, no es la moda. El rey nunca lleva zapatos.

—La reina, sí.

—Sí, pero es por la distinción. La primera reina, verás (quiero decir la primera esposa del rey), llevaba zapatos, por supuesto, porque venía de arriba; y así, cuando muriera, la siguiente reina no sería inferior a ella, como ella decía, y llevaría zapatos también. Era todo orgullo. Ella es la más dura en prohibírseles al resto de las mujeres.

—¡Estoy segura de que no usaría... no, no porque... que no los usaría! —dijo la primera voz, que era evidentemente la de la madre de la familia—. No se me ocurre por qué habría de hacerlo.

—¿No te dije que la primera era de arriba? —dijo el otro—. Esa ha sido la única tontería de la que he conocido culpable a Su Majestad. ¿Por qué se casaría con una mujer tan estrafalaria como ésa, una de nuestras enemigas naturales?

—Supongo que se enamoró de ella.

—¡Bah! Ahora es igual de feliz con una de los suyos.

—¿Murió muy pronto? No se burlaron de ella hasta la muerte, ¿verdad?

—¡Oh, no! El rey adoraba el suelo que pisaba.

—¿De qué murió entonces? ¿No le sentó bien el aire?

—Murió cuando nació el joven príncipe.

—¡Qué tonta! Nosotros nunca hacemos eso. Debió de ser porque llevaba zapatos.

—No lo sé.

—¿Por qué usan zapatos allá arriba?

—Ah, esa es una buena pregunta, y te la responderé. Pero para hacerlo, primero debo contarte un secreto. Una vez vi los pies de la reina.

—¿Sin zapatos?

—Sí, sin zapatos.

—¡No! ¿Los viste? ¿Cómo fue?

—No importa cómo fue. Ella no sabía que yo los había visto. ¿Y qué crees? ¡Tenían dedos en los pies!

—¡Dedos! ¿Qué es eso?

—¡Puedes preguntarlo! Nunca lo habría sabido si no hubiera visto los pies de la reina. Imagínate, las puntas de sus pies estaban divididas en cinco o seis pedazos delgados.

—¡Oh, que horror! ¿Cómo pudo el rey enamorarse de ella?

—Olvidas que llevaba zapatos. Por eso los llevaba. Por eso todos los hombres, y también las mujeres, llevan zapatos. No soportan ver sus pies sin ellos.

—¡Ah! Ahora entiendo. Si alguna vez vuelves a querer zapatos, Helfer, te golpearé en los pies... lo haré.

—No, no, madre; te ruego que no lo hagas.

—Entonces no lo hagas.

—Pero con una caja tan grande en la cabeza...

Siguió un horrible grito, que Curdie interpretó como respuesta a un golpe de su madre en los pies de su duende mayor.

—Bueno, ¡nunca había sabido tanto! —comentó una cuarta voz.

—Tus conocimientos aún no son universales —dijo el padre—. Solo cumpliste cincuenta el mes pasado. Ocúpate de la cama y la ropa de cama. En cuanto terminemos de cenar, nos levantaremos y nos iremos. ¡Jajaja!

—¿De qué te ríes, esposo?

—Me río de pensar en el lío en que se encontrarán los mineros dentro de... los próximos diez años.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, nada.

—Oh, sí, quieres decir algo. Siempre quieres decir algo.

—Es más que tú, entonces, querida.

—Puede ser; pero no es más de lo que yo averiguo, ¿sabes?

—¡Jaja! Eres muy lista. Vaya madre que tienes, Helfer.

—Sí, padre.

—Bueno, supongo que debo decírtelo. Están todos en el palacio consultando sobre ello esta noche; y tan pronto como nos hayamos alejado de este delgado lugar iré allí para oír qué noche fijan. Me gustaría ver a ese joven rufián allí al otro lado, debatiéndose en la agonía de... Bajó tanto la voz que Curdie solo pudo oír un gruñido. El gruñido se prolongó en el bajo durante un buen rato, tan inarticulado como si la lengua del duende hubiera sido una salchicha; y no fue hasta que su esposa volvió a hablar que subió a su tono anterior.

—Pero, ¿qué haremos cuando estés en el palacio? — preguntó.

—Los veré a salvo en la nueva casa que he estado cavando para ustedes durante los dos últimos meses. Podge, ocúpate de la mesa y las sillas. Las confío a tu cuidado. La mesa tiene siete patas y cada silla tres. Las necesitaré todas en tus manos.

Después de esto surgió una confusa conversación sobre los diversos bienes de la casa y su transporte; y Curdie no oyó nada más que tuviera importancia.

Ahora conocía al menos una de las razones del constante ruido de los martillos y picos de los duendes por la noche. Estaban construyendo nuevas casas, a las que podrían refugiarse cuando los mineros amenazaran con irrumpir en sus viviendas. Pero había aprendido dos

cosas mucho más importantes. La primera era que alguna grave calamidad se preparaba y estaba casi lista para caer sobre las cabezas de los mineros; la segunda era el único punto débil del cuerpo de un duende; no sabía que sus pies fueran tan tiernos como ahora tenía razones para sospechar. Había oído decir que no tenían dedos en los pies, pero nunca había tenido ocasión de inspeccionarlos lo bastante de cerca, en el crepúsculo en que siempre aparecían, como para cerciorarse de que era cierto. De hecho, ni siquiera había podido cerciorarse de que no tuvieran dedos, aunque también se decía comúnmente que así era. De hecho, uno de los mineros, que había recibido más educación que el resto, solía argumentar que tal debía de ser la condición primordial de la humanidad, y que la educación y la artesanía habían desarrollado tanto los dedos de los pies como los de las manos, proposición con la que Curdie había oído una vez a su padre estar sarcásticamente de acuerdo, alegando en su apoyo la probabilidad de que los guantes de los bebés fueran un vestigio tradicional del antiguo estado de cosas; mientras que las medias de todas las épocas, en las que no se prestaba atención a los dedos de los pies, apuntaban en la misma dirección. Pero lo importante era el hecho relativo a la suavidad de los pies de los duendes, que preveía podría ser útil para todos los mineros. Lo que tenía que hacer mientras tanto, sin embargo, era descubrir, si era posible, el especial designio maligno que los duendes tenían ahora en la cabeza.

Aunque conocía todas las cuadrillas y todas las galerías naturales con las que se comunicaban en la parte minada de la montaña, no tenía la menor idea de dónde estaba el palacio del rey de los duendes; de lo contrario, se habría lanzado de inmediato a la aventura de descubrir cuál era dicho designio. Juzgó, y con razón, que debía encontrarse en una parte más alejada de la montaña, sin comunicación alguna con la mina todavía. Sin embargo, debía de haber una casi terminada, pues no podía ser más que un delgado tabique lo que ahora las separaba. ¡Si tan solo pudiera atravesarlo a tiempo para seguir a los duendes en su retirada! Unos cuantos golpes serían sin duda suficientes, justo donde ahora tenía la oreja; pero si intentaba golpear allí con el pico, solo conseguiría acelerar la partida de la familia, ponerlos en guardia y tal vez perder su involuntaria guía. Comenzó, pues, a palpar el muro con las manos, y pronto descubrió que algunas de las piedras estaban lo suficientemente sueltas como para arrancarlas con poco ruido. Agarró una grande con las dos manos, la sacó suavemente y la dejó caer.

—¿Qué fue ese ruido? —preguntó el duende padre.



Curdie apagó la luz, para que no brillara.

—Debe ser ese minero que se quedó atrás del resto — dijo la madre.

—No; se ha ido hace un buen rato. Hace una hora que no oigo un golpe. Además, no fue así.

—Entonces supongo que debe haber sido una piedra arrastrada por el arroyo interior.

—Tal vez. Tendrá más espacio dentro de poco.

Curdie se quedó quieto. Al cabo de un rato, sin oír otra cosa que los ruidos de los preparativos para la partida, mezclados con alguna palabra ocasional de orientación, y ansioso por saber si la remoción de la piedra había abierto una abertura en la casa de los duendes, metió la mano para palpar. Recorrió un buen trecho y luego entró en contacto con algo blando. No tuvo más que un momento para palparlo, ya que se retiró rápidamente: era uno de los pies sin dedos de los duendes. Su dueño lanzó un grito de espanto.

—¿Qué pasa, Helfer? —preguntó su madre.

—Una bestia salió de la pared y me lamió el pie.

—¡Tonterías! En nuestro país no hay bestias —dijo su padre.

—Pero así fue, padre. Lo sentí.

—Tonterías, dije. ¿Vas a difamar a tu tierra natal y reducirla al nivel del país de arriba? Está plagado de bestias salvajes de todo tipo.

—Pero lo sentí, padre.

—Te digo que te calles. No eres un patriota.

Curdie reprimió la risa y se quedó quieto como un ratón, pero no más quieto, pues a cada momento seguía

mordisqueando con los dedos los bordes del agujero. Poco a poco lo iba agrandando, pues aquí la roca se había hecho pedazos con la voladura.

Parecía haber muchos miembros de la familia, a juzgar por las confusas conversaciones que de vez en cuando entraban por el agujero; pero cuando todos hablaban a la vez, y como si tuvieran cepillos de botella en la garganta, no era fácil entender gran cosa de lo que se decía. Al fin volvió a oír lo que decía el duende padre.

—Ahora, entonces —dijo—, pónganse los bultos en la espalda. Ven, Helfer, te ayudaré a subir tu cofre.

—Ojalá fuera mi cofre, padre.

—¡Tu turno llegará a su debido tiempo! Date prisa. Debo ir a la reunión en el palacio esta noche. Cuando termine, podremos volver y recoger lo último antes de que nuestros enemigos regresen por la mañana. Ahora enciendan sus antorchas, y vengan. Qué diferencia es proveernos de nuestra propia luz, en vez de depender de una cosa colgada en el aire, un artilugio de lo más desagradable, destinado sin duda a cegarnos cuando nos aventuremos bajo su nefasta influencia. Yo lo llamo algo vulgar y chillón, aunque sin duda útil para las pobres criaturas que no tienen el ingenio de alumbrarse por sí mismas.

Curdie no pudo evitar llamar para saber si habían hecho fuego para encender sus antorchas. Pero un momento de reflexión le mostró que habrían dicho que sí, ya que golpearon dos piedras y se produjo el fuego.

Capítulo 9: La sala del palacio de los duendes

Siguió un ruido de muchos pies suaves, pero pronto cesó. Entonces Curdie se abalanzó sobre el agujero como un tigre y tiró de él. Los lados cedieron y pronto fue lo bastante grande como para que pudiera arrastrarse a través de él. No quiso delatarse encendiendo de nuevo su lámpara, pero las antorchas de la tropa en retirada, que encontró partiendo en línea recta por una larga avenida desde la puerta de su cueva, arrojaron luz suficiente para permitirle echar un vistazo alrededor de la casa desierta de los duendes. Para su sorpresa, no pudo descubrir nada que la distinguiera de una cueva natural ordinaria en la roca, con muchas de las cuales había tropezado con el resto de los mineros en el progreso de sus excavaciones. Los duendes habían hablado de volver a buscar el resto de sus pertenencias: no vio nada que le hiciera sospechar que una familia se había refugiado allí una sola noche. El suelo era áspero y pedregoso; las paredes, llenas de esquinas salientes; el techo, en un lugar, de seis metros de altura, en otro, que le hacía peligrar la frente; mientras que, por un lado, un riachuelo, no más grueso que una aguja, es cierto, pero suficiente para extender una amplia humedad sobre la pared, fluía por la cara de la roca. Pero la tropa que tenía delante se fatigaba bajo pesadas cargas. Podía distinguir a Helfer de vez en cuando, entre la luz y la sombra parpadeantes, con su pesado cofre sobre los hombros encorvados; mientras que el segundo hermano

estaba casi enterrado en lo que parecía un gran lecho de plumas.

“¿De dónde sacan las plumas?”, pensó Curdie; pero en un momento la tropa desapareció en una curva del camino, y ahora era tan seguro como necesario que Curdie los siguiera, no fuera que tuvieran que dar la vuelta en el siguiente desvío antes de que los volviera a ver, pues entonces podría perderlos por completo. Corrió tras ellos como un galgo. Cuando llegó a la esquina y miró cautelosamente a su alrededor, volvió a verlos a cierta distancia por otro largo pasadizo. Ninguna de las galerías que vio aquella noche mostraba signos de haber sido obra del hombre, ni tampoco de un duende. De sus techos colgaban estalactitas, mucho más antiguas que las minas, y sus suelos eran ásperos, con cantos rodados y grandes piedras redondas, lo que demostraba que por allí debió correr agua alguna vez. Esperó de nuevo en esta esquina hasta que desaparecieron por la siguiente, y así los siguió un largo trecho a través de un pasadizo tras otro. Los pasadizos eran cada vez más altos y el techo estaba cubierto de brillantes estalactitas.

La procesión que siguió era bastante extraña. Pero lo más extraño eran los animales domésticos que se amontonaban entre los pies de los duendes. Era cierto que allí no tenían animales salvajes, al menos no conocían ninguno, pero tenían un número maravilloso de animales domesticados. Debo, sin embargo, reservar cualquier contribución a la historia natural de éstos para un momento posterior de mi relato.

Al final, al doblar una esquina demasiado bruscamente, casi se había precipitado en medio de la familia de duendes, pues ya habían depositado todas sus pertenencias en el suelo de una cueva considerablemente mayor que la que habían abandonado. Estaban aún demasiado agitados para hablar, pues de lo contrario él les habría avisado de su detención. Sin embargo, retrocedió antes de que nadie lo viera y, tras retroceder un buen trecho, se quedó vigilando hasta que el padre salió para ir al palacio.

Al poco rato, tanto él como su hijo Helfer aparecieron y siguieron en la misma dirección que antes, mientras Curdie los seguía de nuevo con renovada precaución. Durante mucho tiempo no oyó ningún ruido, salvo algo parecido al torrente de un río dentro de la roca; pero al fin llegó a sus oídos lo que parecía el ruido lejano de un gran griterío que, sin embargo, cesó al poco rato. Después de avanzar un buen tramo, le pareció oír una sola voz. La voz sonaba cada vez más clara a medida que avanzaba, hasta que por fin casi pudo distinguir las palabras. Al cabo de uno o dos instantes, mientras seguía a los duendes a la vuelta de otra esquina, volvió a retroceder, esta vez asombrado.

Se encontraba a la entrada de una magnífica caverna, de forma ovalada, que en otro tiempo probablemente fue un enorme depósito natural de agua, y que ahora era el gran salón del palacio de los duendes. Se alzaba a una altura tremenda, pero el techo estaba compuesto de materiales tan brillantes, y la multitud de antorchas que llevaban los duendes que se agolpaban en el suelo

iluminaban el lugar tan brillantemente, que Curdie podía ver hasta arriba bastante bien. Pero no tuvo ni idea de lo inmenso que era el lugar hasta que sus ojos se acostumbraron a él, lo que no ocurrió hasta pasados muchos minutos. Los toscos salientes de las paredes y las sombras que las antorchas proyectaban hacia arriba hacían que los lados de la sala parecieran abarrotados de estatuas sobre soportes y pedestales, que se alzaban en gradas irregulares desde el suelo hasta el techo. Las paredes mismas eran, en muchas partes, de sustancias gloriosamente brillantes, algunas de ellas además magníficamente coloreadas, que contrastaban poderosamente con las sombras. Curdie no pudo evitar preguntarse si sus rimas servirían de algo contra semejante multitud de duendes como los que llenaban el suelo del vestíbulo, y de hecho se sintió considerablemente tentado de empezar a gritar «¡Uno, dos, tres!», pero como no había razón para acribillarlos y mucho menos para esforzarse en descubrir sus intenciones, se mantuvo perfectamente callado y, asomándose por el borde de la puerta, escuchó con sus dos agudos oídos.

En el otro extremo de la sala, muy por encima de las cabezas de la multitud, había un saliente en forma de terraza de considerable altura, originado por el retroceso de la parte superior de la pared de la cueva. Sobre ella estaban sentados el rey y su corte: el rey en un trono excavado en un enorme bloque de mineral de cobre verde, y su corte en asientos más bajos a su alrededor. El rey les había estado dando un discurso, y

los aplausos que le siguieron fueron lo que Curdie había oído. Uno de los miembros de la corte se dirigía ahora a la multitud. Lo que le oyó decir fue lo siguiente:

—Por lo tanto, parece que durante un tiempo se han estado trabajando dos planes a la vez en la fuerte cabeza de Su Majestad para la liberación de su pueblo. Sin tener en cuenta el hecho de que fuimos los primeros poseedores de las regiones que ahora habitan, ni el hecho de que abandonamos esa región por los motivos más nobles, o de que los superamos tanto en capacidad mental como ellos nos superan en estatura, nos consideran una raza degradada y se burlan de todos nuestros mejores sentimientos. Pero casi ha llegado el momento, gracias al genio inventivo de Su Majestad, en que podremos vengarnos de una vez por todas de su comportamiento hostil.

—Si le place, Su Majestad —gritó una voz cerca de la puerta, que Curie reconoció como la del duende al que había seguido.

—¿Quién es el que interrumpe al Canciller? —gritó otra desde cerca del trono.

—Glump —respondieron varias voces.

—Es nuestro fiel súbdito —dijo el rey mismo, con voz pausada y majestuosa—, que se acerque y hable.

Glump se abrió paso entre la multitud y, tras subir a la tribuna e inclinarse ante el rey, habló de la siguiente manera:

—Señor, habría callado si no hubiera sabido que solo yo sabía lo cercano que estaba el momento al que el Canciller acababa de referirse.

—Con toda probabilidad, antes de que pase otro día, el enemigo habrá entrado en mi casa, ya que el tabique que la separa no tiene ahora más de medio metro de grosor. “No tanto”, pensó Curdie para sus adentros.

—Esta misma tarde he tenido que sacar mis pertenencias; por lo tanto, cuanto antes estemos listos para llevar a cabo el plan, para cuya



ejecución Su Majestad ha estado haciendo tan magníficos preparativos, mejor. Solo puedo añadir que en los últimos días he percibido un pequeño brote en mi comedor que, combinado con observaciones sobre el curso del río que escapa por donde entran los malvados, me ha convencido de que cerca del lugar debe haber un profundo golfo en su cauce. Este descubrimiento, confío, añadirá considerablemente a las por otra parte inmensas fuerzas a disposición de Su Majestad.

Calló, y el rey agradeció su discurso con una inclinación de cabeza; tras lo cual Glump, después de una reverencia a Su Majestad, se deslizó entre el resto de la poco distinguida multitud. Entonces el Canciller se levantó y volvió a hablar.

—La información que el digno Glump nos ha dado —dijo—, podría haber sido de considerable importancia en este momento, pero para ese otro diseño ya se ha referido que, naturalmente, tiene prioridad. Su Majestad, no queriendo proceder a extremos, y bien consciente de que tales medidas tarde o temprano resultan en reacciones violentas, ha expresado una medida más fundamental y comprensiva, de la cual no necesito decir más. Si Su Majestad tiene éxito (¿quién se atreve a dudarlo?) entonces se establecerá una paz, en beneficio del reino de los duendes, por lo menos durante una generación, absolutamente segura por la promesa que Su Alteza Real el príncipe tendrá y mantendrá el buen comportamiento de sus parientes. Si Su Majestad fracasa (¿quién se atrevería siquiera a imaginarlo en sus pensamientos más secretos?), entonces será el momento de llevar a cabo con rigor el designio al que se refería Glump, y para el cual nuestros preparativos ya están prácticamente terminados. El fracaso de lo primero hará imperativo lo segundo.

Curdie, percibiendo que la asamblea se acercaba a su fin y que había pocas posibilidades de que se descubriera más a fondo cualquiera de los dos planes, pensó ahora que era prudente escapar antes de que los duendes empezaran a dispersarse, y se escabulló silenciosamente.

No había mucho peligro de encontrarse con duendes, pues al menos todos los hombres habían quedado detrás de él en el palacio; pero existía un peligro considerable de que se equivocara de camino, pues ahora no tenía luz

y debía depender de su memoria y de sus manos. Después de haber dejado atrás el resplandor que salía de la puerta de la nueva morada de Glump, se quedó completamente sin guía, en lo que a sus ojos se refería. Estaba ansioso por volver por el agujero antes de que los duendes regresaran a buscar los restos de sus muebles. No es que les temiera lo más mínimo, pero, como era de la mayor importancia que descubriera a fondo cuáles eran los planes que tramaban, no debía ocasionar la menor sospecha de que los vigilaba un minero.

Se apresuró a avanzar, tanteando el camino a lo largo de las paredes de roca. Si no hubiera sido muy valiente, habría estado muy ansioso, pues no podía sino saber que si perdía el camino sería lo más difícil del mundo volver a encontrarlo. La mañana no traería luz a estas regiones; y menos aún podía esperarse que los duendes se mostraran corteses con él, que era conocido como un rimador y perseguidor especial. Bien hubiera deseado haber traído consigo su lámpara y su caja de pólvora, en las que no había pensado cuando se arrastró tan ansiosamente tras los duendes. Tanto más lo deseó cuando, al cabo de un rato, encontró el camino bloqueado y no pudo avanzar más. De nada le sirvió volver atrás, pues no tenía la menor idea de dónde había empezado a equivocarse. Mecánicamente, sin embargo, siguió tanteando las paredes que lo acorralaban. Su mano llegó a un lugar por donde corría un diminuto chorro de agua por la cara de la roca.

—¡Qué estúpido soy! Estoy al final de mi viaje. Y ahí están los duendes volviendo a buscar sus cosas —se dijo cuando el rojo resplandor de sus antorchas apareció al final de la larga avenida que conducía a la cueva. En un momento se había tirado al suelo y se escurría hacia atrás por el agujero. El suelo del otro lado era varios metros más bajo, lo que facilitaba la vuelta. Le costó mucho levantar la piedra más grande que había sacado del agujero, pero consiguió meterla de nuevo. Se sentó en el montón de mineral y pensó.

Estaba bastante seguro de que el último plan de los duendes consistía en inundar la mina abriendo salidas para el agua acumulada en los depósitos naturales de la montaña, así como atravesando partes de ella. Mientras la parte ahuecada por los mineros permaneció aislada de la habitada por los duendes, éstos no habían tenido oportunidad de herirlos de ese modo; pero ahora que se había abierto un paso, y que la parte de los duendes resultaba ser la más alta de la montaña, Curdie tenía claro que la mina podía ser destruida en una hora. El agua era siempre el principal peligro al que estaban expuestos los mineros. A veces se encontraban con un poco de humedad, pero nunca con el gas inflamable tan común en las minas de carbón. De ahí que tuvieran cuidado en cuanto veían aparecer agua. Como resultado de sus reflexiones mientras los duendes estaban ocupados en su viejo hogar, a Curdie le pareció que lo mejor sería construir toda esta banda, rellenándola con piedra y arcilla o tierra, de modo que no hubiera el menor canal por donde pudiera entrar el agua. No

había, sin embargo, ningún peligro inmediato, pues la ejecución del plan de los duendes dependía del fracaso de aquel diseño desconocido que iba a tener precedencia sobre él; y él estaba muy ansioso por mantener abierta la puerta de la comunicación, para poder descubrir, si era posible, cuál era el plan anterior. Al mismo tiempo, no podían reanudar sus intermitentes trabajos para la inundación sin que él lo descubriera; cuando, poniendo todas las manos a la obra, la única salida existente podría convertirse en impenetrable para cualquier peso de agua en una sola noche, ya que, llenando la banda por completo, su terraplén quedaría apuntalado por las laderas de la propia montaña.

En cuanto vio que los duendes se habían retirado de nuevo, encendió su lámpara y procedió a llenar el agujero que había hecho con las piedras que podía retirar cuando quisiera. Luego pensó que sería mejor, ya que podría pasar muchas noches en vela, irse a casa y dormir un poco.

¡Qué agradable se sentía el aire nocturno en el exterior de la montaña después de lo que había pasado en su interior! Se apresuró a subir la colina sin encontrarse ni un solo duende por el camino, y llamó y golpeó la ventana hasta despertar a su padre, que no tardó en levantarse y dejarlo entrar. Le contó toda la historia; y, tal como había esperado, su padre pensó que lo mejor era no trabajar más aquella veta, pero al mismo tiempo fingir de vez en cuando que seguía trabajando allí para que los duendes no sospecharan nada. Padre e hijo se

acostaron y durmieron profundamente hasta la mañana siguiente.

Capítulo 10: El rey-padre de la Princesa

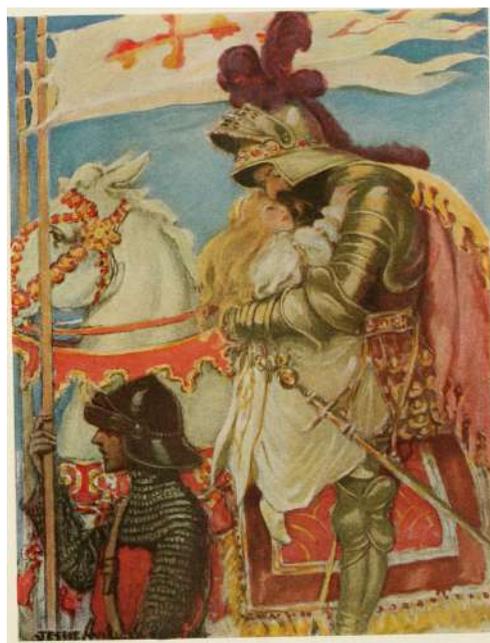
El buen tiempo continuó durante semanas, y la princesita salía todos los días. Nunca se había conocido en aquella montaña un período tan largo de buen tiempo. Lo único incómodo era que su nodriza era tan nerviosa y exigente en cuanto a llegar antes de que se pusiera el sol, que a menudo se ponía en marcha cuando nada peor que una nube de felpa que se cruzaba con el sol proyectaba una sombra sobre la ladera; y muchas tardes estaban en casa una hora entera antes de que la luz del sol hubiera abandonado la veleta de los establos. De no haber sido por tan extraño comportamiento, Irene ya casi habría olvidado a los duendes. Nunca olvidó a Curdie, pero a él lo recordaba por sí mismo, y de hecho lo habría recordado, aunque solo fuera porque una princesa nunca olvida sus deudas hasta que las paga. Un espléndido día de sol, más o menos una hora después del mediodía, Irene, que estaba jugando en el césped del jardín, oyó el lejano toque de un clarín. Se levantó de un salto con un grito de alegría, pues sabía que su padre iba a verla. Esta parte del jardín estaba situada en la ladera de la colina y permitía una vista completa del país. Así que se hizo sombra sobre los ojos con la mano y miró a lo lejos para vislumbrar la primera armadura brillante. Al cabo de unos instantes, una

pequeña tropa se acercó resplandeciente por la ladera de una colina. Las lanzas y los cascos brillaban y relucían, los estandartes ondeaban, los caballos se encabritaban, y de nuevo sonó el toque de clarín, que para ella fue como la voz de su padre llamando a través de la distancia: "Irene, ya voy".

Siguieron acercándose hasta que pudo distinguir claramente al rey. Montaba un caballo blanco y era más alto que cualquiera de los hombres que lo acompañaban. Llevaba un estrecho círculo de oro engarzado con joyas alrededor del casco y, a medida que se acercaba, Irene pudo distinguir el destello de las piedras al sol. Hacía

mucho tiempo que no venía a verla, y su corazoncito latía cada vez más deprisa a medida que la brillante tropa se acercaba, pues ella quería mucho a su rey-padre y en ningún sitio era tan feliz como en sus brazos. Cuando llegaron a cierto punto, después del cual ya no podía verlos desde el jardín, corrió a la puerta, y allí se quedó hasta que llegaron, repiqueteando y pisando fuerte, con otro brillante toque de clarín que decía: "Irene, he llegado".

Para entonces, todos los habitantes de la casa estaban reunidos en la puerta, pero Irene se quedó sola frente a ellos. Cuando los jinetes se detuvieron, corrió al lado del caballo blanco y levantó los brazos. El rey se detuvo y le



tendió la mano. En un instante ella estaba en la silla de montar, estrechada entre sus fuertes y grandes brazos.

Ojalá pudiera describir al rey para que lo vieras en tu mente. Tenía unos ojos suaves y azules, pero una nariz que lo hacía parecer un águila. Una larga barba oscura, salpicada de líneas plateadas, le llegaba desde la boca casi hasta la cintura, y cuando Irene se sentó en la silla y ocultó su alegre rostro sobre el pecho de él, se mezcló con el cabello dorado que le había dado su madre, y los dos juntos eran como una nube con vetas de sol entreteljadas. Después de estrecharla contra su corazón durante un minuto, le habló a su caballo blanco, y la hermosa y gran criatura, que poco antes había estado saltando tan orgullosa, caminó tan suavemente como una dama (porque sabía que tenía una pequeña dama a sus espaldas) a través de la reja y hasta la puerta de la casa. Entonces el rey la dejó en el suelo y, desmontando, la tomó de la mano y entró con ella en el gran salón, en el que casi nunca entraba, excepto cuando venía a ver a su princesita. Allí se sentó, con dos de sus consejeros que lo acompañaban, a tomar un refrigerio, e Irene se sentó a su derecha y bebió su leche de un cuenco de madera curiosamente tallado. Cuando el rey hubo comido y bebido, se volvió hacia la princesa y, acariciándole el pelo, le dijo:
—Ahora, hija mía, ¿qué hacemos?
Esta era la pregunta que casi siempre hacía a la princesa después de comer juntos, e Irene la esperaba

con impaciencia, pues pensaba que ahora podría resolver una cuestión que la dejaba constantemente perpleja.

—Me gustaría que me llevaras a ver a mi tatarabuela.

El rey se puso serio y dijo:

—¿Qué quiere decir mi hijita?

—Me refiero a la Reina Irene, que vive en la torre; la anciana señora de los cabellos largos de plata, ya sabes.

El rey se limitó a mirar a su princesita con una expresión que ella no pudo comprender.

—Tiene la corona en su habitación —continuó—, pero yo aún no he entrado. Sabes que está allí, ¿verdad?

—No —dijo el rey en voz muy baja.

—Entonces debe haber sido un sueño —dijo Irene—. Creí que lo había sido, pero no estaba segura. Ahora estoy segura. Además, no pude encontrarla la siguiente vez que subí.

En aquel momento, una paloma blanca como la nieve entró volando por una ventana abierta y se posó sobre la cabeza de Irene. Ella soltó una carcajada, se encogió un poco y se llevó las manos a la cabeza, diciendo:

—Querida paloma, no me picotees. Me arrancarás el pelo con tus largas garras si no te importa.

El rey alargó la mano para agarrar la paloma, pero ésta extendió las alas y echó a volar de nuevo por la ventana abierta, cuando su blancura hizo un destello al sol y desapareció. El rey puso la mano sobre la cabeza de su princesa, la apartó un poco, la miró a la cara, esbozó media sonrisa y suspiró medio suspiro.

—Vamos, hija mía, vamos a pasear juntos por el jardín —dijo.

—¿No subirás a ver a mi hermosa y magnífica tatarabuela, rey-padre? —dijo la princesa.

—Esta vez no —dijo el rey amablemente—. No me ha invitado, ya lo sabes, y las grandes ancianas como ella no eligen ser visitadas sin que se les pida y ellas den permiso.

El jardín era un lugar muy hermoso. Al estar en la ladera de una montaña, había partes en las que las rocas sobresalían en grandes masas, y todo lo que había a su alrededor permanecía en estado salvaje. Sobre ellas crecían matorrales de brezo y otras plantas y flores resistentes de montaña, mientras que cerca de ellas había hermosas rosas y lirios y todas las agradables flores de jardín. Esta mezcla de la montaña salvaje con el jardín civilizado era muy pintoresca, y era imposible para cualquier jardinero hacer que un jardín así pareciese formal y rígido.

Contra una de estas rocas había un asiento de jardín, a la sombra del sol de la tarde por el saliente de la misma roca. Había un caminito serpenteante hasta la cima de la roca, y en la cima otro asiento; pero ellos se sentaron en el asiento al pie, porque el sol calentaba; y allí hablaron de muchas cosas. Al fin el rey dijo:

—Una noche estuviste afuera hasta tarde, Irene.

—Sí, padre. Fue culpa mía, y Lootie lo lamentó mucho.

—Debo hablar con Lootie sobre ello —dijo el rey.

—No le hables fuerte, padre, por favor —dijo Irene—.

Desde entonces tiene mucho miedo de llegar tarde. No se ha portado mal. Solo se equivocó una vez.

—Una vez puede ser demasiado —murmuró el rey mientras acariciaba la cabeza de su hija.

No puedo explicarte cómo se enteró. Estoy seguro de que Curdie no se lo había dicho. Al fin y al cabo, alguien de palacio debió haberlas visto.

Se quedó un buen rato pensando. No se oía más ruido que el de un pequeño arroyo que salía alegremente de una abertura en la roca donde estaban sentados y se alejaba a toda velocidad colina abajo por el jardín.

Luego se levantó y, dejando a Irene donde estaba, entró en la casa y mandó llamar a Lootie, con quien tuvo una charla que la hizo llorar.

Cuando al anochecer se alejó montado en su gran caballo blanco, dejó tras de sí a seis de sus asistentes, con órdenes de que tres de ellos vigilaran todas las noches el exterior de la casa, dando vueltas alrededor de ella desde el atardecer hasta el amanecer. Estaba claro que no se sentía del todo cómodo con la princesa.

Capítulo 11: La habitación de la anciana

Durante algún tiempo no ocurrió nada más digno de contarse. El otoño llegó y pasó. Ya no había flores en el jardín; el viento soplaba fuerte y aullaba entre las rocas. La lluvia caía y empapaba las pocas hojas amarillas y rojas que no lograban despegarse de las ramas desnudas. Una y otra vez había una mañana gloriosa seguida de una tarde lluviosa, y a veces, durante una semana entera, llovía, nada más llovía, todo

el día, y luego la más hermosa noche sin nubes, con el cielo todo lleno de estrellas, sin que faltara ni una. Pero la princesa no podía verlas, pues se acostaba temprano. El invierno avanzaba y la situación se volvía cada vez más triste. Cuando había demasiada tormenta para salir y se había cansado de sus juguetes, Lootie la llevaba por la casa, a veces a la habitación del ama de llaves, donde ésta, que era una anciana buena y amable, la cuidaba mucho; a veces a la sala de los criados o a la cocina, donde no era una mera princesa, sino la reina absoluta, y corría un gran riesgo de que la malcriaran. A veces ella misma se escapaba a la sala donde se sentaban los hombres de guardia que el rey había dejado, y ellos le mostraban sus armas y accesorios y hacían lo que podían para divertirla. Sin embargo, a veces le resultaba muy triste, y a menudo deseaba que su gran tatarabuela no hubiera sido un sueño.

Una mañana, la nodriza la dejó un rato con el ama de llaves. Para entretenerla, puso sobre la mesa el contenido de un viejo armario. La princesita encontró sus tesoros, extraños adornos antiguos y muchas cosas cuyo uso no podía imaginar, mucho más interesantes que sus propios juguetes, y se sentó a jugar con ellos durante dos horas o más. Pero, al final, al tocar un curioso broche antiguo, se clavó el alfiler en el pulgar y lanzó un pequeño grito por el agudo dolor, pero no habría pensado en nada más si el dolor no hubiera aumentado y el pulgar no se le hubiera empezado a hinchar. Esto alarmó mucho al ama de llaves. Llamaron a la nodriza, mandaron llamar al médico, le pusieron pomadas en la

mano y, mucho antes de la hora habitual, la metieron en la cama. El dolor continuaba, y aunque se durmió y soñó muchas cosas, el dolor aparecía siempre en cada sueño. Por fin la despertó.

La luna brillaba en la habitación. La cataplasma se le había caído de la mano y estaba ardiendo. Pensó que, si podía sostenerla a la luz de la luna, se enfriaría. Así que se levantó de la cama, sin despertar a la nodriza —que estaba en el otro extremo de la habitación—, y se acercó a la ventana. Cuando se asomó, vio a uno de los hombres de guardia paseando por el jardín, con la luz de la luna reflejándose en su armadura. Iba a golpear la ventana y llamarlo, pues quería contárselo todo, cuando pensó que eso podría despertar a Lootie, que la llevaría de nuevo a su cama. Así que decidió ir a la ventana de otra habitación y llamarlo desde allí. Era mucho más agradable tener a alguien con quien hablar que permanecer despierta en la cama con el ardiente dolor en la mano. Abrió la puerta con mucho cuidado y atravesó el cuarto de los niños, que no daba al jardín, para ir a la otra ventana. Pero cuando llegó al pie de la vieja escalera, la luna brillaba desde una ventana en lo alto y hacía que el roble carcomido por los gusanos pareciese extraño, delicado y encantador. En un momento estaba poniendo sus piecitos uno tras otro en el sendero plateado de la escalera, mirando hacia atrás mientras avanzaba, para ver la sombra que hacían en medio de la plata. A algunas niñas les habría dado miedo encontrarse así, solas en medio de la noche, pero Irene era una princesa.

Mientras subía lentamente la escalera, no muy segura de no estar soñando, de pronto se despertó en su corazón un gran anhelo de probar una vez más si no podría encontrar a la anciana de los cabellos plateados.

—Si es un sueño —se dijo—, entonces es más probable que la encuentre yo, si es que estoy soñando.

Así que subió y subió, escalera tras escalera, hasta que llegó a las muchas habitaciones, todas tal como las había visto antes. A través de un pasadizo tras otro avanzó suavemente, consolándose a sí misma con que, si se perdía, no importaría mucho, porque cuando despertara se encontraría en su propia cama con Lottie no muy lejos. Pero, como si conociera cada paso del camino, se dirigió directamente a la puerta al pie de la estrecha escalera que conducía a la torre.

—¿Y si me encontrara de verdad a mi hermosa y anciana tatarabuela allí arriba? —se dijo mientras subía sigilosamente los empinados escalones.

Cuando llegó arriba, se quedó un momento escuchando en la oscuridad, pues allí no había luna. Sí, era el zumbido de la rueca de hilar. ¡Qué abuela tan diligente para trabajar día y noche! Golpeó suavemente la puerta.

—Entra, Irene —dijo la dulce voz.

La princesa abrió la puerta y entró. Por la ventana entraba la luz de la luna, y en medio de ella estaba sentada la anciana, con su vestido negro de encaje blanco y sus cabellos plateados mezclándose con la luz de la luna, de modo que no se podía distinguir cuál era cuál.

—Entra, Irene —dijo otra vez—. ¿Puedes decirme qué estoy hilando?

“Habla como si me hubiera visto hace cinco minutos, o ayer como mucho”, pensó Irene.

—No —respondió—, no sé qué estás hilando. Por favor, creí que eras un sueño. ¿Por qué no te encontré antes, tatarabuela?

—Apenas tienes edad para entender eso. Pero me habrías encontrado antes si no hubieras pensado que era un sueño. Te daré una razón por la que no pudiste encontrarme. Yo no quería que me encontraras.

—¿Por qué?

—Porque no quería que Lootie supiera que estoy aquí.

—Pero tú me dijiste que se lo dijera a Lootie.

—Sí, pero sabía que Lootie no te creería. Si me viera aquí sentada hilando, tampoco me creería.

—¿Por qué?

—Porque no podría. Se frotaría los ojos, se iría y diría que se siente rara, olvidaría la mitad y más y luego diría que todo había sido un sueño.

—Como yo —dijo Irene, sintiéndose muy avergonzada de sí misma.

—Sí, muy parecida a ti, pero no exactamente como tú; porque tú has vuelto, y Lootie no volvería. Habría dicho “no, no, ya basta de tonterías”.

—¿Es malo por parte de Lootie, entonces?

—Sería malo de tu parte. Nunca he hecho nada por Lootie.

—Y tú me lavaste la cara y las manos —dijo Irene, echándose a llorar.

La anciana esbozó una dulce sonrisa y dijo:

—No estoy enfadada contigo, hija, ni tampoco con Lootie. Pero no quiero que le digas nada más a Lootie sobre mí. Si te pregunta, debes guardar silencio. Pero no creo que te pregunte.

Mientras hablaban, la anciana seguía hilando.

—Todavía no me has dicho lo que estoy hilando —dijo.

—Porque no lo sé. Es algo muy bonito.

Era un material muy bonito. Había un buen manojo en la rueda de la rueca de hilar, y a la luz de la luna brillaba como... ¿cómo diría que era? No era lo bastante blanco para ser plata; sí, era como la plata, pero brillaba más en gris que en blanco, y centelleaba solo un poco. Y el hilo que la anciana sacó de él era tan fino que Irene apenas podía verlo.

—Estoy hilando esto para ti, hija mía.

—¡Para mí! ¿Qué voy a hacer con él?

—Te lo diré más adelante. Pero primero te diré lo que es. Es tela de araña, de un tipo especial. Mis palomas me la traen del otro lado del gran mar. Solo hay un bosque donde viven las arañas que hacen este tipo particular, el más fino y fuerte de todos. Casi he terminado mi trabajo actual. Lo que hay ahora en la roca será suficiente. Pero aún me queda una semana de trabajo —añadió mirando el manojo.

—¿Trabajas todo el día y también toda la noche, tatarabuela? —dijo la princesa, pensando en ser muy cortés ante tanta grandeza.

—No soy tan grande —respondió ella, sonriendo casi alegremente—. Si me llamas abuela, estará bien. No, no

trabajo todas las noches; solo las noches de luna, y no más de lo que la luna brilla sobre mi rueca. Esta noche no trabajaré mucho más.

—¿Y qué vas a hacer después, abuela?

—Ir a la cama. ¿Te gustaría ver mi dormitorio?

—Sí, me encantaría.

—Entonces creo que no trabajaré más esta noche.

Llegaré a tiempo.

La anciana se levantó y dejó la rueca tal como estaba.

Ya ves que no era bueno guardarla, pues donde no había muebles no había peligro de desorden.

Entonces tomó a Irene de la mano, pero era su mano mala e Irene dio un pequeño grito de dolor.

—¡Hija mía! —dijo la abuela—. ¿Qué te pasa?

Irene levantó la mano a la luz de la luna, para que la anciana pudiera verla, y le contó todo lo sucedido, ante lo cual ella puso cara seria. Pero se limitó a decir:

—Dame la otra mano —y, después de conducirla al pequeño y oscuro rellano, abrió la puerta del lado opuesto. ¡Cuál fue la sorpresa de Irene al ver la habitación más hermosa que había visto en su vida! Era grande y de techo alto, con forma de cúpula. Del centro colgaba una lámpara redonda como una bola, que brillaba como si estuviera iluminada por la más brillante luz de la luna, lo que hacía que todo fuera visible en la habitación, aunque no con tanta claridad como para que la princesa pudiera decir qué eran muchas de las cosas. En el centro había una gran cama ovalada, con una cubierta de color rosa y cortinas de terciopelo alrededor, de un precioso azul pálido. Las paredes

también eran azules y estaban salpicadas de lo que parecían estrellas de plata.

La anciana la dejó y, dirigiéndose a un armario de aspecto extraño, lo abrió y sacó un curioso cofre de plata. Luego se sentó en una silla baja y, llamando a Irene, la hizo arrodillarse ante ella mientras le miraba la mano.



Después de examinarla, abrió el cofre y sacó de él un poco

de unguento. Un olor dulcísimo llenó la habitación, como el de las rosas y los lirios, cuando ella frotó suavemente el unguento por toda la mano hinchada y caliente. Su tacto era tan agradable y fresco que parecía ahuyentar el dolor y el calor de su mano.

—¡Oh, abuela, qué bonito! —dijo Irene—. ¡Gracias! Muchas gracias.

Entonces la anciana fue a una cómoda y sacó un gran pañuelo de gasa de algodón, que le ató a la mano.

—No creo que pueda dejarte marchar esta noche —dijo—. ¿Te gustaría dormir aquí esta noche?

—Sí, sí, querida abuela —dijo Irene, y habría aplaudido olvidando que no podía.

—¿No tendrás miedo de acostarte en la cama con una mujer tan anciana?

—No, eres muy hermosa, abuela.

—Pero soy muy vieja.

—Y supongo que yo soy muy joven. ¿No te importará acostarte con una mujer tan joven, abuela?

—Pequeña y dulce alegría —dijo la anciana, y la atrajo hacia sí y la besó en la frente y en la mejilla. Luego sacó una gran vasija de plata y, después de verter un poco de agua en ella, hizo que Irene se sentara en la silla y le lavó los pies. Hecho esto, estaba lista para acostarse. Y ¡qué deliciosa era la cama en que la acostó su abuela! Casi no se daba cuenta de que estaba acostada sobre algo: solo sentía la suavidad.

La anciana se acostó a su lado.

—¿Por qué no apagas la luna? —preguntó la princesa.

—Nunca se apaga, ni de día ni de noche. En la noche más oscura, si alguna de mis palomas sale a hacer un recado, siempre ve mi luna y sabe adónde volar.

—Pero si alguien, además de las palomas, la viera, alguien de la casa, quiero decir, vendría a ver qué es y te encontraría.

—Tanto mejor para ellos —dijo la anciana—. Pero no ocurre más de cinco veces en cien años que alguien lo vea. La mayor parte de los que lo hacen, lo toman por un meteoro, guiñan los ojos y vuelven a olvidarlo.

Además, nadie podría encontrar la habitación si yo no quisiera. Por otra parte, te diré un secreto: si esa luz se apagara, te sentirías en una simple habitación, sobre un montón de paja vieja, y no verías una sola de las cosas agradables que te rodean todo el tiempo.

—Espero que nunca se apague —dijo la princesa.

—Espero que no. Pero ya es hora de que nos vayamos a dormir. ¿Te tomo en mis brazos?

La princesita se acurrucó junto a la anciana, que la estrechó entre sus brazos.

—¡Oh, vaya! Esto es muy bonito —dijo la princesa—. No sabía que nada en el mundo pudiera ser tan cómodo. Me gustaría quedarme aquí para siempre.

—Podrías, si quisieras —dijo la anciana—. Pero debo someterte a una prueba, no muy dura, espero. Esta semana por la noche debes volver conmigo. Si no lo haces, no sé cuándo volverás a encontrarme, y pronto me echarás mucho de menos.

—Por favor, no dejes que me olvide.

—No lo olvidarás. La única cuestión es si creerás que estoy en alguna parte, si creerás que soy algo más que un sueño. Puedes estar segura de que haré todo lo que pueda para ayudarte a venir. Pero, después de todo, dependerá de ti. En la noche del próximo viernes, debes venir a verme. Piensa en ello.

—Lo intentaré —dijo la princesa.

—Entonces, buenas noches —dijo la anciana, y besó la frente de la niña.

Un instante después, la princesita estaba soñando en medio de los sueños más hermosos: mares de verano, luz de luna, manantiales cubiertos de musgo, grandes árboles murmurantes y lechos de flores silvestres con olores que nunca antes había oído. Pero, después de todo, ningún sueño podía ser más hermoso que el que había dejado atrás al dormirse.

Por la mañana se encontró en su propia cama. No tenía ningún pañuelo ni nada en la mano, solo un dulce olor. La hinchazón había desaparecido; el pinchazo del broche

había desaparecido; de hecho, su mano estaba perfectamente bien.

Capítulo 12: Un capítulo breve sobre Curdie

Curdie pasó muchas noches en la mina. Su padre y él habían hecho partícipe del secreto a la señora Peterson, pues sabían que mamá sabía contener la lengua, que era más de lo que podía decirse de todas las esposas de los mineros.

Pero Curdie no le dijo que cada noche que pasaba en la mina, parte de ella la invertía en ganar una nueva enagua roja para ella.

¡La Sra. Peterson era una madre tan buena! Todas las madres son buenas y agradables en mayor o menor medida, pero la señora Peterson lo era más y no menos. Hizo y mantuvo un pequeño paraíso en aquella pobre cabaña de la alta ladera para que su marido y su hijo volvieran a casa fuera de la tierra baja y más bien lúgubre en la que trabajaban. Dudo que la princesa fuera mucho más feliz en los brazos de su enorme tatarabuela que Peter y Curdie en los de la señora Peterson. Ciertamente tenía las manos duras, agrietadas y grandes, pero era por trabajar con ellas; y por eso, a los ojos de los ángeles, sus manos eran tanto más hermosas. Y si Curdie trabajaba duro para conseguirle una enagua, ella trabajaba duro cada día para conseguirle comodidades que él habría echado mucho más de menos que una enagua nueva, incluso en invierno. No es que

ella y Curdie pensaran en lo mucho que trabajaban el uno por el otro: eso lo habría estropeado todo.

Cuando se quedaba solo en la mina, Curdie trabajaba siempre durante una o dos horas al principio, siguiendo la veta que, según Glump, conduciría finalmente a la vivienda desierta. Después, emprendía una expedición de reconocimiento. Para llevarla a cabo, o más bien para



regresar de ella, mejor que la primera vez, había comprado un enorme ovillo de cuerda fina, habiendo aprendido el truco de Pulgarcito, cuya historia su madre le había contado a menudo. No es que Pulgarcito hubiera utilizado nunca un ovillo de cuerda (lamentaría que se me considerara tan anticuado), pero el principio era el mismo que el de los guijarros. Ató el extremo de esta cuerda a su pico, que no era un mal ancla, y luego, con el ovillo en la mano, desenrollándolo a medida que avanzaba, partió en la oscuridad a través de las bandas naturales del territorio de los duendes. La primera o las dos primeras noches no encontró nada digno de recuerdo; solo vio un poco de la vida hogareña de los duendes en las diversas cuevas que llamaban casas; no encontró nada que arrojara luz sobre el designio anterior, que por el momento mantenía la inundación en un segundo plano. Pero al final, creo que, en la tercera o

cuarta noche, encontró, en parte guiado por el ruido de sus herramientas, una compañía de los mejores perforadores y mineros de entre ellos, trabajando duro. ¿A qué se dedicaban? No podía tratarse de la inundación, ya que entretanto había sido aplazada para otra cosa. Entonces, ¿qué era? Acechó y observó, de vez en cuando con gran riesgo de ser detectado, pero sin éxito. Una y otra vez tuvo que retroceder apresuradamente, lo que se hacía aún más difícil porque tenía que recoger su cordel cuando volvía sobre sus pasos. No es que temiera a los duendes, sino que temía que descubrieran que estaban siendo vigilados, lo que podría haber impedido el descubrimiento que pretendía. A veces su prisa era tal que, cuando llegaba a casa por la mañana, su cuerda, por falta de tiempo para enrollarla mientras "esquivaba los mazorcas", se enredaba en lo que parecía un enredo desesperado; pero después de un buen sueño, aunque corto, siempre encontraba que su madre la había arreglado de nuevo. Allí estaba, enrollada en un ovillo muy respetable, ¡lista para ser utilizada en el momento en que la necesitara!

—No sé cómo lo haces, madre —decía él.

—Sigo el hilo —respondía ella—, igual que tú en la mina. Nunca tenía más que decir al respecto; pero cuanto menos hábil era con sus palabras, más hábil era con sus manos; y cuanto menos decía su madre, más creía Curdie que tenía que decir. Pero seguía sin descubrir qué hacían los duendes mineros.

Capítulo 13: Las criaturas de la mazorca

Por aquel entonces, los caballeros que el rey había dejado tras de sí para vigilar a la princesa tuvieron ocasión de dudar del testimonio de sus propios ojos, pues más que extraños eran los objetos de los que daban testimonio. Eran de una sola especie de criaturas, pero tan grotescas y deformes que parecían más los dibujos de un niño sobre su pizarra que algo natural. Solo los vieron por la noche, mientras vigilaban la casa. El testimonio del hombre que primero dijo haber visto a uno de ellos fue que, mientras caminaba lentamente alrededor de la casa, todavía en la sombra, vio a una criatura de pie sobre sus patas traseras a la luz de la luna, con sus patas delanteras sobre el alféizar de una ventana, mirando fijamente hacia la ventana. Su cuerpo podría haber sido el de un perro o un lobo, pensó, pero declaró por su honor que su cabeza era el doble de grande de lo que debería haber sido para el tamaño de su cuerpo, y tan redonda como una pelota, mientras que la cara, que se volvió hacia él mientras huía, era más parecida a la tallada por un niño en una calabaza dentro de la cual va a poner una vela que a cualquier otra cosa que se le pudiera ocurrir. Corrió hacia el jardín. Le lanzó una flecha, y pensó que le había dado, porque lanzó un aullido sobrenatural, y no pudo encontrar ni su flecha ni a la bestia, aunque buscó por todo el lugar donde desapareció. Se rieron de él hasta que se vio

obligado a morderse la lengua, y le dijeron que había bebido demasiada cerveza.

Pero antes de que pasaran dos noches, uno de ellos se puso de su parte, pues también él había visto algo extraño, aunque muy distinto de lo que había relatado el otro. La descripción que el segundo hombre dio de la criatura que había visto era aún más grotesca e inverosímil. Los demás se rieron de los dos; pero noche tras noche se les unía otro, hasta que al fin solo quedó uno que se rio de todos sus compañeros. Pasaron dos noches más y no vio nada; pero a la tercera noche vino corriendo desde el jardín a los otros dos delante de la casa, con tal agitación que éstos declararon, pues ahora les tocaba a ellos, que la banda de su casco se estaba resquebrajando bajo su barbilla por lo erizado de su pelo dentro del casco. Corriendo con él hacia la parte del jardín que ya he descrito, vieron una veintena de criaturas, a ninguna de las cuales podían dar un nombre, y ninguna de las cuales se parecía a otra, horribles y ridículas a la vez, retozando sobre el césped a la luz de la luna. La fealdad sobrenatural —o más bien subnatural— de sus rostros, la longitud de sus patas y cuellos en algunos, la aparente ausencia de ambos o de uno u otro en otros, hizo que los espectadores, aunque de acuerdo en lo que veían, dudaran, como he dicho, de la evidencia de sus propios ojos, y también de sus oídos; porque los ruidos que hacían, aunque no eran fuertes, eran tan groseros y variados como sus formas, y no podían describirse ni como gruñidos, ni como chillidos; tampoco como rugidos, ni aullidos, ni ladridos, ni gritos, ni

graznidos, silbidos, maullidos o alaridos, sino solo como algo parecido a todos ellos mezclados en una horrible disonancia. Manteniéndose a la sombra, los observadores dispusieron de unos instantes para reponerse antes de que la horrenda asamblea sospechara su presencia; pero de pronto, como de común acuerdo, salieron corriendo en dirección a una gran roca y desaparecieron antes de que los hombres hubieran recobrado el sentido suficiente como para pensar en seguirlos.

Mis lectores sospecharán lo que eran; pero ahora les daré información completa acerca de ellos. Eran, por supuesto, animales domésticos pertenecientes a los duendes, cuyos antepasados habían llevado a los suyos muchos siglos antes desde las regiones superiores de la luz a las regiones inferiores de la oscuridad. Las existencias originales de estas horribles criaturas eran muy parecidas a las de los animales que ahora se ven por las granjas y casas del campo, con la excepción de unos pocos de ellos, que habían sido criaturas salvajes, como zorros, e incluso lobos y pequeños osos, que los duendes, por su inclinación hacia la creación animal, habían capturado cuando eran cachorros y domesticado. Pero con el paso del tiempo todos habían sufrido cambios aún mayores que los que habían sufrido sus dueños. Se habían alterado (es decir, sus descendientes se habían alterado) en criaturas que no he intentado describir, excepto de la manera más vaga; las diversas partes de sus cuerpos adoptaron, de una manera aparentemente arbitraria y voluntaria, los desarrollos más anormales. De hecho, en algunos de los

desconcertantes resultados predominaba tan poco un tipo definido, que solo se podía suponer que cualquier animal conocido era el original, e incluso entonces, el parecido que quedaba era más de expresión general que de conformación definible. Pero lo que multiplicaba por diez la espantosidad era que, debido a la constante asociación doméstica, o más bien familiar, con los



duendes, sus semblantes se habían vuelto grotescamente parecidos a los humanos.

Todos los animales, cada uno de ellos, incluso entre los peces, puede que con una penumbra y vaguedad infinitamente remotas, se asemeja a lo humano; en el caso de éstos, el parecido humano había

aumentado mucho; mientras sus dueños se habían hundido hacia ellos, ellos se habían elevado hacia sus dueños. Pero siendo las condiciones de la vida subterránea igualmente antinaturales para ambos, mientras que las de los duendes eran peores, las criaturas no habían mejorado por la aproximación, y su resultado habría parecido mucho más ridículo que tranquilizador al más cálido amante de la naturaleza animal. Explicaré ahora cómo fue que, justo en aquel momento, estos animales empezaron a dejarse ver por la casa de campo del rey.

Los duendes, como Curdie había descubierto, estaban excavando, trabajando día y noche, en divisiones, impulsando el plan que él esperaba. En el curso de su excavación habían roto el cauce de un pequeño arroyo, pero como la rotura estaba en la parte superior, no había escapado agua que pudiera interferir en su trabajo. Algunas de las criaturas, revoloteando como hacían a menudo alrededor de sus amos, habían encontrado el agujero y, con la curiosidad que se había convertido en pasión por las restricciones de sus circunstancias antinaturales, habían procedido a explorar el canal. El arroyo era el mismo que corría junto al asiento en el que Irene y su rey-padre se habían sentado, como ya he contado, y a las criaturas duendes les pareció muy divertido salir a retozar por un césped liso como no habían visto en toda su pobre y miserable vida. Pero, aunque habían participado lo suficiente de la naturaleza de sus dueños como para deleitarse molestando y alarmando a cualquiera de las personas que encontraban en la montaña, eran, por supuesto, incapaces de tener sus propios propósitos o de promover intencionadamente los de sus amos.

Durante varias noches, después de que los hombres de guardia se convencieran de la visita de unas horribles criaturas, no sabían si corporales o espectrales, observaron con especial atención la parte del jardín donde las habían visto por última vez. Tal vez, en consecuencia, prestaron muy poca atención a la casa. Pero las criaturas eran demasiado astutas para ser atrapadas fácilmente; ni los vigilantes eran lo bastante

rápidos de vista para descubrir la cabeza, o los agudos ojos en ella, que, desde la abertura de donde salía el arroyo, los observaban por turnos, listos, en el momento en que abandonaban el césped, para informar de que el lugar estaba despejado.

Capítulo 14: La noche de esa semana

Durante toda la semana, Irene había estado pensando cada dos por tres en su promesa a la anciana, aunque ni siquiera ahora estaba segura de no haber estado soñando. ¿Era posible que en lo alto de la casa viviera una anciana con palomas, una rueca de hilar y una lámpara que nunca se apagaba? Sin embargo, el viernes siguiente estaba decidida a subir las tres escaleras, recorrer los pasadizos con sus numerosas puertas y tratar de encontrar la torre en la que había visto o soñado a su abuela.

Su nodriza no podía dejar de preguntarse qué le había ocurrido a la niña, que se sentaba tan pensativamente en silencio, e incluso en medio de un juego con ella caía tan repentinamente en un estado de ensueño. Pero Irene se cuidaba de no revelar nada, por mucho que Lottie intentara llegar a sus pensamientos. Y Lottie tuvo que decirse: "¡Qué niña más rara!", y darse por vencida. Por fin llegó el ansiado viernes, y para que Lottie no se sintiera obligada a vigilarla, Irene se esforzó por guardar el mayor silencio posible. Por la tarde pidió su casa de muñecas, y se pasó una hora entera arreglando

y volviendo a arreglar las distintas habitaciones y sus habitantes. Después suspiró y se echó hacia atrás en la silla. Una de las muñecas no quería sentarse, otra no quería estar de pie, y todas eran muy pesadas. De hecho, había una que ni siquiera quería tumbarse, lo cual era una lástima. Pero ya estaba oscureciendo, y cuanto más oscurecía, más excitada se ponía Irene, y más sentía la necesidad de serenarse.

—Veo que quieres tu té, princesa —dijo la nodriza—. Iré a buscarlo. La habitación se siente encerrada, abriré un poco la ventana. La noche está suave, no te hará daño.

—No tengas miedo, Lootie —dijo Irene, deseando haber aplazado el momento de ir a tomar el té hasta que estuviera más oscuro, cuando podría haberlo intentado con todas las ventajas.

Me parece que Lootie tardó en volver más de lo que pensaba, porque cuando Irene, que había estado ensimismada, levantó la vista, vio que estaba casi oscuro y, al mismo tiempo, divisó un par de ojos brillantes de luz verde que la miraban a través de la ventana abierta. Al instante siguiente, algo saltó a la habitación. Era como un gato, con patas tan largas como las de un caballo, dijo Irene, pero su cuerpo no era más grande ni sus patas más gruesas que las de un gato. Estaba demasiado asustada para gritar, pero no tanto como para saltar de la silla y salir corriendo de la habitación.

Para cualquiera de mis lectores está bastante claro lo que debería haber hecho y, de hecho, Irene lo pensó por sí misma; pero cuando llegó al pie de la vieja escalera, justo delante de la puerta de la habitación de

los niños, se imaginó a la criatura corriendo tras ella por aquellas largas subidas y persiguiéndola por los oscuros pasadizos que, después de todo, no conducían a ninguna torre. Aquel pensamiento fue demasiado. Le falló el corazón y, apartándose de la escalera, corrió hacia el vestíbulo, desde donde, al encontrar la puerta principal abierta, se lanzó al patio perseguida, o al menos eso creyó, por la criatura. Al no verla nadie, siguió corriendo, incapaz de pensar por miedo y dispuesta a correr a cualquier parte para eludir a la horrible criatura de las patas zancudas. Sin atreverse a mirar detrás de ella, salió corriendo de la puerta y subió a la montaña. Fue una tontería correr cada vez más lejos de todos los que podían ayudarla, como si hubiera estado buscando un lugar adecuado para que la criatura duende se la comiera en su tiempo libre; pero así es como nos sirve el miedo: siempre se pone del lado de lo que tememos.



La princesa pronto se quedó sin aliento de tanto correr cuesta arriba; pero siguió corriendo, pues se imaginaba a la horrible criatura justo detrás de ella, olvidando que, de haberla perseguido, unas piernas tan largas como aquellas la habrían alcanzado hacía mucho tiempo. Al fin no pudo correr más y cayó, incapaz siquiera de gritar, al borde del

camino, donde permaneció durante algún tiempo medio muerta de terror. Pero al ver que nada se apoderaba de ella y que empezaba a recobrar el aliento, se aventuró a levantarse a medias y a mirar ansiosamente a su alrededor. Estaba tan oscuro que no podía ver nada. No se veía ni una sola estrella. Ni siquiera podía saber en qué dirección estaba la casa, y entre ella y su hogar imaginaba a la espantosa criatura preparada para abalanzarse sobre ella. Ahora se daba cuenta de que debería haber subido corriendo las escaleras. Menos mal que no gritó, porque, aunque hacía semanas que muy pocos duendes salían a la calle, uno o dos vagabundos podrían haberla oído. Se sentó en una piedra, y nadie, excepto alguien que hubiera hecho algo malo, podría haberse sentido más miserable. Había olvidado por completo su promesa de visitar a su abuela. Una gota de lluvia le cayó en la cara. Levantó la vista, y por un momento su terror se perdió en el asombro. Al principio pensó que la luna creciente había abandonado su lugar y se había acercado para ver qué le ocurría a la niña, sentada sola, sin sombrero ni capa, en la oscura montaña desnuda; pero pronto vio que se equivocaba, pues no había luz en el suelo a sus pies, ni sombra en ninguna parte. Pero un gran globo de plata colgaba en el aire y, al contemplarlo, su valor revivió. Si volviera a estar bajo techo, no temería a nada, ni siquiera a la terrible criatura de largas patas. ¿Pero cómo iba a encontrar el camino de vuelta? ¿Qué podía ser esa luz? ¿Podría ser...? No, no podía ser. Pero, ¿y si fuera (sí, tenía que ser) la lámpara de su tatarabuela, que guiaba a sus

palomas a casa en la noche más oscura? Se levantó de un salto; solo tenía que mantener aquella luz a la vista y encontraría la casa. Su corazón se fortaleció. Rápida, pero suavemente, bajó la colina, con la esperanza de pasar desapercibida ante la criatura que la observaba. A pesar de la oscuridad, no había peligro de equivocarse de camino. Y, lo que era más extraño, la luz que llenaba sus ojos desde la lámpara, en lugar de cegarlos por un momento ante el objeto sobre el que se posaron a continuación, le permitió verlo por un momento, a pesar de la oscuridad. Mirando a la lámpara y bajando luego los ojos, pudo ver el camino uno o dos metros delante de ella, y esto la salvó de varias caídas, pues el camino era muy accidentado. Pero de repente, para su consternación, se desvaneció, y el terror a la bestia, que la había abandonado en el momento en que comenzó a regresar, volvió a apoderarse de su corazón. En el mismo instante, sin embargo, captó la luz de las ventanas y supo exactamente dónde se encontraba. Estaba demasiado oscuro para correr, pero se apresuró cuanto pudo y llegó a la puerta sin peligro. Encontró la puerta de la casa aún abierta, corrió por el vestíbulo y, sin mirar siquiera al cuarto de los niños, subió de un salto la escalera, y la siguiente, y la siguiente; luego, girando a la derecha, corrió a través de la larga avenida de habitaciones silenciosas, y encontró enseguida el camino hacia la puerta al pie de la escalera de la torre. La primera vez que la nodriza la echó de menos, creyó que le estaba gastando una broma, y durante algún tiempo no se preocupó por ella; pero al fin, asustada,

empezó a buscarla; y cuando la princesa entró, toda la casa estaba de aquí para allá buscándola. Pocos segundos después de que llegara a la escalera de la torre, empezaron incluso a registrar las habitaciones descuidadas, en las que nunca se les habría ocurrido buscar si no hubieran registrado en vano todos los demás lugares que se les ocurrieron. Pero para entonces ya estaba llamando a la puerta de la anciana.

Capítulo 15: Tejido y luego hilado

—Pasa, Irene —dijo la voz cristalina de su abuela. La princesa abrió la puerta y se asomó. Pero la habitación estaba muy oscura y no se oía el ruido de la rueda. Volvió a asustarse, pensando que, aunque la habitación estuviera allí, la anciana podría haber sido un sueño después de todo. Toda niña sabe lo terrible que es encontrar vacía una habitación en la que creía que había alguien; pero Irene tuvo que imaginar por un momento que la persona que venía a buscar no estaba en ninguna parte. Recordó, sin embargo, que por la noche solo giraba a la luz de la luna, y concluyó que ésa debía ser la razón por la que no se oía el dulce zumbido parecido al de las abejas: la anciana podría estar en algún lugar en la oscuridad. Antes de que tuviera tiempo de pensar otra cosa, oyó de nuevo su voz, que decía como antes: —Entra, Irene.

Por el sonido, comprendió enseguida que no estaba en la habitación de al lado. Tal vez estaba en su dormitorio.

Cruzó el pasillo, tanteando el camino hacia la otra puerta. Cuando su mano tocó la cerradura, la anciana volvió a hablar:

—Cierra la puerta detrás de ti, Irene. Siempre cierro la puerta de mi cuarto de trabajo cuando voy a mi habitación.

Irene se extrañó de oír su voz tan claramente a través de la puerta; habiendo cerrado la otra, la abrió y entró. ¡Oh, qué hermoso paraíso al que llegar después de la oscuridad y el miedo por los que había pasado! La suave luz la hizo sentir como si entrara en el corazón de la perla más blanca; mientras que las paredes azules y sus estrellas plateadas la desconcertaron por un momento con la fantasía de que eran en realidad el cielo que había dejado fuera hacía un minuto, cubierto de nubes de lluvia.

—He encendido un fuego para ti, Irene; tienes frío y estás mojada —dijo su abuela.

Entonces Irene miró de nuevo, y vio que lo que ella había tomado por un enorme ramo de rosas rojas sobre un pedestal bajo contra la pared, era en realidad un fuego que ardía en las formas de las rosas más hermosas y rojas, brillando bellamente entre las cabezas y las alas de dos querubines de plata brillante. Y cuando se acercó, descubrió que el olor a rosas que llenaba la habitación procedía de las rosas de la chimenea. Su abuela estaba vestida con el más hermoso terciopelo azul pálido, sobre el cual su cabello, ya no blanco, sino de un rico color dorado, corría como una catarata, cayendo en montoncitos opacos por aquí y

precipitándose en suaves y brillantes caídas por allí. Y siempre que miraba, el cabello parecía caer de su cabeza y desvanecerse en una niebla dorada antes de llegar al suelo. Brotaba bajo el borde de un círculo de plata brillante, engarzado con perlas y ópalos alternados. En su vestido no había adorno alguno, ni anillo en la mano, ni collar o gargantilla en el cuello. Pero sus zapatillas brillaban con la luz de la Vía Láctea, pues estaban cubiertas de perlas y ópalos en una sola masa. Su rostro era el de una mujer de veintitrés años. La princesa estaba tan desconcertada por el asombro y la admiración que apenas pudo darle las gracias, y se acercó con timidez, sintiéndose sucia e incómoda. La dama estaba sentada en una silla baja junto al fuego, con las manos extendidas para recibirla, pero la princesa se echó hacia atrás con una sonrisa preocupada.

—¿Qué te pasa? —preguntó su abuela—. No has hecho nada malo; lo sé por tu cara, aunque es bastante triste. ¿Qué te pasa, querida?

Y seguía con los brazos extendidos.

—Querida abuela —dijo Irene—, no estoy tan segura de no haber hecho algo malo. Tendría que haber ido corriendo a verte cuando el gato de patas largas entró por la ventana, en vez de salir corriendo a la montaña y llevarme semejante susto.

—Te tomó por sorpresa, hija mía, y no es probable que vuelvas a hacerlo. Es cuando la gente hace las cosas mal voluntariamente cuando es más probable que lo vuelvan a hacer. Ven.

Y aún tenía los brazos extendidos.

—Pero, abuela, tú estás tan hermosa y grandiosa con la corona puesta, ¡y yo estoy tan sucia de barro y lluvia! Estropearía tu vestido azul.

Con una alegre carcajada, la señora saltó de la silla con más ligereza de la que podría hacerlo la propia Irene, tomó a la niña en sus brazos y, besando una y otra vez la cara manchada de lágrimas, se sentó con ella en su regazo.

—¡Oh, abuela! Te vas a hacer un lío — gritó Irene, aferrándose a ella.

—Querida, ¿crees que me importa más mi vestido que mi niña? Además, mira.

Mientras hablaba la dejó en el suelo, e Irene vio con consternación que el hermoso vestido estaba cubierto del barro de su caída en el camino de la montaña. Pero la dama se inclinó hacia el fuego, y tomando por el tallo de una de las rosas ardientes que tenía en sus dedos, la pasó una y otra y una tercera vez sobre la parte delantera de su vestido; y cuando Irene miró, no se veía ni una sola mancha.

—Ya está —dijo su abuela—, ¿no te importará venir a verme ahora?

Pero Irene volvió a echarse hacia atrás, mirando la rosa flameante que la señora sostenía en la mano.

—No tienes miedo de la rosa, ¿verdad? —dijo, a punto de arrojarla de nuevo al hogar.



—¡No, por favor! —gritó Irene—. ¿No me la vas a pasar por el vestido, las manos y la cara? Y me temo que mis pies y mis rodillas también lo quieren.

—No —respondió su abuela, sonriendo un poco triste, mientras arrojaba la rosa—, está demasiado caliente para ti todavía. Te haría arder el vestido. Además, no quiero limpiarte esta noche. Quiero que tu nodriza y el resto de la gente te vean tal como eres, pues tendrás que contarles cómo huiste por miedo al gato de patas largas. Me gustaría lavarte, pero entonces no te creerían. ¿Ves ese baño detrás de ti?

La princesa miró y vio una gran bañera ovalada de plata, que brillaba a la luz de la maravillosa lámpara.

—Ve y mira dentro —dijo la señora.

Irene fue y volvió muy silenciosa, con los ojos brillantes.

—¿Qué has visto? —preguntó su abuela.

—El cielo, la luna y las estrellas —respondió—. Parecía como si no tuviera fondo.

La señora esbozó una sonrisa de satisfacción y guardó silencio también durante unos instantes. Luego dijo:

—Cuando quieras un baño, ven a mí. Sé que te bañas todas las mañanas, pero a veces también quieres uno a la noche.

—Gracias, abuela; lo haré —contestó Irene, y volvió a quedarse pensativa un instante y añadió—. ¿Cómo fue, abuela, que tu hermosa lámpara, no solo su luz, sino la gran lámpara redonda y plateada, colgaba sola al aire libre, en lo alto? Era tu lámpara lo que vi, ¿verdad?

—Sí, hija mía, era mi lámpara.

—Entonces, ¿cómo fue? No veo ninguna ventana alrededor.

—Cuando me place puedo hacer que la lámpara brille a través de las paredes; brilla tan fuerte que se disuelve ante la vista, y se muestra tal como tú la viste. Pero, como te he dicho, no todo el mundo puede verla.

—¿Cómo es que yo puedo, entonces? Estoy segura de que no lo sé.

—Es un don que nace contigo. Y espero que algún día todo el mundo lo tenga.

—Pero, ¿cómo haces que brille a través de las paredes?

—Ah, eso no lo entenderías aunque me esforzara mucho en convencerte... todavía no, todavía no. Pero —añadió la señora, levantándose—, debes sentarte en mi silla mientras te traigo el regalo que he estado preparando para ti. Te dije que mi hilado era para ti. Ya está terminado y voy a buscarlo. Lo he guardado caliente debajo de una de mis palomas.

Irene se sentó en la silla baja y su abuela la dejó, cerrando la puerta tras de sí. La niña se quedó sentada mirando; primero el fuego rosado, ahora las paredes estrelladas, luego la luz plateada; y una gran tranquilidad se apoderó de su corazón. Si todos los gatos de patas largas del mundo se hubieran abalanzado sobre ella, no les habría tenido miedo ni por un momento. Solo sabía que no había miedo en ella y que todo estaba tan bien y seguro que no podían entrar. Llevaba unos minutos contemplando fijamente la hermosa lámpara: al volver los ojos, descubrió que la pared había desaparecido, pues estaba mirando hacia la

oscura noche nublada. Pero, aunque oía soplar el viento, no soplaba sobre ella. Al cabo de un momento, las nubes se separaron, o más bien desaparecieron como el muro, y ella miró directamente a los grupos de estrellas, que destellaban gloriosas en el azul oscuro. Fue solo un instante. Las nubes volvieron a juntarse y cerraron el paso a las estrellas; el muro volvió a juntarse y cerró el paso a las nubes; y allí estaba la dama, a su lado, con la más hermosa sonrisa en el rostro y un ovillo brillante en la mano, del tamaño de un huevo de paloma.

—Toma, Irene, ¡ahí tienes mi trabajo! —dijo tendiéndole el ovillo a la princesa.

Ella lo tomó en la mano y lo miró por todas partes. Centelleaba un poco y brillaba aquí y allá, pero no mucho. Era de una blancura grisácea, como vidrio hilado.

—¿Esto es todo lo que has hilado, abuela? —preguntó.

—Todo desde que llegaste a la casa. Hay más de lo que crees.

—¡Qué bonito es! Dime, ¿qué voy a hacer con él?

—Eso te lo explicaré ahora —respondió la señora, apartándose de ella y dirigiéndose a su gabinete. Volvió con un pequeño anillo en la mano. Luego tomó el ovillo de Irene, e hizo algo con el anillo; Irene no supo qué.

—Dame tu mano —dijo. Irene extendió su mano derecha.

—Sí, esa es la mano que quiero —dijo la señora y le puso el anillo en el dedo índice.

—Qué hermoso anillo —dijo Irene—. ¿Cómo se llama la piedra?

—Es un ópalo de fuego.

—Por favor, ¿puedo quedármelo?

—Siempre.

—Oh, ¡gracias, abuela! Es más bonita que todas las que he visto, excepto esas, las de todos colores, en tu... por favor, ¿es tu corona?

—Sí, es mi corona. La piedra de tu anillo es del mismo tipo, solo que no es tan buena. Solo es roja, pero la mía es de todos los colores.

—Sí, abuela. La cuidaré mucho, pero... —añadió titubeando.

—Pero, ¿qué? —preguntó su abuela.

—¿Qué voy a decir cuando Lootie me pregunte de dónde lo he sacado?

—Le preguntarás de dónde lo has sacado —respondió la señora sonriendo.

—No sé cómo voy a hacerlo.

—Pero lo harás.

—Claro que lo haré, si tú lo dices. Pero no puedo fingir que no lo sé.

—Por supuesto que no. Pero no te preocupes. Ya lo verás cuando llegue el momento.

Y diciendo esto, la señora se volvió y arrojó la bolita al fuego de las rosas.

—¡Oh, abuela! —exclamó Irene—. Creí que la habías hilado para mí.

—Así es, hija mía. Y ya la tienes.

—No, se quemó en el fuego.

La dama metió la mano en el fuego, sacó el ovillo, reluciente como antes, y se lo tendió. Irene alargó la mano para tomarlo, pero la señora se volvió y,

dirigiéndose a su gabinete, abrió un cajón y depositó en él el ovillo.

—¿He hecho algo que te moleste, abuela? —dijo Irene con lástima.

—No, querida. Pero debes comprender que nadie regala nada a otro como es debido sin quedárselo. Ese ovillo es tuyo.

—Ah, no me lo llevaré. Tú lo guardarás para mí.

—Te lo vas a llevar. He atado su extremo al anillo que llevas en el dedo.

Irene miró el anillo.

—No lo veo, abuela —dijo.

—Siéntelo; un pequeño camino desde el anillo hacia el gabinete —dijo la señora.

—¡Lo siento! —exclamó la princesa—. Pero no puedo verlo —añadió, acercando la mirada a la mano extendida.

—No. El hilo es demasiado fino para que puedas verlo. Solo puedes sentirlo. Ahora puedes imaginarte lo mucho que ha costado hilarlo; aunque parezca un ovillo tan pequeño.

—¿Pero qué uso puedo darle, si está en tu gabinete?

—Eso es lo que te explicaré. No te serviría de nada, no sería tuyo si no estuviera en mi gabinete. Ahora escucha. Si alguna vez te encuentras en peligro, como lo estuviste esta misma noche, debes quitarte el anillo y ponerlo debajo de la almohada de tu cama. Luego debes poner tu dedo, el mismo que llevaba el anillo, sobre el hilo, y seguir el hilo dondequiera que te lleve.

—Oh, ¡qué maravilla! Me llevará hasta ti, abuela, ¡lo sé!

—Si. Pero recuerda que puede parecerte un camino muy tortuoso, y no debes dudar del hilo. De una cosa puedes estar segura: mientras tú lo tengas, yo también lo tendré.

—Es maravilloso —dijo Irene pensativa. De pronto se dio cuenta y se levantó de un salto, llorando—. Abuela, he estado todo este tiempo sentada en tu silla y tú de pie. Te ruego que me disculpes.

La señora le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Vuelve a sentarte, Irene. Nada me gusta más que ver a alguien sentado en mi silla. Estoy encantada de estar de pie mientras alguien quiera sentarse en ella.

—Qué amable —dijo la princesa y volvió a sentarse.

—Me hace feliz —dijo la señora.

—Pero —dijo Irene todavía desconcertada—, ¿no estorbará el hilo a alguien y se romperá, si un extremo está sujeto a mi anillo y el otro colocado en tu gabinete?

—Todo eso se arreglará solo. Me temo que es hora de que te vayas.

—¿No podría quedarme a dormir contigo esta noche, abuela?

—Si hubiera querido que te quedaras esta noche, te habría dado un baño; pero ya sabes que todos en la casa están tristes por ti, y sería cruel tenerlos así toda la noche. Debes bajar.

—Me alegro mucho, abuela, de que no me hayas dicho.

—Vete a casa.

—Pues esta es mi casa. ¿No puedo llamarla mi casa?

—Puedes, hija mía. Y confío en que siempre la consideres tu casa. Ahora ven. Debo llevarte de vuelta sin que nadie te vea.

—Por favor, quiero hacerte una pregunta más —dijo Irene—. ¿Es porque llevas la corona puesta por lo que pareces tan joven?

—No, hija —respondió su abuela—; me he puesto la corona porque esta noche me sentía muy joven. Y pensé que te gustaría ver a tu anciana abuela en sus mejores galas.

—¿Por qué te llamas anciana? No eres anciana, abuela.

—De hecho, soy muy anciana. La gente es muy absurda; no me refiero a ti, que eres tan pequeñita y no podrías saberlo; pero la gente es tan absurda que cree que la vejez significa torpeza, languidez, debilidad, bastones, gafas, reumatismo y olvido. ¡Qué tontería! La vejez no tiene nada que ver con todo eso. La vejez correcta significa fuerza, belleza, alegría, coraje, ojos claros y miembros fuertes sin dolor. Soy más vieja de lo que eres capaz de pensar, y...

—Y mírate, abuela —gritó Irene, saltando y echándole los brazos al cuello—. No volveré a ser tan tonta, te lo prometo. Por lo menos (me da miedo prometerlo) pero si lo hago, prometo arrepentirme. Ojalá fuera tan vieja como tú, abuela. Creo que nunca tienes miedo de nada.

—No por mucho tiempo, al menos, hija mía. Tal vez, cuando tenga dos mil años, nunca tenga miedo de nada. Pero confieso que a veces he tenido miedo de mis hijos, y a veces de ti, Irene.

—Lo siento mucho, abuela. Supongo que te refieres a esta noche.

—Sí, un poco esta noche; pero mucho cuando ya te habías hecho la idea de que yo era un sueño y no una verdadera tatarabuela. No debes suponer que te estoy culpando por eso. Me atrevo a decir que no pudiste evitarlo.

—No lo sé, abuela —dijo la princesa echándose a llorar—. No siempre puedo comportarme como quisiera. Y no siempre lo intento. De todos modos, lo siento mucho. La señora se inclinó, la levantó en brazos y se sentó con ella en su silla, estrechándola contra su pecho. En pocos minutos, la princesa se durmió entre sollozos. No sé cuánto tiempo durmió. Cuando volvió en sí, estaba sentada en su propia silla alta, en la mesa de la habitación infantil, con su casa de muñecas ante ella.

Capítulo 16: El anillo

En ese mismo momento entró en la habitación su nodriza, sollozando. Cuando la vio allí sentada, se echó hacia atrás con un fuerte grito de asombro y alegría. Corrió hacia ella, la tomó en sus brazos y la llenó de besos.

—¡Mi querida princesa! ¿Dónde has estado? ¿Qué te ha pasado? Todos hemos estado llorando a mares y buscándote por toda la casa.

“No desde arriba”, pensó Irene para sí; y podría haber añadido “no hasta el fondo”, tal vez, si lo hubiera sabido

todo. Pero no quiso decir una cosa y no pudo decir la otra.

—¡Oh, Lootie! He vivido una aventura espantosa —le contestó, y le contó todo acerca del gato de las patas largas y de cómo corrió por la montaña y regresó. Pero no dijo nada de su abuela ni de su lámpara.

—¡Y te hemos estado buscando por toda la casa por más de hora y media! —exclamó la nodriza—. Pero eso no importa, ¡ya te tenemos! Solo que, princesa, debo decir —añadió cambiando de humor—, lo que deberías haber hecho es llamar a tu Lootie para que viniera a ayudarte, en vez de salir corriendo de la casa y subir la montaña, de esa manera tan salvaje y, debo decir, tan tonta.

—Bueno, Lootie —dijo Irene en voz baja—, tal vez si tuvieras un gran gato, todo patas, corriendo hacia ti, no sabrías exactamente qué es lo más sabio que hacer en ese momento.

—De todos modos, no subiría corriendo la montaña —respondió Lootie.

—No si tuvieras tiempo para pensarlo. Pero cuando esas criaturas se te echaron encima aquella noche en la montaña, te asustaste tanto que perdiste el camino de vuelta a casa.

Esto puso fin a los reproches de Lootie. Había estado a punto de decir que el gato de patas largas debía ser una fantasía nocturna de la princesa, pero el recuerdo de los horrores de aquella noche y de la charla que el rey le había dado en consecuencia, le impidieron decir lo que, después de todo, no creía a medias, pues tenía la fuerte sospecha de que el gato era un duende, ya que

no conocía la diferencia entre los duendes y sus criaturas: los consideraba a todos simplemente duendes. Sin decir más, fue a buscar té recién hecho, pan y mantequilla para la princesa. Antes de que regresara, toda la casa, encabezada por el ama de llaves, irrumpió en el cuarto de los niños para alegrarse por su querida niña. Los caballeros de guardia la siguieron, y estaban dispuestos a creer todo lo que ella les dijera sobre el gato de piernas largas. En efecto, aunque lo bastante sabios como para no decir nada al respecto, recordaban, con no poco horror, una criatura semejante entre las que habían sorprendido en sus paseos por el césped de la princesa.

En su interior se culpaban por no haber vigilado mejor. Y su capitán dio órdenes de que, a partir de aquella noche, la puerta principal y todas las ventanas de la planta baja se cerraran con llave en cuanto se pusiera el sol, y que no se abrieran después bajo ningún pretexto. Los hombres de



guardia redoblaron su vigilancia, y durante algún tiempo no hubo más motivos de alarma.

Cuando la princesa se despertó a la mañana siguiente, su nodriza estaba inclinada sobre ella.

—¡Cómo brilla tu anillo esta mañana, princesa! Como una rosa de fuego —dijo.

—¿De veras, Lootie? —respondió Irene—. ¿Quién me dio el anillo, Lootie? Sé que lo tengo desde hace mucho tiempo, pero, ¿de dónde lo saqué? No lo recuerdo.

—Creo que te lo dio tu madre, princesa; pero la verdad es que, desde que lo llevas, no recuerdo haber oído nunca nada—respondió la nodriza.

—Se lo preguntaré a mi rey-padre la próxima vez que venga —dijo Irene.

Capítulo 17: Tiempos de primavera

Llegó por fin la primavera, tan querida por todas las criaturas, jóvenes y viejas, y antes de que pasasen los primeros días, el rey cabalgó por sus valles en flor para ver a su hijita. Había estado todo el invierno en una parte distante de sus dominios, pues no tenía la costumbre de detenerse en una gran ciudad, ni de visitar solo sus casas de campo favoritas, sino que se trasladaba de un lugar a otro, para que todo su pueblo pudiera conocerlo. Dondequiera que viajaba, buscaba constantemente a los hombres más capaces y mejores para ponerlos en sus cargos; y dondequiera que se equivocaba y encontraba a los que había nombrado incapaces o injustos, los destituía inmediatamente. Por lo tanto, ya ven que fue su cuidado del pueblo lo que le impidió ver a su princesa tan a menudo como le hubiera gustado. Se preguntarán ustedes por qué no se la llevó consigo; pero había varias razones para que no lo hiciera, y sospecho que su tatarabuela había tenido

mucho que ver en impedirlo. Una vez más Irene oyó el toque de clarín, y una vez más estaba en la puerta para recibir a su padre cuando se acercaba montado en su gran caballo blanco.

Cuando estuvieron solos un rato, pensó en lo que había decidido preguntarle.

—Por favor, rey-padre —dijo—, ¿me dirás dónde conseguí este bonito anillo? No lo recuerdo.

El rey lo miró. Una extraña y hermosa sonrisa se dibujó como un rayo de sol en su rostro, y una sonrisa de respuesta, pero al mismo tiempo de interrogación, se dibujó como la luz de la luna en el de Irene.

—Era de tu reina-madre —dijo.

—¿Y por qué no es de ella ahora? —preguntó Irene.

—Ya no lo quiere —dijo el rey, con semblante grave.

—¿Por qué ya no lo quiere?

—Porque se ha ido donde se hacen todos esos anillos.

—¿Y cuándo la veré? —preguntó la princesa.

—No por algún tiempo —respondió el rey, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Irene no recordaba a su madre y no sabía por qué su padre tenía ese aspecto y por qué se le llenaban los



ojos de lágrimas; pero le echó los brazos al cuello, lo besó, y no hizo más preguntas.

El rey se inquietó mucho al oír el informe de los caballeros de guardia acerca de las criaturas que habían visto; y presumo que se habría llevado a Irene con él aquel mismo día, a no ser por la seguridad que le daba la presencia del anillo en su dedo. Como una hora antes de partir, Irene le vio subir la vieja escalera, y no volvió a bajar hasta que estuvieron a punto de partir; y pensó para sí que había subido a ver a la anciana. Cuando se marchó, dejó a otros seis caballeros detrás de él, para que hubiera seis de ellos siempre de guardia.

Y ahora, con el buen tiempo primaveral, Irene pasaba la mayor parte del día en la montaña. En las hondonadas más cálidas había hermosas primulas, y no tantas como para cansarse de ellas. Cada vez que veía una nueva abriendo un ojo de luz en la tierra ciega, aplaudía con alegría y, a diferencia de algunos niños que conozco, en lugar de arrancarla la tocaba con tanta ternura como si fuera un bebé recién nacido y, después de conocerla, la dejaba tan feliz como la había encontrado. Trataba a las plantas entre las que crecía como nidos de pájaros; cada flor fresca era para ella como un pajarillo nuevo.

Visitaba todos los nidos de flores que conocía, recordando cada uno por sí mismo. Se arrodillaba junto a uno de ellos y le decía:

—¡Buenos días! Huelen muy bien esta mañana. ¡Adiós!

Y luego iba a otro nido y decía lo mismo. Era una de sus diversiones favoritas. Había muchas flores arriba y

abajo, y a ella le encantaban todas, pero las primulas eran sus favoritas.

—No son demasiado tímidas, y tampoco atrevidas —decía a Lootie.

También había cabras por la montaña, y cuando llegaban los cabritos estaba tan contenta con ellos como con las flores. La mayoría de las cabras pertenecían a los mineros, algunas de ellas a la madre de Curdie, pero había un buen número de cabras salvajes que parecían no pertenecer a nadie. Los duendes las consideraban suyas y en parte vivían de ellas. Les ponían trampas y cavaban fosos, y no tenían escrúpulos en llevarse las que encontraban mansas; pero no trataban de robarlas de ninguna otra manera, porque temían a los perros que los montañeses tenían para vigilarlas, pues los perros sabihondos siempre trataban de morderles las patas. Pero los duendes tenían una especie de ovejas, unas criaturas muy extrañas, a las que sacaban a pastar por la noche, y las otras criaturas de los duendes eran lo bastante sabias como para vigilarlas bien, pues sabían que pronto tendrían sus huesos.

Capítulo 18: La pista de Curdie

Curdie seguía tan atento como siempre, pero casi se estaba cansando de su escaso éxito. Cada dos noches, más o menos, seguía a los duendes mientras cavaban y perforaban, y acercándose a ellos todo lo que podía, los observaba desde detrás de piedras y rocas; pero aún no parecía estar más cerca de descubrir lo que tenían

entre manos. Como al principio, siempre se mantenía agarrado al extremo de su cuerda, mientras que su pico, dejado justo fuera del agujero por el que entraba en el país de los duendes desde la mina, seguía sirviendo de ancla y mantenía sujeto el otro extremo. Los duendes, al no oír más ruido en aquel barrio, habían dejado de temer una invasión inmediata y no vigilaban.

Una noche, después de andar de un lado para otro y de escuchar hasta casi dormirse de cansancio, empezó a enrollar su ovillo, pues había resuelto irse a casa a dormir. Sin embargo, no tardó en sentirse desconcertado. Pasó una tras otra las casas de los duendes —cuevas, es decir—, ocupadas por familias de duendes, y al fin estuvo seguro de que eran muchos más de los que había pasado al llegar. Tuvo que tener mucho cuidado de pasar desapercibido, pues estaban muy cerca unos de otros.

¿Sería posible que su cuerda lo hubiera llevado por mal camino? Siguió dándole cuerda, y ésta lo condujo a barrios más densamente poblados, hasta que se sintió bastante inquieto y, de hecho, aprensivo, pues, aunque no temía a los mazorcas, temía no encontrar la salida. Pero, ¿qué podía hacer? De nada servía sentarse y esperar a que amaneciera, pues la mañana no cambiaba nada.

Estaba oscuro, siempre oscuro, y si le fallaba la cuerda estaba indefenso. Podía incluso llegar a menos de un metro de la mina y no darse cuenta. Viendo que no podía hacer nada mejor, al menos averiguaría dónde estaba el final de su cuerda y, si era posible, cómo había llegado a jugarle semejante mala pasada. Por el tamaño del ovillo supo que se estaba acercando al final,

cuando empezó a sentir un tirón. ¿Qué podía significar? Al doblar una esquina, le pareció oír ruidos extraños. A medida que avanzaba, los ruidos aumentaron hasta que, al doblar una segunda esquina pronunciada, se encontró en medio de ellos, y en el mismo momento cayó sobre una masa que se revolcaba y que él sabía que debía de ser un nudo de criaturas de los mazorcas. Antes de que pudiera ponerse de pie, se había llevado algunos arañazos en la cara y varias mordeduras importantes en las piernas y los brazos. Pero mientras se esforzaba por levantarse, su mano cayó sobre su pico, y antes de que las horribles bestias pudieran hacerle ningún daño serio, estaba golpeando con él a diestro y siniestro en la oscuridad. Los horribles gritos que siguieron le dieron la satisfacción de saber que había castigado a algunos de ellos con bastante dureza por su rudeza, y por sus correteos y sus aullidos en retirada, se dio cuenta de que los había derrotado. Permaneció un rato de pie, sopesando su hacha de combate en la mano como si fuera el máspreciado trozo de metal, aunque, en realidad, ningún trozo de oro podía ser tanpreciado en aquel momento como aquella herramienta común, luego desató el extremo de la cuerda, se guardó el ovillo en el bolsillo y se quedó pensando. Estaba claro que las criaturas de los mazorcas habían encontrado su pico, se lo habían llevado entre todos y lo habían conducido no sabía adónde. Pero por más que pensaba no sabía qué hacer, hasta que de pronto se percató de un destello de luz a lo lejos. Sin dudarlo un instante, se dirigió hacia ella, tan rápido como se lo permitía el desconocido y

escarpado camino. Al doblar de nuevo una esquina, guiado por la tenue luz, divisó algo bastante nuevo en su experiencia de las regiones subterráneas: una pequeña forma irregular de algo brillante. Al acercarse, descubrió que era un trozo de cristal de mica o moscovita, llamado plata de oveja en Escocia, y que la luz parpadeaba como si hubiera un fuego detrás. Después de intentar en vano durante algún tiempo descubrir una entrada al lugar donde ardía, llegó por fin a una pequeña cámara en la que una abertura en lo alto de la pared revelaba un resplandor más allá de ella. Consiguió trepar por ella y vio un extraño espectáculo. Abajo había un pequeño grupo de duendes sentados alrededor de un fuego, cuyo humo se desvanecía en la oscuridad. Los lados de la cueva estaban llenos de minerales brillantes, como los del vestíbulo del palacio; y la compañía era evidentemente de un orden superior, pues todos llevaban piedras en la cabeza, los brazos o la cintura, que brillaban con magníficos colores a la luz del fuego. Curdie no tardó en reconocer al rey en persona, y se dio cuenta de que había entrado en el apartamento interior de la familia real. Nunca había tenido tantas posibilidades de oír algo. Se coló por el agujero tan sigilosamente como pudo, se escabulló un buen trecho por la pared hacia ellos sin llamar la atención, y luego se sentó y escuchó. El rey, evidentemente la reina, y probablemente el príncipe heredero y el primer ministro estaban hablando. De la reina estaba seguro por sus zapatos, pues mientras se calentaba los pies junto al fuego, los vio claramente.

—¡Será divertido! —dijo el que había tomado por el príncipe heredero. Fue la primera frase completa que oyó.

—No entiendo por qué te parece un asunto tan grandioso

—dijo su madrastra, echando la cabeza hacia atrás.

—Debes recordar, esposa mía —intervino Su Majestad, como excusando a su hijo—, que lleva la misma sangre. Su madre...

—¡No me hables de su madre! Alientas sus fantasías antinaturales. Lo que sea que pertenezca a esa madre debe ser eliminado de él.

—Te olvidas de ti misma, querida —dijo el rey.

—Yo no —dijo la reina—, ni tú tampoco. Si esperas que apruebe gustos tan groseros, te equivocarás. Por algo llevo zapatos.

—Sin embargo, debes reconocer —dijo el rey con un pequeño gemido—, que al menos esto no es un capricho de Harelip, sino una cuestión de política de Estado.

Sabes muy bien que su satisfacción proviene únicamente del placer de sacrificarse por el bien público. ¿No es así, Harelip?

—Sí, padre, claro que sí. Pero será bueno hacerla llorar. Le quitaré la piel de entre los dedos y se los ataré hasta que crezcan juntos. Así sus pies serán como los de los demás y no tendrá que llevar zapatos.

—¿Pretendes insinuar que tengo dedos en los pies, desgraciado antinatural? —gritó la reina; y se dirigió airada hacia Harelip. Sin embargo, el consejero, que estaba entre ellos, se inclinó hacia delante para impedir que lo tocara, pero solo como para dirigirse al príncipe.

—Alteza Real —dijo—, tal vez necesite que le recuerden que tiene tres dedos en un pie y dos en el otro.

—¡Jajaja! —gritó la reina triunfante.

El consejero, animado por esta muestra de favor, prosiguió.

—

—Me parece, Su Alteza Real, que se haría muy querido por su futuro pueblo, demostrándole que no es usted menos que ellos por haber tenido la desgracia de nacer de una madre solar, si ordenara sobre sí mismo la comparativamente leve operación que, en una forma más extendida, tan sabiamente medita con respecto a su futura princesa.

La reina rio más fuerte que antes, y el rey y el ministro se unieron a la carcajada. Harelip gruñó, y durante unos instantes los demás continuaron expresando su alegría por su incomodidad.

La reina era la única a la que Curdie podía ver con nitidez. Estaba sentada de lado, y la luz del fuego le iluminaba el rostro. No podía considerarla guapa. Su nariz era ciertamente más ancha al final que su longitud extrema, y sus ojos, en lugar de ser horizontales, estaban dispuestos como dos huevos perpendiculares, uno en el extremo ancho y el otro en el pequeño. Su boca no era más grande que un pequeño ojal hasta que se reía, momento en el que se extendía de oreja a oreja, aunque, por cierto, sus orejas estaban casi en medio de sus mejillas.

Ansioso por oír todo lo que pudieran decirle, Curdie se aventuró a deslizarse por una parte lisa de la roca,

justo debajo de él, hasta un saliente situado más abajo, sobre el que pensó apoyarse. Pero, ya fuera porque no tuvo suficiente cuidado o porque el saliente cedió, cayó precipitadamente sobre el suelo de la caverna, arrastrando consigo una gran lluvia de piedras.

Los duendes saltaron de sus asientos más furiosos que consternados, pues nunca habían tenido nada que temer en el palacio. Pero cuando vieron a Curdie con su pico en la mano, su rabia se mezcló con el miedo, pues lo tomaron por el primero de una invasión de mineros. A pesar de todo, el rey se irguió hasta alcanzar su estatura de cuatro pies, se extendió hasta su anchura total de tres y medio, pues era el más apuesto y cuadrado de todos los duendes, y pavoneándose hasta Curdie, se plantó con los pies abiertos ante él, y dijo con dignidad:

—¿Qué derecho tienes en mi palacio?

—El derecho de la necesidad, Su Majestad —respondió Curdie—. Me perdí y no sabía a dónde iba.

—¿Cómo entraste?

—Por un agujero en la montaña.

—¡Pero si eres minero! Mira tu pico.

Curdie lo miró, respondiendo:

—Me lo encontré tirado en el suelo a poca distancia de aquí. Caí sobre unas bestias salvajes que jugaban con él. Mire, Majestad —y Curdie le mostró cómo había sido arañado y mordido.

El rey se alegró al ver que se comportaba más cortésmente de lo que había esperado por lo que su

pueblo le había contado sobre los mineros, pues lo atribuyó al poder de su propia presencia; pero no por ello se sintió amigo del intruso.

—Me harás el favor de marcharte de inmediato de mis dominios —dijo, sabiendo muy bien la burla que encerraban esas palabras.

—Con mucho gusto, si Su Majestad me da una guía —dijo Curdie.

—Le daré mil —dijo el rey con un aire burlón de magnífica liberalidad.

—Una será suficiente —dijo Curdie.

Pero el rey lanzó un extraño grito, mitad aullido, mitad rugido, y los duendes entraron corriendo hasta que la cueva se llenó de gente. Dijo algo al primero de ellos que Curdie no pudo oír, y fue pasando de uno a otro hasta que en un momento el más alejado de la multitud evidentemente lo había oído y entendido. Empezaron a agolparse a su alrededor de una forma que a él no le gustó, y retrocedió hacia la pared. Lo apretaban.

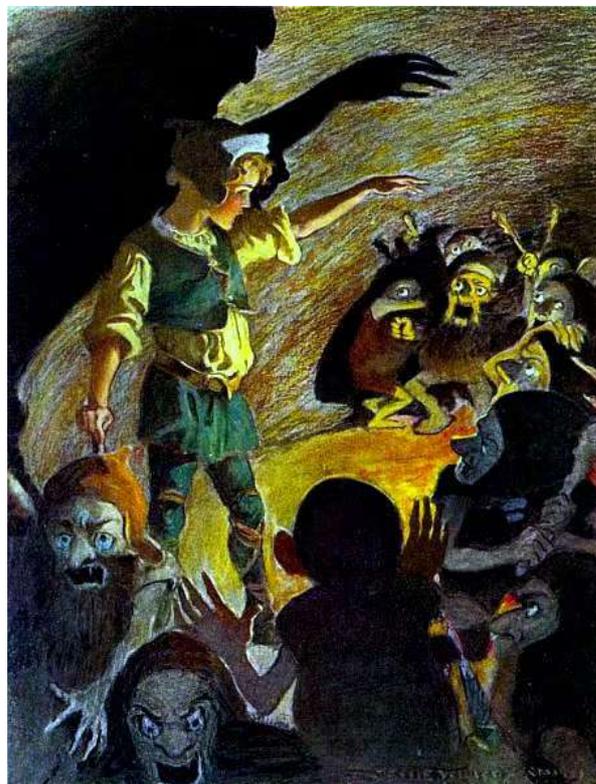
—Atrás —dijo Curdie, agarrando el pico con más fuerza junto a su rodilla.

Solo sonrieron y se acercaron más. Curdie recapacitó y empezó a rimar:

—“Diez, veinte, treinta,
¡Gente tan sucia y lenta!
Veinte, treinta, cuarenta,
¡tan torpes que es una afrenta!
Treinta, cuarenta, cincuenta,
¡nadie los tiene en cuenta!

Cuarenta, cincuenta, sesenta,
¡más bestias que hombres, se cuenta!
Cincuenta, sesenta, setenta,
¡parece que viene tormenta!
Sesenta, setenta, ochenta,
¡el miedo que tienen
aumenta!

Setenta, ochenta, noventa,
¡miren cómo se lamentan!
Ochenta, noventa, cien,
¡Me temen, y lo saben bien!
Los duendes retrocedieron
un poco cuando él empezó, e
hicieron horribles muecas
durante toda la rima, como si
estuvieran comiendo algo tan
desagradable que les pusiera
los dientes de punta y les diera escalofríos; Pero no sé si
fue porque las palabras que rimaban no eran en su
mayoría solo números, ya que, al considerar que una
nueva rima era más eficaz, Curdie la había hecho de
improviso, o si fue porque la presencia del rey y la reina
les infundió valor; pero en cuanto terminó la rima
volvieron a abalanzarse sobre él, y salieron disparados
un centenar de largos brazos, con multitud de gruesos
dedos sin uñas en las puntas, para agarrarlo. Entonces
Curdie levantó su pico. Pero siendo tan gentil como
valiente y no deseando matar a ninguno de ellos, giró el
extremo que era cuadrado y sin filo como un martillo, y



con ello descargó un gran golpe sobre la cabeza del duende que tenía más cerca. Duras como son las cabezas de todos los duendes, pensó que debía sentirlo. Y así lo hizo, sin duda; pero solo lanzó un horrible grito y se abalanzó sobre la garganta de Curdie. Curdie, sin embargo, retrocedió a tiempo, y justo en ese momento crítico recordó la parte vulnerable del cuerpo del goblin. Se abalanzó de repente sobre el rey y pisó con todas sus fuerzas los pies de Su Majestad. El rey emitió un aullido muy poco propio de un rey y estuvo a punto de caer al fuego. Curdie se abalanzó entonces sobre la multitud, dando pisotones a diestro y siniestro. Los duendes retrocedieron, aullando por todos lados mientras él se acercaba, pero estaban tan amontonados que pocos de los que atacó pudieron escapar a su pisada; y los chillidos y rugidos que llenaron la cueva habrían horrorizado a Curdie de no ser por la buena esperanza que le dieron. Se amontonaban unos sobre otros en su afán por salir corriendo de la cueva, cuando un nuevo asaltante se le enfrentó de repente: la reina, con los ojos llameantes y los orificios nasales dilatados, con el pelo medio levantado de la cabeza, se abalanzó sobre él. Confiaba en sus zapatos: eran de granito, ahuecados como zuecos franceses. Curdie habría aguantado mucho antes que herir a una mujer, aunque fuera un duende; pero aquí se trataba de un asunto de vida o muerte: olvidándose de sus zapatos, le dio un gran pisotón en uno de los pies. Pero ella se lo devolvió al instante con un efecto muy diferente, causándole un dolor espantoso y casi incapacitándolo. Su única

oportunidad con ella habría sido atacar los zapatos de granito con su pico, pero antes de que pudiera pensar en ello, ella lo había atrapado en sus brazos y se precipitaba con él a través de la cueva. Lo estrelló contra un agujero en la pared, con una fuerza que casi lo aturdió. Pero, aunque no podía moverse, no estaba demasiado lejos para oír su gran grito, y el ruido de multitud de pies suaves, seguido por el sonido de algo que se levantaba contra la roca; después vino un multitudinario repiqueteo de piedras que caían cerca de él. Esto último no había cesado cuando se desmayó, pues tenía la cabeza muy cortada, y al fin quedó insensible. Cuando volvió en sí, reinaba un silencio absoluto a su alrededor y una oscuridad total, salvo por el más leve resplandor en un pequeño punto. Se arrastró hasta él y descubrió que habían colocado una losa contra la boca del agujero, a través de cuyo borde se abría paso un pequeño resplandor procedente del fuego. No pudo moverla ni un pelo, porque habían amontonado un montón de piedras contra ella. Se arrastró hasta el lugar donde había estado tumbado, con la débil esperanza de encontrar su pico. Se sentó y trató de pensar, pero pronto se quedó profundamente dormido.

Capítulo 19: Consejos de los duendes

Debió de dormir mucho tiempo, porque cuando despertó se sentía maravillosamente restablecido, de hecho, casi

bien, y muy hambriento. Se oían voces en la cueva exterior.

Una vez más era de noche, pues los duendes dormían durante el día y se ocupaban de sus asuntos durante la noche.

En la oscuridad universal y constante de su morada no tenían ninguna razón para preferir una disposición a la otra; pero por aversión a la gente del sol, elegían estar ocupados cuando había menos posibilidades de que se encontraran con los mineros de abajo, cuando excavaban, o con la gente de la montaña de arriba, cuando daban de comer a sus ovejas o recogían sus cabras. Y de hecho, solo cuando el sol se iba, el exterior de la montaña se parecía lo suficiente a sus propias regiones lúgubres como para ser soportable a sus ojos de topo, que tan poco acostumbrados estaban a cualquier luz que no fuera la de sus propios fuegos y antorchas.

Curdie escuchó y pronto descubrió que hablaban de él. —¿Cuánto tardará? —preguntó Harelip.

—No muchos días —respondió el rey—. Son pobres y débiles criaturas, esas gentes del sol, y quieren estar siempre comiendo. Nosotros podemos estar una semana entera sin comer y nos sentimos mejor; pero me han dicho que ellos comen dos o tres veces al día. ¿Puedes creerlo? Deben de estar huecos por dentro, no como nosotros, cuyas nueve décimas partes son carne y huesos sólidos. Sí, creo que le bastará una semana de hambruna.

—Si me permites una palabra —se interpuso la reina—, y creo que yo debería tener alguna voz en el asunto...

—El desgraciado está a tu entera disposición, esposa mía —interrumpió el rey—. Es de tu propiedad. Tú misma lo atrapaste; nosotros nunca lo habiéramos hecho.

La reina rio. Parecía de mucho mejor humor que la noche anterior.

—Iba a decir —continuó—, que me parece una lástima desperdiciar tanta carne fresca.

—¿En qué piensas, mi amor? —dijo el rey—. La sola idea de matarlo de hambre implica que no le daremos carne, ni salada ni fresca.

—No soy tan estúpida como para eso —respondió Su Majestad—. Lo que quiero decir es que para cuando esté muerto de hambre apenas habrá huesos que roer. El rey soltó una carcajada.

—Bueno, esposa mía, puedes tenerlo cuando quieras —dijo—. Por mi parte, no me apetece. Estoy seguro de que es duro de roer.

—Eso sería honrar su insolencia en vez de castigarla —respondió la reina—. Pero, ¿por qué privar a nuestras pobres criaturas de tanto alimento? Nuestros perros, gatos, cerdos y ositos lo disfrutarían muchísimo.



—¡Eres la mejor de las amas de casa, mi encantadora reina! —le dijo su esposo—. Que así sea por todos los medios. Hagamos entrar a nuestra

gente, saquémoslo y matémoslo de inmediato. Se lo merece. El daño que podría habernos causado, ahora que ha penetrado hasta nuestra ciudadela más retirada, es incalculable. O mejor, atémoslo de pies y manos, y tengamos el placer de verlo despedazado a la luz de las antorchas en el gran salón.

—¡Mejor y mejor! —gritaron la reina y el príncipe a la vez, ambos dando palmas. Y el príncipe hizo un feo ruido con su labio leporino, como si hubiera pretendido ser uno en el banquete.

—Pero —añadió la reina, recapacitando—, es muy molesto. Para ser pobres criaturas como son, hay algo en esa gente del sol que es muy molesto. No puedo imaginar cómo es posible que, con una fuerza, una habilidad y un entendimiento tan superiores como los nuestros, permitamos que sigan existiendo. ¿Por qué no los destruimos por completo y utilizamos su ganado y sus tierras de pastoreo a nuestro antojo? Por supuesto que no queremos vivir en su horrible país. Es demasiado llamativo para nuestro gusto más tranquilo y refinado. Pero podríamos utilizarlo como una especie de retrete. Incluso los ojos de nuestras criaturas podrían acostumbrarse, y si se quedaran ciegas no tendría importancia, siempre que también engordaran. Pero incluso podríamos conservar sus grandes vacas y otras criaturas, y entonces tendríamos algunos lujos más, como nata y queso, que en la actualidad solo probamos de vez en cuando, cuando nuestros valientes hombres han conseguido llevarse algunos de sus granjas.

—Merece la pena pensarlo —dijo el rey—, y no sé por qué eres la primera en sugerirlo, salvo porque tienes un ingenio innato para la conquista. Pero, aun así, como tú dices, hay algo muy molesto en ellos; y sería mejor, como entiendo que sugieres, que primero lo matáramos de hambre durante un día o dos, para que esté un poco menos juguetón cuando lo saquemos.

—Había una vez un duende
que vivía en una cueva,
el duende estaba siempre,
haciendo zapatos sin suela.

Llegó una pequeña ave:

‘Duende, ¿qué haces aquí?’

‘Trabajo, tú ya sabes,
en este zapato, sí’.

‘¿Para qué sirve eso, Señor?’

Le dijo el pajarillo.

‘Pues es muy útil, Señor,
no se haga el listillo’.

‘Donde todo es un agujero,
nunca habrá agujeros;
¿por qué zapatos con suela,
si ni alma tienen siquiera?’

—¿Qué es ese horrible ruido? —gritó la reina,
estremeciéndose desde la cabeza de metal hasta los
zapatos de granito.

—Declaro —dijo el rey con solemne indignación—, que es
la criatura solar del agujero.

—¡Detengan ese ruido repugnante! —gritó valientemente
el príncipe heredero, levantándose y poniéndose de pie

frente al montón de piedras, con la cara hacia la prisión de Curdie—. Hazlo ahora o te romperé la cabeza.

—Rómpete —gritó Curdie, y empezó a cantar de nuevo:

“Había una vez un duende
viviendo en un agujero...”

—Realmente no puedo soportarlo —dijo la reina—. ¡Si pudiera volver a tocar sus horribles dedos con mis pantuflas!

—Creo que será mejor que nos vayamos a la cama —dijo el rey.

—No es hora de acostarse —dijo la reina.

—Yo lo haría si fuera tú —dijo Curdie.

—¡Desgraciado impertinente! —dijo la reina con el mayor desprecio de su voz.

—Un imposible si... —dijo Su Majestad con dignidad.

—Bastante —respondió Curdie, y empezó a cantar de nuevo:

A la cama, duende,
vamos, sé sensato.
Ayuda a la reina,
a quitarse el zapato.
Si esto acometes
verás algo increíble.
un bello ramillete
de dedos, ¡horrible!

—¡Qué mentira! —rugió la reina furiosa.

—Por cierto, eso me recuerda —dijo el rey—, que, desde que nos casamos, nunca te he visto los pies, reina. Creo que deberías quitarte los zapatos cuando te acuestes. A veces me hacen daño.

—Haré lo que quiera —replicó la reina con mal humor.

—Deberías hacer lo que te pide tu marido —dijo el rey.

—No lo haré —dijo la reina.

Al parecer, Su Majestad se acercó a la reina con el propósito de seguir el consejo dado por Curdie, pues éste oyó una refriega y luego un gran rugido del rey.

—Entonces, ¿quieres callarte? —dijo la reina con maldad.

—Sí, sí, reina. Solo pretendía persuadirte.

—¡Quita las manos! —gritó triunfante la reina—. Me voy a la cama. Puedes venir cuando quieras. Pero mientras sea reina, dormiré en mis zapatos. Es mi privilegio real.

Harelip, vete a la cama.

—Me voy —dijo Harelip somnoliento.

—Yo también —dijo el rey.

—Vamos, entonces —dijo la reina—; y ten cuidado de ser bueno, o yo...

—¡Oh, no, no, no! —gritó el rey en el más suplicante de los tonos.

Curdie solo oyó un murmullo a lo lejos y luego la cueva quedó en silencio.

Habían dejado el fuego encendido, y la luz llegaba más brillante que antes. Curdie pensó que era el momento de intentarlo de nuevo, si es que se podía hacer algo. Pero descubrió que no podía meter ni un dedo por el hueco entre la losa y la roca. Dio un gran empujón con el hombro contra la losa, pero ésta no cedió más que si hubiera formado parte de la roca. Lo único que pudo hacer fue sentarse y volver a pensar.

Poco a poco tomó la resolución de fingir que se moría, con la esperanza de que lo sacaran antes de que sus

fuerzas estuvieran demasiado agotadas para darle una oportunidad. En cuanto a las criaturas, si pudiera encontrar de nuevo su pico no tendría miedo de ellas; y si no fuera por los horribles zapatos de la reina, no tendría miedo en absoluto.

Mientras tanto, hasta que volvieran por la noche, no le quedaba otra cosa que hacer que forjar nuevas rimas, que ahora eran sus únicas armas. No tenía intención de usarlas por el momento, por supuesto; pero era bueno tener una reserva, porque podría llegar a necesitarlas, y fabricarlas lo ayudaría a pasar el tiempo.

Capítulo 20: La pista de Irene

Aquella misma mañana, temprano, la princesa se despertó terriblemente asustada. Había un ruido espantoso en su habitación: criaturas que gruñían, silbaban y se agitaban como si estuvieran peleando. En cuanto volvió en sí, recordó algo en lo que nunca había vuelto a pensar: lo que su abuela le decía que hiciera cuando tuviera miedo. Inmediatamente se quitó el anillo y lo puso debajo de la almohada. Al hacerlo, le pareció sentir que un dedo y un pulgar la tomaban suavemente de la mano.

—Debe ser mi abuela —se dijo, y la idea le infundió tanto valor que se detuvo a ponerse las zapatillas antes de salir corriendo de la habitación.

Mientras lo hacía, vio una larga capa de color celeste, echada sobre el respaldo de una silla junto a la cama. Nunca la había visto, pero era evidente que la estaba

esperando. Se la puso y, tanteando con el índice de la mano derecha, encontró el hilo de su abuela, que siguió de inmediato, esperando que la condujera directamente a la vieja escalera. Cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que bajaba y corría por el suelo, de modo que casi tuvo que arrastrarse para poder agarrarlo. Entonces, para su sorpresa, y en cierto modo para su consternación, descubrió que, en lugar de conducirla hacia la escalera, giraba en dirección contraria. La condujo por unos estrechos pasadizos hacia la cocina, desviándose antes de llegar a ella y guiándola hasta una puerta que comunicaba con un pequeño patio trasero. Algunas criadas ya se habían levantado y la puerta estaba abierta. A través del patio, el hilo siguió corriendo por el suelo, hasta que la llevó a una puerta en la pared que daba a la ladera de la montaña. Cuando la hubo atravesado, el hilo se elevó hasta la mitad de su estatura y pudo sostenerlo con facilidad mientras caminaba. El hilo la condujo directamente a la cima de la montaña.

La causa de su alarma era menos espantosa de lo que suponía. El gran gato negro de la cocinera, perseguido por el terrier del ama de llaves, había rebotado contra la puerta de su dormitorio, que no estaba bien cerrada, y los dos habían irrumpido juntos en la habitación y comenzado una batalla real. Era un misterio cómo había podido dormir la nodriza, pero sospecho que la anciana tenía algo que ver.

Era una mañana clara y cálida. El viento soplaba deliciosamente sobre la ladera de la montaña. Aquí y allá

vio una primula tardía, pero no se detuvo a contemplarlas. El cielo estaba salpicado de pequeñas nubes.

El sol aún no había salido, pero algunos de sus esponjosos bordes habían captado su luz y colgaban del aire franjas de color naranja y dorado. El rocío caía en gotas redondas sobre las hojas y colgaba como diminutos pendientes de diamantes de las briznas de hierba de su camino.

“¡Qué bonito es ese hilo de gasa!”, pensó la princesa, mirando una larga línea ondulada que brillaba a cierta distancia de ella, colina arriba. Pero no era tiempo de sutilezas, e Irene pronto descubrió que era su propio hilo el que veía brillar ante ella a la luz de la mañana. No sabía adónde la llevaba, pero nunca en su vida había salido antes del amanecer, y todo era tan fresco, vivo y lleno de algo que se avecinaba, que se sentía demasiado feliz para temer nada.

Después de conducirla una buena distancia, el hilo giró a la izquierda y bajó por el sendero en el que ella y Lottie se habían encontrado con Curdie. Pero ella nunca pensó en eso, porque ahora, a la luz de la mañana, con su lejana vista sobre el campo, ningún sendero podría haber sido más abierto, aireado y alegre. Podía ver el camino casi hasta el horizonte, por el que tantas veces había visto brillar a su rey-padre y a su tropa, con el toque de clarín surcando el aire ante ellos; y era como un compañero para ella. El sendero bajaba y bajaba, luego subía, bajaba y volvía a subir, cada vez más escabroso a medida que avanzaba; y por el sendero

seguía avanzando el hilo plateado, y por el hilo seguía avanzando el dedito de punta rosada de Irene. Poco a poco llegó a un arroyo que murmuraba y parloteaba colina abajo, y por la orilla del arroyo subían el sendero y el hilo. Y el camino se hizo cada vez más áspero y accidentado, y la montaña cada vez más agreste, hasta que Irene empezó a pensar que se alejaba mucho de casa; y cuando se volvió para mirar atrás vio que la llanura había desaparecido y que la áspera y desnuda montaña la rodeaba. Pero el hilo seguía avanzando y la princesa también. Todo a su alrededor se volvía más y más brillante a medida que el sol se acercaba, hasta que por fin sus primeros rayos se posaron de golpe en la cima de una roca que tenía delante, como una criatura dorada recién llegada del cielo. Entonces vio que el arroyo salía de un agujero en aquella roca, que el sendero no pasaba de la roca y que el hilo la llevaba directamente hacia ella. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza cuando se dio cuenta de que el hilo la llevaba al agujero del que salía el arroyo. Salía murmurando alegremente, pero ella tenía que entrar.

No lo dudó. Entró en el agujero, que era lo bastante alto como para permitirle caminar sin agacharse. Durante un trecho se vio un resplandor marrón, pero en la primera curva cesó por completo, y antes de dar muchos pasos se encontró en la oscuridad total. Entonces empezó a asustarse de verdad. A cada momento tanteaba el hilo hacia adelante y hacia atrás, y a medida que se adentraba más y más en la oscuridad de la gran montaña hueca, pensaba más y más en su abuela, y en

todo lo que le había dicho, en lo amable que había sido, y en lo hermosa que era, y en todo lo referente a su encantadora habitación, al fuego de rosas y a la gran lámpara que enviaba su luz a través de las paredes de piedra. Y cada vez estaba más segura de que el hilo no podía haber llegado hasta allí por sí solo, y que su abuela debía de haberlo enviado. Pero la ponía a prueba terriblemente cuando el sendero descendía muy empinado, y sobre todo cuando llegaba a lugares donde tenía que bajar por ásperas escaleras, e incluso a veces por una escalerilla. A través de un estrecho pasadizo tras otro, sobre trozos de roca, arena y arcilla, el hilo la guiaba, hasta que llegó a un pequeño agujero por el que tuvo que arrastrarse. Al no encontrar cambios al otro lado, pensó una y otra vez: "¿Volveré alguna vez?", preguntándose si no estaba diez veces más asustada, y a menudo sintiendo como si solo estuviera caminando en la historia de un sueño. A veces oía el ruido del agua, un sordo gorgoteo dentro de la roca. De vez en cuando oía golpes, que se acercaban cada vez más, pero que se hacían cada vez más sordos y casi desaparecían. Se volvió en cien direcciones, obediente al hilo que la guiaba.



Por fin divisó un brillo rojo apagado, y se acercó a la ventana de mica, y de allí se alejó y dio la vuelta, y a la derecha, a una caverna, donde brillaban las brasas rojas de un fuego. Allí comenzó a elevarse el hilo. Subía tanto como su cabeza, y aún más. ¿Qué debía hacer si perdía el control? Estaba tirando de él hacia abajo. ¡Podría romperlo! Podía verlo a lo lejos, brillando tan rojo como su aspa de fuego a la luz de las brasas.

Pero pronto llegó a un enorme montón de piedras, apiladas en una pendiente contra la pared de la caverna. Trepó por ellas y pronto recuperó el nivel del hilo, pero al momento siguiente descubrió que éste se desvanecía a través del montón de piedras y la dejaba de pie sobre él, con la cara contra la roca maciza. Durante un terrible instante sintió como si su abuela la hubiera abandonado. El hilo que las arañas habían tejido lejos sobre los mares, que su abuela se había sentado a la luz de la luna y había vuelto a tejer para ella, que había templado en el fuego de las rosas y atado a su anillo de ópalo, la había abandonado, se había ido adonde ella ya no podía seguirlo, la había llevado a una horrible caverna y allí la había dejado. ¡Estaba abandonada! —¿Cuándo despertaré? —se dijo agonizante, pero en el mismo instante supo que no era un sueño. Se arrojó sobre el montón y comenzó a llorar. Era bueno que no supiera qué criaturas, una de ellas con zapatos de piedra en los pies, yacían en la cueva contigua. Pero tampoco sabía quién estaba al otro lado de la losa. Al fin se le ocurrió que al menos podría seguir el hilo hacia atrás y así salir de la montaña y volver a casa. Se

levantó de inmediato y encontró el hilo. Pero en cuanto trató de sentirlo hacia atrás, se desvaneció. Hacia adelante, le llevó la mano hasta el montón de piedras, pero hacia atrás no parecía estar en ninguna parte. Tampoco podía verlo como antes a la luz del fuego. Estalló en un grito de dolor y volvió a arrojarse sobre las piedras.

Capítulo 21: El escape

Mientras la princesa yacía y sollozaba, siguió palpando el hilo mecánicamente, siguiéndolo con el dedo muchas veces hasta las piedras en las que desaparecía. Poco a poco, empezó a seguirlo mecánicamente con el dedo, entre las piedras, hasta donde podía. De pronto se le ocurrió que podía quitar algunas de las piedras y ver por dónde seguía el hilo. Casi riéndose de sí misma por no haberlo pensado antes, se puso en pie de un salto. El miedo se desvaneció; una vez más tuvo la certeza de que el hilo de su abuela no podía haberla llevado hasta allí solo para dejarla allí abandonada; y empezó a tirar las piedras de la parte de arriba tan rápido como podía, a veces dos o tres a la vez, a veces necesitando las dos manos para levantar una. Después de despejarlas un poco, descubrió que el hilo giraba y seguía recto hacia abajo. Como el montón estaba muy inclinado y se ensanchaba hacia la base, tuvo que tirar muchas piedras para seguir el hilo. Pero esto no era todo, pues pronto se dio cuenta de que el hilo, después de descender en línea recta durante un trecho, giraba primero de lado en una

dirección, luego de lado en otra, y luego salía disparado, en diversos ángulos, de un lado a otro dentro del montón, de modo que empezó a temer que para despejar el hilo tendría que remover toda la enorme pila. Estaba consternada ante la sola idea, pero, sin perder tiempo, se puso a trabajar con voluntad; y con la espalda dolorida, y los dedos y las manos sangrantes, siguió trabajando, sostenida por el placer de ver cómo el montón disminuía lentamente y empezaba a mostrarse en el lado opuesto del fuego. Otra cosa que le ayudaba a mantener el valor era que, cada vez que descubría una vuelta del hilo, en lugar de quedar suelto sobre la piedra, se tensaba; esto le hacía estar segura de que su abuela estaba al final del hilo en alguna parte.

Había llegado a la mitad del camino cuando se sobresaltó y estuvo a punto de caerse del susto. Muy cerca de sus oídos, estalló una voz cantando:

—¡Charla, molestia, rotura!

nada está a la altura.

¡Charla, rotura, molestia!

es claro que eres una bestia.

¡Molestia, rotura, charla!

Aquí Curdie se detuvo, bien porque no pudo encontrar una rima para "charla", o bien porque recordó lo que había olvidado cuando se despertó al oír los ruidos de Irene, que su plan era hacer creer a los duendes que se estaba debilitando. Pero había pronunciado lo suficiente para que Irene supiera quién era.

—¡Es Curdie! —gritó alegremente.

—¡Sh! ¡Silencio! —volvió a oírse la voz de Curdie desde algún lugar—. Habla en voz baja.

—¡Cómo cantabas! —dijo Irene.

—Sí, pero saben que estoy aquí y no saben que estás tú. ¿Quién eres?

—Irene —respondió la princesa—. Yo sé muy bien quién eres tú. Tú eres Curdie.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Irene?

—Me envió mi tatarabuela; y creo que ya sé por qué. Supongo que no puedes salir, ¿verdad?

—No, no puedo. ¿Qué haces?

—Despejando un enorme montón de piedras.

—¡Eres una princesa! —exclamó Curdie, en un tono de deleite, pero aun hablando en un poco más que un susurro—. Pero no sé cómo has llegado hasta aquí.

—Mi abuela me envió tras su hilo.

—No sé a qué te refieres —dijo Curdie—, pero si estás allí, no importa.

—Oh, sí que importa —respondió Irene—. Nunca habría estado aquí de no ser por ella.

—Puedes contármelo todo cuando salgamos, entonces. Ahora no hay tiempo que perder —dijo Curdie.

E Irene se puso a trabajar, tan fresca como cuando empezó.

—¡Hay tantas piedras! —dijo—. Me llevará mucho tiempo sacarlas todas.

—¿Hasta dónde has llegado? —preguntó Curdie.

—He sacado casi la mitad, pero la otra mitad es mucho más grande.

—No creo que tengas que mover la mitad inferior. ¿Ves una losa apoyada contra la pared?

Irene miró, tanteó con las manos y pronto percibió los contornos de la losa.

—Si —respondió—. La siento.

—Entonces, creo —replicó Curdie—, que cuando hayas despejado la losa hasta la mitad, o un poco más, podré empujarla.

—Debo seguir mi hilo —respondió Irene—, haga lo que haga.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Curdie.

—Ya lo verás cuando salgas —dijo la princesa, y siguió avanzando con más fuerza que nunca.

Pero pronto quedó convencida de que lo que Curdie quería hacer y lo que el hilo quería hacer eran la misma cosa. Porque no solo vio que siguiendo las vueltas del hilo había ido despejando la cara de la losa, sino que, a poco más de la mitad del camino, el hilo atravesaba el recoveco entre la losa y la pared hasta el lugar donde Curdie estaba confinado, de modo que no podía seguirlo más hasta que la losa estuviera fuera de su camino. En cuanto lo descubrió, dijo en un susurro de alegría:

—Ahora, Curdie, creo que, si dieras un gran empujón, la losa se caería.

—Aléjate de ella, entonces —dijo Curdie—, y avísame cuando estés lista.

Irene se bajó del montón y se colocó a un lado.

—¡Ahora Curdie! —gritó.

Curdie se abalanzó con el hombro contra la losa, que cayó sobre el montón y Curdie se arrastró por encima de ella.

—¡Me has salvado, Irene! —susurró.

—¡Oh, Curdie! ¡Me alegro tanto! Salgamos de este horrible lugar tan rápido como podamos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —respondió él.

—Oh, no; es muy fácil —dijo Irene—. Solo tenemos que seguir mi hilo. Estoy segura de que ahora nos sacará.

Ya había comenzado a seguirlo por la losa caída hacia el agujero, mientras Curdie buscaba su pico en el suelo de la caverna.



—¡Aquí está! —gritó Curdie.

—No, no está —añadió en tono decepcionado—. ¿Qué puede ser entonces? Declaro que es una antorcha. ¡Qué alegría! Es casi mejor que mi pico. Mucho mejor si no fuera por esos zapatos de piedra —continuó mientras encendía la antorcha soplando las últimas brasas del fuego que se extinguía.

Cuando levantó la vista, con la antorcha encendida lanzando un resplandor en la gran oscuridad de la enorme caverna, divisó a Irene que desaparecía en el agujero por el que él mismo acababa de salir.

—¿Adónde vas? —gritó—. Esa no es la salida. Por ahí no pude salir.

—Ya lo sé —susurró Irene—. Pero éste es el camino por el que va mi hilo, y debo seguirlo.

—¡Qué tonterías dice esta niña! —se dijo Curdie—. Pero debo seguirla y asegurarme de que no sufra ningún daño. Pronto se dará cuenta de que no puede salir por ahí, y entonces vendrá conmigo.

Así que se arrastró una vez más por la losa hasta el agujero con la antorcha en la mano. Pero cuando miró dentro, no pudo verla por ninguna parte. Y ahora descubrió que, aunque el agujero era estrecho, era mucho más largo de lo que había supuesto, pues en una dirección el tejado descendía muy bajo y el agujero desembocaba en un estrecho pasadizo del que no podía ver el final. La princesa debía de haberse colado por allí. Se puso de rodillas y con una mano, sujetando la antorcha con la otra, se arrastró tras ella. El agujero se torcía, en algunas partes tan bajo que apenas podía pasar, en otras tan alto que no podía ver el techo, pero en todas partes era estrecho, demasiado estrecho para que un duende pudiera pasar, y por eso supongo que nunca pensaron que Curdie pudiera hacerlo. Empezaba a sentirse muy incómodo por si le hubiera ocurrido algo a la princesa, cuando oyó su voz casi cerca de su oído, susurrando:

—¿No vienes, Curdie?

Y cuando dobló la siguiente esquina, allí estaba ella esperándolo.

—Sabía que no te equivocarías en ese angosto agujero, pero ahora debes quedarte a mi lado, porque aquí hay un lugar muy amplio —dijo.

—No puedo entenderlo —dijo Curdie, medio para sí mismo, medio para Irene.

—No importa —respondió ella—. Espera a que salgamos. Curdie, completamente asombrado de que ella hubiera llegado tan lejos, y por un camino que él no conocía, pensó que era mejor dejarla hacer lo que quisiera.

—En cualquier caso —se dijo de nuevo—, o no sé nada del camino, por muy minero que sea; y ella parece creer que sabe algo, aunque no entiendo cómo puede saberlo. Así que es tan probable que ella encuentre el camino como yo, y como ella insiste en tomar la delantera, yo debo seguirla. De todos modos, no podemos estar mucho peor de lo que estamos.

Razonando así, la siguió unos pasos y salió a otra gran caverna, a través de la cual Irene caminó en línea recta, tan segura como si conociera cada paso del camino. Curdie la siguió, iluminando con su antorcha y tratando de ver algo de lo que los rodeaba. De pronto retrocedió un paso cuando la luz cayó sobre algo cercano por lo que Irene pasaba. Se trataba de una plataforma de roca levantada unos metros del suelo y cubierta con pieles de oveja, sobre la que yacían dos horribles figuras dormidas, que Curdie reconoció de inmediato como el rey y la reina de los duendes. Bajó su antorcha al instante para que la luz no los despertara. Al hacerlo, centelleó sobre su pico, que yacía junto a la reina, cuya mano estaba cerca del mango.

—Espera un momento —susurró—. Sostén mi antorcha, y no dejes que la luz llegue a sus caras.

Irene se estremeció al ver las espantosas criaturas junto a las que había pasado de largo sin verlas, pero hizo lo que él le pedía y, dándole la espalda, sostuvo la antorcha baja frente a ella. Curdie retiró con cuidado su pico, y al hacerlo divisó uno de sus pies, que sobresalía de debajo de las pieles. El torpe zapato de granito, expuesto así a su mano, era una tentación a la que no podía resistirse. Lo agarró y, con cautelosos esfuerzos, se lo quitó. En cuanto lo consiguió, vio con asombro que lo que había cantado por ignorancia, para molestar a la reina, era realmente cierto: tenía seis horribles dedos en los pies. Entusiasmado por su éxito, y viendo por el enorme bulto en las pieles de oveja dónde estaba el otro pie, procedió a levantarlos suavemente, pues, si lograba llevarse también el otro zapato, no tendría más miedo a los duendes que el que tenía a las moscas. Pero al tirar del segundo zapato, la reina lanzó un gruñido y se sentó en la cama. En el mismo instante se despertó también el rey y se sentó a su lado.

—¡Corre, Irene! —gritó Curdie, pues aunque ahora no temía lo más mínimo por sí mismo, si lo hacía por la princesa.

Irene miró a su alrededor, vio a las temibles criaturas despiertas y, como la sabia princesa que era, arrojó la antorcha al suelo y la apagó, gritando:

—Ven, Curdie, toma mi mano.

Se lanzó a su lado, sin olvidar el zapato de la reina ni su pico, y la tomó de la mano, mientras ella corría

intrépidamente hacia donde su hilo la guiaba. Oyeron que la reina lanzaba un gran bramido; pero tuvieron buen comienzo, pues pasaría algún tiempo antes de que pudieran encender antorchas para perseguirlos. Justo cuando creían ver un destello detrás de ellos, el hilo los llevó a una abertura muy estrecha, por la que Irene se deslizó con facilidad, y Curdie con dificultad.

—Ahora —dijo Curdie—, creo que estamos a salvo.

—Claro que sí —dijo Irene.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Curdie.

—Porque mi abuela nos está cuidando.

—Eso son tonterías —dijo Curdie—. No sé lo que quieres decir.

—Entonces, si no sabes lo que quiero decir, ¿con qué derecho lo llamas tonterías? —preguntó la princesa, un tanto ofendida.

—Te ruego me disculpes, Irene —dijo Curdie—. No era mi intención molestarte.

—Por supuesto que no —respondió la princesa—. Pero, ¿por qué crees que estaremos a salvo?

—Porque el rey y la reina son demasiado corpulentos para pasar por ese agujero.

—Puede que haya otras formas de evitarlo —dijo la princesa.

—Por supuesto que sí: aún no estamos fuera de peligro —reconoció Curdie.

—Pero, ¿qué quieres decir con el rey y la reina? —preguntó la princesa—. Nunca llamaría rey y reina a criaturas como esas.

—Su propia gente sí lo hace —respondió Curdie.

La princesa hizo más preguntas y Curdie, mientras caminaban tranquilamente, le hizo un relato completo, no solo del carácter y los hábitos de los duendes, hasta donde él los conocía, sino de sus propias aventuras con ellos, empezando por la noche siguiente a aquella en que se había encontrado con ella y Lootie en la montaña. Cuando terminó, le rogó a Irene que le contara cómo había llegado a rescatarlo. Así que Irene también tuvo que contar una larga historia, que hizo de una manera bastante indirecta, interrumpida por muchas preguntas sobre cosas que no había explicado. Pero su relato, como él no creyó más que la mitad, le dejó todo tan inexplicable como antes, y estaba casi tan perplejo como antes sobre lo que debía pensar de la princesa. No podía creer que estuviera contando mentiras deliberadamente, y la única conclusión a la que podía llegar era que Lootie le había estado gastando bromas a la niña, inventando un sinfín de mentiras para asustarla para sus propios fines.

—Pero, ¿cómo es que Lootie te ha dejado ir sola a las montañas? —preguntó.

—Lootie no sabe nada. La dejé profundamente dormida, al menos eso creo. Espero que mi abuela no la deje meterse en líos, porque no fue culpa suya en absoluto, como bien sabe mi abuela.

—Pero, ¿cómo has llegado a mí? —insistió Curdie.

—Ya te lo he dicho —respondió Irene—; manteniendo el dedo en el hilo de mi abuela, como estoy haciendo ahora.

—¿No querrás decir que tienes el hilo ahí?

—Claro que sí. Ya te lo he dicho diez veces. Apenas he quitado el dedo de encima, excepto cuando estaba quitando las piedras de encima. ¡Aquí! —añadió, guiando la mano de Curdie hacia el hilo—. Tú mismo lo sientes, ¿verdad?

—No siento nada en absoluto —respondió Curdie.

—Entonces, ¿qué le pasa a tu dedo? Lo noto perfectamente. Por cierto, que es muy delgado, y a la luz del sol se parece al hilo de una araña, aunque hay muchos de ellos enroscados juntos para hacerlo; pero a pesar de eso no puedo pensar por qué no habrías de sentirlo tan bien como yo.

Curdie fue demasiado educado para decir que no creía que allí hubiera hilo alguno. Lo que sí dijo fue:

—Bueno, no puedo hacer nada.

—Pero yo sí, y debes alegrarte de ello, porque nos vendrá bien a los dos.

—Todavía no hemos salido —dijo Curdie.

—Pronto saldremos —respondió Irene con confianza. Y ahora el hilo bajó y llevó la mano de Irene a un agujero en el suelo de la caverna, de donde procedía un sonido de agua corriente que habían estado oyendo durante algún tiempo.

—Ahora se adentra en el suelo, Curdie —dijo deteniéndose.

Había estado escuchando otro sonido, que su oído experto había captado hacía tiempo, y que también había ido aumentando de volumen. Era el ruido que hacían los duendes mineros en su trabajo, y ahora

parecían estar a no mucha distancia. Irene lo oyó en cuanto se detuvo.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó—. ¿Lo sabes, Curdie?

—Si. Son los duendes cavando y excavando —respondió.

—¿Y no sabes por qué lo hacen?

—No, no tengo la menor idea. ¿Te gustaría verlos? —pregunto, con el deseo de volver a intentar descubrir su secreto.

—Si mi hilo me llevara allí, no me importaría mucho; pero no quiero verlos y no puedo dejar mi hilo. Me lleva al agujero, y será mejor que nos vayamos enseguida.

—Muy bien. ¿Entro yo primero? —dijo Curdie.

—No, mejor no. No puedes sentir el hilo —respondió ella, bajando por una estrecha grieta en el suelo de la caverna.

—¡Oh! Estoy en el agua —gritó—. Está corriendo fuerte, pero no es profunda y solo hay espacio para caminar. Date prisa, Curdie.

Lo intentó, pero el agujero era demasiado pequeño para él.

—Avanza un poco —dijo echándose el pico al hombro. En unos instantes había despejado una abertura más grande y la siguió. Siguieron adelante, bajando y bajando con el agua corriente, Curdie temiendo cada vez más que los condujera a algún terrible abismo en el corazón de la montaña. En uno o dos lugares tuvo que romper la roca para hacer sitio antes de que Irene pudiera pasar, al menos sin hacerse daño. Pero al fin divisaron un rayo de luz, y en un minuto más estaban casi cegados por la luz del sol, a la que salieron. Pasó

algún tiempo antes de que la princesa pudiera ver lo bastante bien como para descubrir que estaban en su propio jardín, cerca del asiento en el que ella y su rey-padre se habían sentado aquella tarde. Habían salido por el canal del pequeño arroyo. La princesa bailó y dio palmas de alegría.

—Ahora, Curdie —gritó—, ¿no vas a creerme lo que te he contado sobre mi abuela y su hilo?

Porque había sentido todo el tiempo que Curdie no creía lo que ella le contaba.

—¡Mira! ¿No lo ves brillar entre nosotros? —añadió.

—No veo nada —insistió Curdie.

—Entonces debes creer sin ver —dijo la princesa—, porque no puedes negar que nos ha sacado de la montaña.

—No puedo negar que hemos salido de la montaña, y sería muy desagradecido si negara que me has sacado de ella.

—No podría haberlo hecho sin el hilo —insistió Irene.

—Esa es la parte que no entiendo.

—Bueno, vamos, y Lootie te traerá algo de comer. Seguro que te apetece mucho.

—Sí, así es. Pero mi padre y mi madre estarán tan preocupados por mí, que debo apresurarme: primero subir a la montaña para decírselo a mi madre, y luego bajar de nuevo a la mina para hacérselo saber a mi padre.

—Muy bien, Curdie; pero no puedes salir sin venir por aquí, y te llevaré a través de la casa, porque es lo más cercano.

No encontraron a nadie por el camino, pues, en efecto, como antes, la gente estaba aquí y allá y en todas partes buscando a la princesa. Cuando entraron, Irene se dio cuenta de que el hilo, tal como había esperado a medias, subía por la vieja escalera, y un nuevo pensamiento la asaltó. Se volvió hacia Curdie y le dijo: —Mi abuela quiere verme. Ven conmigo a verla. Entonces sabrás que te he dicho la verdad. Ven a complacerme, Curdie. No puedo soportar que pienses que lo que digo no es verdad.

—Nunca dudé de que creyeras lo que decías —respondió Curdie—. Solo pensé que tenías alguna fantasía en la cabeza que no era correcta.

—Pero ven, querido Curdie.

El pequeño minero no pudo resistir este llamado, y aunque se sintió tímido en lo que le parecía una enorme casa, cedió y la siguió escaleras arriba.

Capítulo 22: La anciana y Curdie

Subieron entonces la escalera, y la siguiente y la siguiente, y a través de las largas hileras de habitaciones vacías, y subieron la escalerita de la torre, Irene cada vez más feliz a medida que ascendía.

Cuando por fin llamó a la puerta del cuarto de trabajo, no obtuvo respuesta, ni oyó ruido alguno de la rueda de hilar, y una vez más se le encogió el corazón, pero solo por un momento, mientras se volvía y llamaba a la otra puerta.

—Entra —respondió la dulce voz de su abuela, e Irene abrió la puerta y entró, seguida por Curdie.

—¡Querida! —gritó la señora, que estaba sentada junto a una hoguera de rosas rojas mezcladas con blanco—. Te he estado esperando, y la verdad es que estaba un poco preocupada por ti, y empezaba a pensar si no sería mejor ir a buscarte yo misma.

Mientras hablaba, tomó a la princesita en brazos y la colocó en su regazo. Ahora estaba vestida de blanco y parecía más encantadora que nunca.

—He traído a Curdie, abuela. No creía lo que le había dicho y por eso lo he traído.

—Sí, lo veo. Es un buen niño, Curdie, y un niño valiente. ¿No te alegras de haberlo sacado?

—Sí, abuela. Pero no estuvo bien que no me creyera cuando le decía la verdad.

—La gente debe creer lo que puede, y los que creen más no deben ser duros con los que creen menos. Dudo que tú misma te lo hubieras creído todo si no hubieras visto algo de ello.

—Ah, sí, abuela, me atrevo a decir. Estoy segura de que tienes razón. Pero ahora creerá.

—Eso no lo sé —respondió su abuela.

—¿Verdad, Curdie? —dijo Irene, mirándolo mientras hacía la pregunta. Estaba de pie en medio del suelo, mirando fijamente, y parecía extrañamente desconcertado. Ella pensó que se debía a su asombro ante la belleza de la dama.

—Haz una reverencia a mi abuela, Curdie —dijo ella.

—No veo a ninguna abuela —contestó Curdie bastante bruscamente.

—¿No ves a mi abuela cuando estoy sentada en su regazo? —exclamó la princesa.

—No, no la veo —repitió Curdie en tono ofendido.

—¿No ves el precioso fuego de rosas, blancas esta vez?— preguntó Irene, casi tan desconcertada como él.

—No, no lo veo —respondió Curdie, casi malhumorado.

—¿Ni la cama azul? ¿Ni la colcha rosa? ¿Ni la hermosa luz, como la luna, que cuelga del techo?

—Me está tomando el pelo, Su Alteza Real; y después de lo que hemos pasado juntos hoy, no creo que sea muy amable de tu parte —dijo Curdie, sintiéndose muy herido.

—Entonces, ¿qué ves? —preguntó Irene, que percibió enseguida que el que ella no le creyera era al menos tan malo como el que él no le creyera a ella.

—Veo un ático grande y desnudo, como el de la casa de mi madre, pero lo bastante grande como para abarcar la casa y dejar un buen margen alrededor —dijo Curdie.

—¿Y qué más ves?

—Veo una bañera, un montón de paja mohosa, una manzana marchita y un rayo de sol que entra por un agujero en medio del tejado, te ilumina la cabeza y hace que todo adquiera un curioso color marrón oscuro. Creo que es mejor que lo dejes, princesa, y bajas a la habitación de los niños, como una buena chica.

—Pero, ¿no oyes a mi abuela hablándome? —preguntó Irene, casi llorando.

—No. Oigo el arrullo de un montón de palomas. Si no quieres bajar, iré sin ti. Creo que será mejor así, porque

estoy seguro de que nadie que nos conociera creería una palabra de lo que les dijéramos. Pensarían que nos lo hemos inventado todo. No espero que nadie más que mi padre y mi madre me crean. Ellos saben que yo no contaría una mentira.

—Y, sin embargo, ¿no me crees, Curdie? —replicó la princesa, ahora llorando de disgusto y pena por el abismo que había entre ella y Curdie.

—No, no puedo, y no puedo evitarlo —dijo Curdie volviéndose para salir de la habitación.

—¿Qué voy a hacer, abuela? —sollozó la princesa, volviendo la cara hacia el pecho de la señora y temblando con sollozos reprimidos.

—Debes darle tiempo —dijo su abuela—, y debes conformarte con que no te crea durante un tiempo. Es muy duro de soportar; pero yo he tenido que soportarlo y tendré que soportarlo muchas veces más. Yo me ocuparé de lo que Curdie piense de ti. Debes dejarlo marchar ahora.

—No vendrás, ¿verdad? —preguntó Curdie.

—No, Curdie; mi abuela dice que debo dejarte ir. Gira a la derecha cuando llegues al final de todas las escaleras, y eso te llevará al vestíbulo donde está la gran puerta.

—No dudo de que puedo encontrar el camino... sin ti, princesa, ni tampoco sin el hilo de tu anciana abuelita —dijo Curdie con bastante rudeza.

—¡Oh, Curdie, Curdie!

—Ojalá me hubiera ido a casa enseguida. Te estoy muy agradecido, Irene, por haberme sacado de ese agujero, pero ojalá no me hubieras tomado el pelo después.

Dijo esto mientras abría la puerta, que dejó abierta, y, sin decir una palabra más, bajó la escalera. Irene escuchó consternada sus pasos. Luego se volvió de nuevo hacia la señora:

—¿Qué significa todo esto, abuela? —sollozó y rompió en llanto otra vez.

—Significa, mi amor, que no quise mostrarme. Curdie aún no es capaz de creer algunas cosas. Ver no es creer, solo es ver.

¿Recuerdas que te dije que, si Lootie me viera, se frotaría los ojos, olvidaría la mitad de lo que vio y llamaría a la otra mitad tonterías?

—Sí, pero yo habría pensado que Curdie...

—Tienes razón. Curdie está mucho más adelantado que Lootie, y ya verás lo que resulta. Pero, mientras tanto, debes conformarte con que te malinterpreten durante un tiempo. Todos estamos muy ansiosos por ser comprendidos, y es muy difícil no serlo. Pero hay algo mucho más necesario.

—¿Qué cosa, abuela?

—Comprender a los demás.

—Sí, abuela. Debo ser justa, porque si no lo soy con los demás, yo misma no merezco ser comprendida. Ya veo.



Así que como Curdie no puede evitarlo, no me enfadaré con él, sino que esperaré.

—Ahí está mi niña querida —dijo su abuela, estrechándola contra su pecho.

—¿Por qué no estabas en tu cuarto de trabajo cuando subimos, abuela? —preguntó Irene después de un momento de silencio.

—Si hubiera estado allí, Curdie me habría visto perfectamente. Pero, ¿por qué iba a estar allí y no en esta hermosa habitación?

—Pensé que estarías hilando.

—No tengo a nadie para quien hilar en este momento. Nunca hilo sin saber para quién lo hago.

—Eso me recuerda que hay algo que me intriga —dijo la princesa—. ¿Cómo vas a volver a sacar el hilo de la montaña? ¿No tendrás que hacerme otro? Sería una gran molestia.

La dama la dejó en el suelo, se levantó y se acercó al fuego. Metió la mano, la sacó de nuevo y sostuvo el brillante ovillo entre el índice y el pulgar.

—Ya lo tengo —dijo, volviendo junto a la princesa—, listo para cuando lo quieras.

Se dirigió a su gabinete y lo colocó en el mismo cajón que antes.

—Y aquí está tu anillo —añadió, quitándolo del meñique de su mano izquierda, y poniéndolo en el índice de la mano derecha de Irene.

—Oh, gracias, abuela. ¡Ahora me siento segura!

—Estás muy cansada, hija mía —continuó la señora—. Tienes las manos lastimadas por las piedras y te he contado nueve moretones. Mira cómo estás.

Y le tendió un espejito que había sacado del armario. La princesa soltó una alegre carcajada al verlo. Estaba tan embarrada por el arroyo y tan sucia de arrastrarse por lugares estrechos, que si hubiera visto el reflejo sin saber que era un reflejo, se habría tomado por una niña gitana a la que se le lavaba la cara y se le peinaba más o menos una vez al mes. La señora se rio también, y levantándola de nuevo sobre sus rodillas, le quitó la capa y el camisón. Luego la llevó a un lado de la habitación. Irene se preguntó qué iba a hacer con ella, pero no hizo preguntas; solo se sobresaltó un poco cuando supo que iba a meterla en la gran bañera de plata, pues al mirar en ella, de nuevo no vio el fondo, sino las estrellas brillando a kilómetros de distancia, como parecía, en un gran golfo azul. Sus manos se cerraron involuntariamente sobre los hermosos brazos que la sostenían, y eso fue todo.

La señora la estrechó una vez más contra su pecho, diciendo:

—No tengas miedo, hija mía.

—No, abuela —respondió la princesa con un pequeño jadeo; y al siguiente instante, se hundió en el agua cristalina y fresca.

Cuando abrió los ojos, no vio nada más que un extraño y encantador azul por encima, por debajo y a su alrededor. La dama y la hermosa habitación habían desaparecido de su vista, y parecía estar completamente

sola. Pero en lugar de tener miedo, se sintió más que feliz, perfectamente dichosa. Y de alguna parte le llegó la voz de la dama, cantando una extraña y dulce canción, de la que podía distinguir cada palabra; pero del sentido solo tenía una sensación, ninguna comprensión. No pudo recordar ni una sola línea después de que desapareciera. Se desvaneció, como la poesía en un sueño, tan rápido como llegó. En años posteriores, sin embargo, a veces se imaginaba que fragmentos de melodía que surgían repentinamente en su cerebro debían de ser pequeñas frases y fragmentos del aire de aquella canción; y la mera fantasía la hacía más feliz y más capaz de cumplir con su deber.

No supo cuánto tiempo permaneció en el agua. Le pareció mucho tiempo, no de cansancio sino de placer. Pero al fin sintió que las hermosas manos la agarraban y, a través del gorgoteo del agua, la sacaban a la encantadora habitación. La señora la llevó hasta el fuego, se sentó con ella en su regazo y la secó con la toalla más suave. Era tan diferente del secado de Lootie. Cuando la señora hubo terminado, se inclinó hacia el fuego y sacó de él su camisón, blanco como la nieve. —¡Qué delicioso! —exclamó la princesa—. Creo que huele a todas las rosas del mundo.

Cuando se incorporó en el suelo, se sintió como si la hubieran hecho de nuevo. Todos los moretones y el cansancio habían desaparecido, y sus manos estaban tan suaves y enteras como siempre.

—Ahora voy a acostarte para que duermas bien —dijo su abuela.

—Pero, ¿qué estará pensando Lootie? ¿Y qué le diré cuando me pregunte dónde he estado?

—No te preocupes por eso. Verás que todo saldrá bien — le dijo su abuela, y la acostó en la cama azul con el cubrecama rosado.

—Solo hay una cosa más —dijo Irene—. Estoy un poco preocupada por Curdie. Como yo lo traje a la casa, debería haberlo visto seguro en su camino a casa.

—Yo me ocuparé de todo eso —respondió la anciana—. Te dije que lo dejaras ir, y por lo tanto estaba obligada a cuidarlo. Nadie lo vio, y ahora está comiendo una buena cena en la cabaña de su madre, en lo alto de la montaña.

—Entonces me iré a dormir —dijo Irene, y en pocos minutos se quedó profundamente dormida.

Capítulo 23: Curdie y su madre

Curdie subió a la montaña sin silbar ni cantar, pues estaba enfadado con Irene por haberle “tomado el pelo”, como él decía; y estaba enfadado consigo mismo por haberle hablado tan airadamente. Su madre lanzó un grito de alegría cuando lo vio, y en seguida se puso a prepararle algo de comer, haciéndole preguntas todo el tiempo, que él no contestaba tan alegremente como de costumbre. Cuando la comida estuvo lista, lo dejó para que comiera y se apresuró a ir a la mina para avisar a su padre que estaba a salvo. Cuando regresó, lo encontró profundamente dormido en su cama, y no se despertó hasta que su padre llegó a casa por la noche.

—Ahora, Curdie —le dijo su madre mientras cenaban—, cuéntanos toda la historia, de principio a fin, tal como sucedió.

Curdie obedeció y lo contó todo hasta el momento en que salieron al césped del jardín de la casa del rey.

—¿Y qué pasó después? —preguntó su madre—. No nos lo has contado todo. Deberías estar muy contento por haberte alejado de esos demonios, y en cambio nunca te vi tan sombrío. Debe de haber algo más. Además, no hablas de esa encantadora niña como me gustaría oírte. Te salvó la vida arriesgando la suya y, sin embargo, no pareces darle mucha importancia.

—Dijo muchas tonterías —respondió Curdie—, y me contó un montón de cosas que no eran verdad; y no puedo aguantarlo.

—¿Qué cosas? —preguntó su padre—. Quizás tu madre pueda arrojar algo de luz sobre ellas.

Entonces Curdie se sinceró y les contó todo.

Todos permanecieron en silencio durante algún tiempo, reflexionando sobre la extraña historia. Por fin habló la madre de Curdie.

—¿Confiesas, hijo mío —dijo—, que hay algo en todo este asunto que no comprendes?

—Sí, por supuesto, madre —respondió—. No puedo entender cómo una niña que no sabía nada de la montaña, ni siquiera que yo estaba encerrado en ella, viniera sola hasta donde yo estaba; y luego, después de sacarme del agujero, me condujera también fuera de la montaña, donde yo no habría sabido ni un paso del camino, aunque hubiera sido tan ligero como al aire libre.

—Entonces no tienes derecho a decir que lo que te dijo no era cierto. Ella te sacó, y debe haber tenido algo para guiarla: ¿por qué no un hilo además de una cuerda, o cualquier otra cosa? Hay algo que no puedes explicar, y su explicación puede ser la correcta.

—Esa no es una explicación, madre; y no puedo creerlo.

—Eso puede ser solo porque no lo entiendes. Si lo hicieras, probablemente descubrirías que es una explicación y la creerías a rajatabla. No te culpo por no ser capaz de creerlo, pero sí te culpo por imaginar que una niña así trataría de engañarte. ¿Por qué iba a hacerlo? No lo dudes, te dijo todo lo que sabía. Hasta que hubieras encontrado una forma mejor de explicarlo todo, al menos podrías haber sido más moderado en tu juicio.

—Eso es lo que algo dentro de mí ha estado diciendo todo el tiempo —dijo Curdie, bajando la cabeza—. Pero, ¿qué piensas de la abuela? Eso es lo que no puedo entender. Llevarme a un viejo ático y tratar de persuadirme, en contra de lo que veían mis propios ojos, de que era una habitación preciosa, con paredes azules y estrellas plateadas y un sinfín de cosas en ella, ¡cuando allí no había más que una vieja bañera, una manzana marchita, un montón de paja y un rayo de sol! Era una lástima. Al menos podría haber tenido allí a alguna anciana que se hiciera pasar por su preciosa abuela.

—¿No habló como si ella misma hubiera visto esas otras cosas, Curdie?

—Si. Eso es lo que me molesta. Uno pensaría que realmente quiso decir y creyó que vio cada una de las cosas de las que habló. ¡Y allí no había ni una! Es una lástima.

—Quizás algunas personas pueden ver cosas que otras no pueden ver, Curdie —dijo su madre muy seriamente—. Creo que te contaré algo que yo misma vi una vez... ¡solo que quizá tú tampoco me creas!

—Oh, madre, madre —gritó Curdie, echándose a llorar—. No me merezco eso, desde luego.

—Pero lo que voy a contarte es muy extraño —insistió su madre—, y si después de oírlo dijeras que debo de haber estado soñando, no sé si tendría derecho a enfadarme contigo, aunque al menos sé que no estaba dormida.

—Dímelo, madre. Tal vez me ayude a pensar mejor de la princesa.

—Por eso estoy tentada de contártelo —respondió su madre—. Pero antes, debo decirte que, según viejos rumores, hay algo más que común en la familia del rey; y la reina era de la misma sangre, pues eran primos en cierto grado. Se contaban extrañas historias acerca de ellos (todas buenas historias), pero extrañas, muy extrañas. No puedo decir cuáles eran, pues solo recuerdo las caras de mi abuela y de mi madre cuando hablaban de ellas. Había asombro y temor (no miedo) en sus ojos, y susurraban sin hablar nunca en voz alta. Pero lo que yo vi fue lo siguiente: Tu padre iba a trabajar a la mina una noche, y yo había bajado con su cena. Fue poco después de casarnos, y no mucho antes de que tú nacieras. Me acompañó a la boca de la mina y me dejó

volver sola a casa, pues yo conocía el camino casi tan bien como el suelo de nuestra casa. Estaba bastante oscuro, y en algunas partes del camino, donde sobresalían las rocas, casi totalmente oscuro. Pero avancé perfectamente, sin pensar nunca en tener miedo, hasta que llegué a un lugar que tú conoces muy bien, Curdie, donde el camino tiene que hacer un giro brusco para esquivar una gran roca en el lado izquierdo. Cuando llegué allí, me vi rodeada de repente por una media docena de mazorcas, los primeras que había visto en mi vida, aunque había oído hablar de ellas con bastante frecuencia. Uno de ellos bloqueó el camino, y todos empezaron a atormentarme y a burlarse de mí de un modo que me estremece recordar incluso ahora.

—¡Si tan solo hubiera estado contigo! —exclamaron padre e hijo en un suspiro.

La madre esbozó una sonrisa divertida y continuó.

—Llevaban también con ellos algunas de sus horribles criaturas, y debo confesar que estaba espantosamente asustada. Me habían desgarrado mucho la ropa y temía que me hicieran pedazos, cuando de pronto me iluminó una luz blanca y suave. Miré hacia arriba. Un ancho rayo, como un camino resplandeciente, descendía de un gran globo de luz plateada, no muy alto, en realidad no tan alto como el horizonte, de modo que no podía ser una nueva estrella ni otra luna ni nada por el estilo. Los mazorcas dejaron de perseguirme, y parecían aturcidas, y pensé que iban a huir, pero al poco rato empezaron de nuevo. En el mismo momento, sin embargo, por el camino del globo de luz bajó un pájaro, que brillaba como la

plata al sol. Primero dio unos rápidos aletazos y luego, con las alas extendidas, salió disparado, deslizándose por la pendiente de la luz. Me pareció una paloma blanca. Pero, fuese lo que fuese, cuando los mazorcas lo vieron venir hacia ellos, se pusieron en marcha y se alejaron corriendo por la montaña, dejándome a salvo, aunque muy asustada. Tan pronto como los hubo despachado, el pájaro volvió a planear hacia la luz, y en el momento en que alcanzó el globo, la luz desapareció, como si se hubiera cerrado un postigo sobre una ventana, y ya no la vi más. Pero no tuve más problemas con los mazorcas ni aquella noche ni nunca más.



—¡Qué extraño! —exclamó Curdie.

—Sí, fue extraño; pero no puedo evitar creerlo, lo creas tú o no —dijo su madre.

—Es exactamente como me lo contó tu madre a la mañana siguiente —dijo su padre.

—¿No creerás que estoy dudando de mi propia madre? —gritó Curdie.

—Hay otras personas en el mundo a las que vale la pena creer tanto como a tu propia madre —dijo su madre.

—No sé si es más digna de ser creída por el hecho de ser tu madre, señor Curdie. Hay madres mucho más propensas a mentir que la niña que vi hablando con las

prímulas hace unas semanas. Si mintiera, empezaría a dudar de mi propia palabra.

—Pero las princesas han dicho mentiras tan bien como otras personas —dijo Curdie.

—Sí, pero no princesas como esa niña. Es una buena chica, estoy seguro, y eso es más que ser una princesa. Ten por seguro que tendrás que lamentar haberte comportado así con ella, Curdie. Al menos deberías haberte mordido la lengua.

—Ahora lo siento —respondió Curdie.

—Entonces deberías ir y decírselo.

—No sé cómo podría hacerlo. No dejarían que un minero como yo hablara a solas con ella, y no podría contárselo ante su nodriza. Me haría muchas preguntas, y no sé cuántas querría contestar la princesita. Me dijo que Lootie no sabía nada de que venía a sacarme de la montaña. Estoy seguro que ella la hubiera prevenido de alguna manera si lo hubiera sabido. Pero puede que tenga una oportunidad dentro de poco, y mientras tanto debo intentar hacer algo por ella. Creo, padre, que por fin me he puesto sobre la pista.

—¿De veras, muchacho? —dijo Peter—. Estoy seguro de que te mereces algún éxito; has trabajado muy duro para conseguirlo. ¿Qué has descubierto?

—Es difícil, padre, dentro de la montaña, especialmente en la oscuridad, y sin saber qué giros se han tomado, adivinar la posición de las cosas fuera.

—Imposible, muchacho, sin una carta de navegación, o al menos una brújula —respondió su padre.

—Bueno, creo que casi he descubierto en qué dirección están minando los mazorcas. Si estoy en lo cierto, sé algo más que puedo poner en ello, y entonces uno y uno serán tres.

—Muy a menudo lo hacen, Curdie, como nosotros los mineros deberíamos saber muy bien. Ahora dinos, hijo mío, qué son esas dos cosas, y a ver si adivinamos el mismo tercio que tú.

—No veo qué tiene que ver eso con la princesa —intervino su madre.

—Pronto te lo haré ver, madre. Tal vez pienses que soy un tonto, pero hasta que no esté seguro de que no hay nada en mi fantasía actual, estoy más decidido que nunca a seguir con mis observaciones. Justo cuando llegamos al canal por el que salimos, oí a los mineros trabajando cerca, creo que debajo de nosotros. Desde que empecé a observarlos, han minado media milla en línea recta y, que yo sepa, no están trabajando en ninguna otra parte de la montaña. Pero nunca supe en qué dirección iban. Sin embargo, cuando salimos al jardín del rey, pensé de inmediato si era posible que estuvieran trabajando hacia la casa del rey; y lo que quiero hacer esta noche es asegurarme de si lo están haciendo o no. Llevaré una linterna conmigo...

—¡Oh, Curdie! —exclamó su madre—, entonces te verán.

—No les tengo más miedo ahora que antes —replicó Curdie—, ahora que tengo este precioso zapato. No pueden hacer otro igual a toda prisa, y un pie descalzo bastará para mi propósito. Por muy mujer que sea, no la perdonaré la próxima vez. Pero tendré cuidado con mi

linterna, no quiero que me vean. No la pondré en el sombrero.

—Continúa, entonces, y dinos lo que piensas hacer.

—Tengo la intención de llevarme un trozo de papel y un lápiz, y entrar en la desembocadura del arroyo por el que salimos. Marcaré en el papel, lo más cerca que pueda, el ángulo de cada giro que dé hasta que encuentre a los mazorcas trabajando, y así me haré una buena idea de en qué dirección van. Si resulta ser casi paralelo al arroyo, sabré que están trabajando hacia la casa del rey.

—¿Y qué pasa si lo haces? ¿Cuánto más sabio serás entonces?

—Espera un momento, madre querida. Te dije que cuando me encontré con la familia real en la cueva, hablaban de su príncipe (Harelip, lo llamaban) casándose con una mujer-sol, es decir, una de nosotros, una con dedos en los pies. Ahora bien, en el discurso que uno de ellos pronunció aquella noche en su gran reunión, del que solo oí una parte, dijo que la paz estaría asegurada al menos durante una generación por la promesa que el príncipe haría del buen comportamiento de sus parientes: eso es lo que dijo, y debió de referirse a la mujer-sol con la que el príncipe iba a casarse. Estoy seguro de que el rey es demasiado orgulloso como para desear que su hijo se case con alguien que no sea una princesa, y demasiado sabio como para pensar que el hecho de que tenga por esposa a una campesina vaya a ser una gran ventaja para ellos.

—Ya veo a dónde quieres llegar —dijo su madre.

—Pero —dijo su padre—, nuestro rey cavaría la montaña hasta la llanura antes que tener a su princesa como esposa de un mazorca, aunque fuera diez veces príncipe.

—Sí, ¡pero solo piensan en ellos mismos! —dijo su madre—. Las criaturas pequeñas siempre lo hacen. El gallo pigmeo es el gallo más orgulloso de mi pequeño gallinero.

—Y me imagino —dijo Curdie— que, una vez que la tuvieran en su poder, le dirían al rey que la matarían a menos que él consintiera el matrimonio.

—Puede que lo digan —dijo su padre—, pero no la matarían; la mantendrían con vida por el control que eso les daría sobre nuestro rey. Hiciera lo que les hiciera, amenazarían con hacerle lo mismo a la princesa.

—Y son tan malos como para atormentarla solo para divertirse —dijo su madre.

—De todos modos, los vigilaré y veré qué se traen entre manos —dijo Curdie—. Es demasiado horrible pensar en ello. No me atrevo a hacerlo. Pero no la tendrán, al menos si puedo evitarlo. Así que, madre querida, mi cuerda está bien; tráeme un poco de papel, un lápiz y un trozo de pudin de guisante, y me pondré en camino enseguida. He visto un sitio por donde puedo trepar fácilmente por el muro del jardín

—Debes tener cuidado y no molestar a los hombres de guardia —dijo su madre.

—Eso haré. No quiero que sepan nada. Lo estropearían todo. Los mazorcas intentarían otro plan, ¡son criaturas tan obstinadas! Tendré mucho cuidado, madre. Tampoco

me matarán ni me comerán, si me encontraran. Así que no tienes por qué preocuparte.

Su madre le dio lo que había pedido y Curdie se puso en camino. Cerca de la puerta por la que la princesa abandonaba el jardín para dirigirse a la montaña había una gran roca, y trepando por ella Curdie consiguió saltar el muro. Ató su cuerda a una piedra justo dentro del cauce del arroyo y se llevó el pico. No había ido muy lejos cuando se encontró con una horrible criatura que se acercaba a la desembocadura. El lugar era demasiado estrecho para dos personas de casi cualquier tamaño o forma, y además Curdie no tenía ningún deseo de dejar pasar a la criatura. Sin embargo, al no poder utilizar su pico, tuvo que luchar duramente con él, y solo después de recibir muchos mordiscos, algunos de ellos muy fuertes, consiguió matarlo con su navaja. Después de sacarlo a rastras, se apresuró a entrar de nuevo antes de que otro se detuviera en el camino.

No necesito continuar más lejos en las aventuras de esta noche. Volvió a su desayuno, convencido de que los duendes estaban minando en dirección al palacio, a un nivel tan bajo que su intención debía de ser, pensó, excavar bajo los muros de la casa del rey y subir al interior de la misma, para, según creía plenamente, apoderarse de la princesita y llevársela como esposa a su horrible Harelip.

Capítulo 24: Irene se comporta como una princesa

Cuando la princesa despertó del más dulce de los sueños, encontró a su nodriza inclinada sobre ella, al ama de llaves mirando por encima del hombro de la nodriza y a la lavandera mirando por encima del del ama de llaves. La habitación estaba llena de sirvientas, y los caballeros de guardia, con una larga columna de sirvientas detrás de ellos, espiaban o intentaban espiar por la puerta del cuarto de los niños.

—¿Se han ido esas horribles criaturas? —preguntó la princesa, recordando primero lo que la había aterrorizado por la mañana.

—¡Pequeña y traviesa princesa! —gritó Lootie.

Tenía la cara muy pálida, con vetas rojas, y parecía que iba a sacudirla; pero Irene no dijo nada, solo esperó a oír lo que vendría a continuación.

—¡Cómo has podido meterte así debajo de la ropa y hacernos creer a todos que estabas perdida! Y además todo el día. Eres una niña muy obstinada. Te aseguro que para nosotros es todo, menos divertido.

Era la única manera que tenía la nodriza de explicar su desaparición.

—Yo no he hecho eso, Lootie —dijo Irene en voz muy baja.

—¡No cuentos cuentos! —gritó su nodriza con brusquedad.

—No contaré nada —dijo Irene.

—Eso es igual de malo —dijo la nodriza.

—¿Tan malo es no decir nada como decir mentiras? — exclamó la princesa—. Se lo preguntaré a mi padre. No estará de acuerdo. Y no creo que le guste que tú lo digas.

—¡Dime directamente qué quieres decir con eso! —gritó la nodriza, medio furiosa con la princesa y asustada por las posibles consecuencias para ella misma.

—Cuando te digo la verdad, Lootie —dijo la princesa, que de algún modo no se sentía enfadada en absoluto—, me dices "no digas mentiras": parece que tengo que decir mentiras antes de que me creas.



—Eres muy grosera, princesa — dijo la nodriza.

—Eres tan grosera, Lootie, que no volveré a hablarte hasta que te arrepientas. ¿Por qué habría de hacerlo, si sé que no me creerás? —respondió la princesa. Porque sabía perfectamente que, si le contaba a Lootie lo que había pasado, cuanto más le contara, menos le creería.

—¡Eres la niña más irritante! —gritó su nodriza—. Te mereces un buen castigo por tu mal comportamiento.

—Por favor, señora ama de llaves —dijo la princesa—, ¿quieres llevarme a tu habitación y cuidarme hasta que venga mi rey-padre? Le pediré que venga en cuanto pueda.

Todos se quedaron pasmados ante estas palabras. Hasta ese momento, todos la habían considerado poco más que un bebé.

Pero el ama de llaves tenía miedo de la nodriza, y trató de arreglar las cosas, diciendo:

—Estoy segura, princesa, de que la nodriza no quiso ser grosera contigo.

—No creo que mi padre quisiera que tuviera una nodriza que me hablara como Lootie. Si cree que miento, será mejor que se lo diga a mi padre o que se vaya. Sir Walter, ¿se hará cargo de mí?

—Con el mayor placer, princesa —respondió el capitán de los caballeros de guardia, entrando en la habitación a grandes zancadas.

La muchedumbre de criados le abrió paso con diligencia, y él se inclinó ante la cama de la princesita.

—Enviaré enseguida a mi sirviente, en el caballo más rápido del establo, para que diga a tu rey-padre que Su Alteza Real desea su presencia. Cuando haya elegido a uno de estos sirvientes para que la atienda, ordenaré que se despeje la habitación.

—Muchas gracias, Sir Walter —dijo la princesa, y su mirada se dirigió hacia una muchacha de mejillas rosadas que había entrado hacía poco en la casa como sirvienta.

Pero cuando Lootie vio que los ojos de su querida princesa buscaban a otra en vez de a ella, cayó de rodillas junto a la cama y soltó un gran grito de angustia.

—Creo, Sir Walter —dijo la princesa—, que me quedaré con Lootie. Pero me pongo a tu cuidado, y no tienes por qué molestar a mi rey-padre hasta que vuelva a hablarte. ¿Quieren marcharse? Estoy bien y a salvo, y no me he escondido ni para divertirme ni para molestar a mi gente. Lootie, haz el favor de vestirme.

Capítulo 25: Curdie se pone de luto

Durante algún tiempo todo estuvo tranquilo en la superficie. El rey seguía lejos, en un lugar distante de sus dominios. Los hombres de guardia vigilaban la casa. Se habían asombrado considerablemente al encontrar al pie de la roca del jardín el horrible cuerpo de la criatura duende asesinada por Curdie; pero llegaron a la conclusión de que la habían matado en las minas y se había arrastrado hasta allí para morir; y salvo algún vistazo ocasional a uno vivo no vieron nada que causara alarma. Curdie siguió vigilando en la montaña, y los duendes siguieron excavando más profundamente en la tierra. Mientras más profundo fueran no había, a juicio de Curdie, ningún peligro inmediato.

Para Irene el verano fue tan agradable como siempre, y durante mucho tiempo, aunque a menudo pensaba en su abuela durante el día y soñaba con ella por la noche, no la vio. Los niños y las flores le gustaban tanto como siempre, y entablaba tanta amistad con los niños mineros que encontraba en la montaña como Lootie le permitía; pero Lootie tenía nociones muy tontas sobre la dignidad

de una princesa, sin comprender que la princesa más verdadera es justamente la que ama más a todos sus hermanos y hermanas, y la que es más capaz de hacerles bien siendo humilde con ellos. Al mismo tiempo, su comportamiento con la princesa había mejorado considerablemente. No podía dejar de ver que ya no era una simple niña, sino más sabia de lo que su edad permitía suponer. Sin embargo, no dejaba de murmurar tontamente a los criados: a veces que la princesa no estaba bien de la cabeza, a veces que era demasiado buena para vivir, y otras tonterías por el estilo.

Durante todo este tiempo Curdie tuvo que lamentar, sin posibilidad de confesarlo, haberse comportado tan poco amablemente con la princesa. Esto quizá lo hizo esforzarse más por servirla. Su madre y él hablaban a menudo del tema, y ella lo consolaba y le decía que estaba segura de que algún día tendría la oportunidad que tanto deseaba.

Aquí me gustaría señalar, por el bien de los príncipes y princesas en general, que es una cosa baja y despreciable negarse a confesar una falta, o incluso un error. Si una verdadera princesa ha cometido un error, siempre se siente incómoda hasta que tiene la oportunidad de deshacerse de él diciendo: "Lo hice; desearía no haberlo hecho, y lamento haberlo hecho". Como ven, hay motivos para suponer que Curdie no era solo un minero, sino también un príncipe. Se conocen muchos casos así en la historia del mundo.

Sin embargo, al cabo de un tiempo empezó a ver señales de un cambio en el comportamiento de los

duendes excavadores: ya no profundizaban más, sino que habían empezado a avanzar a nivel, por lo que los vigiló más de cerca que nunca. Una noche, al llegar a una pendiente de roca muy dura, comenzaron a ascender por el plano inclinado de su superficie. Una vez alcanzada la cima, volvieron a avanzar en horizontal durante una o dos noches, tras lo cual empezaron a ascender de nuevo, siguiendo un ángulo bastante pronunciado. Al fin Curdie juzgó que había llegado el momento de trasladar su observación a otro lugar, y a la noche siguiente no fue a la mina en absoluto, sino que, dejando su pico y su herramienta en casa, y tomando solo sus habituales trozos de pan y pastel de guisantes, bajó la montaña hasta la casa del rey. Trepó por el muro y permaneció en el jardín toda la noche, arrastrándose de manos y rodillas de un lugar a otro, y tumbado de cuerpo entero con el oído pegado al suelo, escuchando. Pero no oyó nada, excepto las pisadas de los hombres de guardia cuando marchaban, cuya vigilancia, estando la noche nublada y sin luna, no le costó mucho evitar. Durante varias noches siguió rondando el jardín y escuchando, pero sin éxito.

Al fin, una tarde temprano, ya fuera porque se había descuidado de su propia seguridad o porque la luna creciente se había vuelto lo bastante fuerte como para exponerlo, su vigilancia llegó a un repentino fin. Salía sigilosamente de detrás de la roca donde desembocaba el arroyo, pues había estado escuchando a su alrededor con la esperanza de que pudiera transmitirle al oído alguna indicación del paradero de los duendes mineros,

cuando, justo al llegar a la luz de la luna sobre el césped, un silbido en el oído y un golpe en la pierna lo sobresaltaron. Inmediatamente se puso en cuclillas con la esperanza de no ser descubierto. Pero cuando oyó el ruido de unos pies que corrían, se levantó de un salto para aprovechar la oportunidad de escapar. Cayó, sin embargo, con un agudo pinchazo de dolor, pues la flecha de una ballesta le había herido la pierna, de la que ahora brotaba sangre. Dos o tres de los hombres de guardia se apoderaron de él al instante. Fue inútil luchar y se sometió en silencio.



—¡Es un niño! —gritaron varios de una vez, en tono de asombro—. Creía que era uno de esos demonios. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Aparentemente recibiendo un trato un poco rudo —dijo Curdie, riendo, mientras los hombres lo sacudían.

—La impertinencia no te servirá de nada. No tienes nada que hacer aquí, en los terrenos del rey; y si no aclaras lo que eres, serás tratado como un ladrón.

—¿Por qué? ¿Qué otra cosa podría ser? —dijo uno.

—Podría ir detrás de un niño perdido —sugirió otro.

—No veo nada bueno en tratar de excusarlo. De todos modos, no tiene nada que hacer aquí.

—Entonces, si les parece bien, déjenme ir —dijo Curdie.

—Pero no nos parece bien; a menos que nos des una buena explicación de quién eres.

—No estoy muy seguro de poder confiar en ustedes —dijo Curdie.

—Somos los propios hombres de guardia del rey —dijo cortésmente el capitán, pues estaba muy impresionado por el aspecto y la valentía de Curdie.

—Bueno, les contaré todo, si prometen escucharme y no cometer ninguna imprudencia.

—A eso lo llamo serenidad —dijo riendo uno de los presentes—. Nos dirá en qué andaba metido si le prometemos hacer lo que le plazca.

—No pretendía hacer ninguna travesura —dijo Curdie. Pero antes de que pudiera decir más, se desmayó y cayó sin sentido sobre la hierba. Entonces descubrieron que la flecha que habían disparado, tomándolo por una de las criaturas duendes, lo había herido.

Lo llevaron a la casa y lo acostaron en el vestíbulo. Se corrió la voz de que habían atrapado a un ladrón, y los criados se agolparon para ver al villano. Entre los demás llegó la nodriza. En cuanto lo vio, exclamó indignada:

—Declaro que es el mismo joven bribón de minero que fue grosero conmigo y con la princesa en la montaña. De hecho, quiso besar a la princesa. Me encargué bien de eso, ¡del desgraciado! Y estaba merodeando, ¿verdad? ¡Igual que su insolencia! —como la princesa estaba profundamente dormida, podía tergiversar a su antojo. Cuando oyó esto, el capitán, aunque dudaba bastante de su veracidad, resolvió mantener prisionero a Curdie hasta que pudieran investigar el asunto. Así que, después

de haberlo recuperado un poco y de curarle la herida, que era bastante grave, lo acostaron, todavía agotado por la pérdida de sangre, sobre un colchón en una habitación en desuso (una de las que ya se han mencionado tan a menudo), cerraron la puerta y lo dejaron. Pasó una noche agitada, y por la mañana lo encontraron hablando como un loco. Por la noche volvió en sí, pero se sentía muy débil y le dolía mucho la pierna. Preguntándose dónde estaba, y viendo a uno de los hombres de guardia en la habitación, empezó a interrogarlo y pronto recordó los sucesos de la noche anterior. Como ya no podía seguir vigilando, le contó al soldado todo lo que sabía acerca de los duendes y le rogó que se lo contara a sus compañeros y los incitara a vigilar con una alerta diez veces mayor; pero ya fuera porque no hablaba con coherencia o porque todo parecía increíble, el hombre concluyó sin duda que Curdie seguía delirando y trató de persuadirlo para que se callara. Esto, por supuesto, molestó terriblemente a Curdie, que ahora sintió a su vez lo que era no ser creído, y la consecuencia fue que le volvió la fiebre, y para cuando, ante sus persistentes súplicas, llamaron al capitán, no cabía duda de que estaba delirando. Hicieron por él lo que pudieron, y le prometieron todo lo que deseaba, pero sin intención de cumplirlo. Por fin se durmió, y cuando su sueño se hizo profundo y apacible, lo dejaron, cerraron de nuevo la puerta y se retiraron, con la intención de volver a visitarlo por la mañana temprano.

Capítulo 26: Los duendes mineros

Aquella misma noche, varios sirvientes charlaban antes de acostarse.

—¿Qué puede ser ese ruido? —dijo una de las criadas, que llevaba un rato escuchando.

—Lo he oído las últimas dos noches —dijo la cocinera—. Si hubiera ratas en la casa, las habría tomado por tales, pero mi Tom las mantiene bastante alejadas.

—Sin embargo —dijo la fregona—, he oído decir que a veces las ratas se mueven en grandes grupos. Puede que haya un ejército de ellas invadiéndonos. He oído ruidos ayer y hoy también.

—Será muy divertido para mi Tom y para Bob, el del ama de llaves —dijo la cocinera—. Serán amigos por una vez en la vida y lucharán en el mismo bando. Seguro que Tom y Bob juntos harán huir a un buen número de ratas.

—Me parece —dijo la nodriza—, que los ruidos son demasiado fuertes para eso. Los he oído todo el día, y mi princesa me ha preguntado varias veces qué podían ser. A veces suenan como truenos lejanos, y a veces como los ruidos que se oyen en la montaña por esos horribles mineros que están debajo.

—No me extrañaría —dijo la cocinera—, que fueran los mineros. Puede que hayan venido por algún agujero de la montaña a través del cual nos llegan los ruidos. Siempre están perforando, volando y rompiendo, ya sabes.

Mientras hablaba, se oyó un gran estruendo debajo de ellos y la casa se estremeció. Todos se sobresaltaron, y corriendo al salón encontraron a los caballeros de guardia también consternados. Mandaron a despertar a su capitán, quien, por su descripción, dijo que debía de tratarse de un terremoto, suceso que, aunque muy poco frecuente en aquel país, había tenido lugar casi en el mismo siglo; y luego volvieron a acostarse, por extrañeza que pareciera, y se durmieron profundamente sin pensar ni una sola vez en Curdie, ni asociar los ruidos que habían oído con lo que él les había contado. No habían creído a Curdie. Si lo hubieran hecho, habrían pensado inmediatamente en lo que había dicho y habrían tomado precauciones. Como no oyeron nada más, concluyeron que Sir Walter tenía razón y que el peligro había pasado quizá por otros cien años. El hecho, como se descubrió más tarde, era que los duendes, al trabajar una segunda cara inclinada de piedra, habían llegado a un enorme bloque que yacía bajo los sótanos de la casa, dentro de la línea de los cimientos.

Era tan redonda que cuando, después de un duro trabajo, consiguieron desprenderla sin volarla, rodó atronadoramente cuesta abajo con un balanceo estrepitoso que hizo temblar los cimientos de la casa. Los duendes estaban consternados por el ruido, pues sabían, gracias a una cuidadosa labor de espionaje y medición, que debían estar muy cerca, si no debajo, de la casa del rey, y temían dar la alarma. Por lo tanto, permanecieron tranquilos durante un tiempo, y cuando empezaron a trabajar de nuevo, sin duda se

consideraron muy afortunados al dar con una veta de arena que rellenaba una fisura sinuosa en la roca sobre la que estaba construida la casa. Removiendo la arena, llegaron a la bodega del rey.



Apenas descubrieron dónde estaban, volvieron corriendo como ratas a sus madrigueras y, corriendo a toda velocidad hacia el palacio de los duendes, anunciaron su éxito al rey y a la reina con gritos de triunfo.

En un instante, la familia real y todo el pueblo de duendes se dirigieron a toda prisa a la casa del rey, deseosos de participar en la gloria de haberse llevado aquella misma noche a la princesa Irene.

La reina iba con un zapato de piedra y otro de piel. Esto no podía ser agradable, y mis lectores pueden extrañarse de que, con tan hábiles obreros a su alrededor, aún no hubiera reemplazado el zapato que le había quitado Curdie. Como el rey, sin embargo, tenía más de un motivo de objeción a sus zapatos de piedra, sin duda aprovechó el descubrimiento de los dedos de sus pies, y amenazó con exponer su deformidad si ella se hacía otro. Supongo que insistió en que se contentara con zapatos de piel, y le permitió llevar los de granito

que le quedaban en esta ocasión solo porque iba a ir a la guerra.

Pronto llegaron a la bodega del rey, y sin reparar en sus enormes vasijas, de las que desconocían el uso, procedieron en seguida, pero tan silenciosamente como pudieron, a forzar la puerta que conducía arriba.

Capítulo 27: Los duendes en la casa del rey

Cuando Curdie se durmió, empezó a soñar de inmediato. Creyó que subía por la ladera de la montaña desde la boca de la mina, silbando y cantando “Ring, dod, bang”, cuando se encontró con una mujer y un niño que se habían perdido; y a partir de ese momento siguió soñando todo lo que le había sucedido desde que conoció a la princesa y a Lootie; cómo había observado a los duendes, cómo había sido capturado por ellos, cómo había sido rescatado por la princesa; todo, de hecho, hasta que fue herido, capturado y encarcelado por los hombres de guardia. Y ahora creía estar bien despierto donde lo habían acostado, cuando de pronto oyó un gran estruendo.

—¡Ya vienen los mazorcas! —dijo—. No creyeron ni una palabra de lo que les dije. Los mazorcas se llevarán a la princesa delante de sus estúpidas narices. ¡Pero no lo harán! ¡No lo harán!

Se levantó de un salto y empezó a vestirse, pero, para su consternación, descubrió que seguía tumbado en la cama.

—Ahora sí —dijo—. ¡Allá voy! Ya estoy levantado. Pero una vez más se encontró acurrucado en la cama. Veinte veces lo intentó y veinte veces fracasó, pues en realidad no estaba despierto, sino que soñaba que lo estaba. Al fin, en una agonía de desesperación, creyendo oír a los duendes por toda la casa, lanzó un gran grito. Entonces, según le pareció, una mano tocó la cerradura de la puerta. Ésta se abrió y, al levantar la vista, vio entrar en la habitación a una dama de pelo blanco que llevaba en la mano una caja de plata. Se acercó a su cama, le acarició la cabeza y la cara con manos frías y suaves, le quitó el vendaje de la pierna, se la frotó con algo que olía a rosas y luego agitó las manos sobre él tres veces. Con el último movimiento de sus manos todo se desvaneció, sintió que se hundía en el sueño más profundo y no recordó nada más hasta que despertó en verdad.

La luna poniente arrojaba una débil luz a través de la ventana, y la casa estaba llena de alboroto. Se oían suaves y pesados pisotones multitudinarios, choque y estruendo de armas, voces de hombres y gritos de mujeres, mezclados con un horrible bramido que sonaba victorioso. ¡Los mazorcas estaban en la casa! Saltó de la cama, se puso a toda prisa algo de ropa, sin olvidar los zapatos, que estaban armados con clavos; luego, divisando un viejo cuchillo de caza, o espada corta, colgado en la pared, lo agarró, y se precipitó escaleras abajo, guiado por los sonidos de la lucha, que eran cada vez más fuertes.

Cuando llegó a la planta baja, encontró todo el lugar lleno de gente.

Todos los duendes de la montaña parecían reunidos allí.

Se precipitó entre ellos, gritando:

—¡Uno, dos,

te parto en dos!

¡Tres, cuatro,

hay para rato!

Y con cada rima daba un gran pisotón, cortándoles al mismo tiempo la cara, ejecutando, en efecto, una danza de espadas de lo más salvaje. Los duendes se dispersaron en todas direcciones: en armarios, escaleras, chimeneas, vigas y sótanos. Curdie siguió golpeando, acuchillando y cantando, pero no vio nada de la gente de la casa hasta que llegó al gran salón, en el que, nada más al entrar, se alzó un gran grito de duende. El último de los hombres de guardia, el capitán en persona, estaba en el suelo, sepultado bajo una multitud de duendes que se revolcaban. Mientras cada caballero se defendía como podía, a puñaladas en los gruesos cuerpos de los duendes, pues pronto había descubierto que sus cabezas eran casi invulnerables, la reina le había atacado las piernas y los pies con su horrible zapato de granito, y no tardó en caer; pero el capitán había apoyado la espalda en la pared y resistió más tiempo. Los duendes los habrían despedazado a todos, pero el rey había dado orden de llevárselos vivos, y sobre cada uno de ellos, en doce grupos, se alzaba un nudo de duendes, mientras tantos como podían encontrar sitio estaban sentados sobre sus cuerpos postrados.

Curdie irrumpió bailando, girando, zapateando y cantando como un pequeño torbellino encarnado.

¿Donde todo es un agujero,

nunca habrá agujeros;

¿por qué zapatos con suela,

si ni alma tienen siquiera?

Pero ella, sobre su pie, señor,

Tiene un zapato de piedra:

La bota de cuero más fuerte, señor,

sería atravesada por seis flechas.

La reina lanzó un aullido de rabia y consternación; y antes de que recuperara la cordura, Curdie, habiendo empezado por el grupo más cercano a él, tenía de nuevo a once de los caballeros sobre sus piernas.

—¡Písenles los pies! —gritó mientras cada hombre se levantaba, y en pocos minutos la sala quedó casi vacía, pues los duendes huían tan rápido como podían, aullando, chillando y cojeando, y encogiéndose de vez en cuando mientras corrían a abrazar sus pies heridos entre sus duras manos, o a protegerlos del espantoso pisotón de los hombres armados.

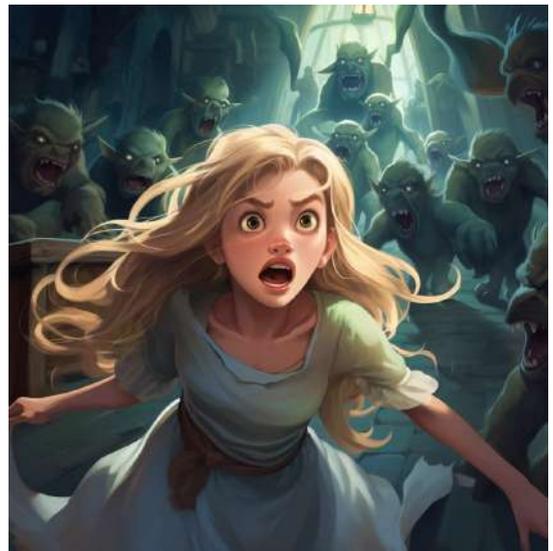
Y ahora Curdie se acercó al grupo que, confiando en la reina y en su zapato, mantenía la guardia sobre el capitán postrado. El rey estaba sentado sobre la cabeza del capitán, pero la reina permanecía de pie delante, como un gato enfurecido, con sus ojos perpendiculares brillando en verde, y el pelo erizado a media altura de su horrible cabeza. Su corazón se estremecía, sin embargo, y no dejaba de mover su pie de piel con nerviosa aprensión. Cuando Curdie estuvo a pocos pasos,

se abalanzó sobre él, le dio un tremendo pisotón en el pie contrario, que afortunadamente él retiró a tiempo, y lo agarró por la cintura para estrellarlo contra el suelo de mármol. Pero justo cuando lo atrapaba, él cayó con todo el peso de su zapato de hierro sobre su pie de piel y ella, con un horrible aullido, lo soltó, se puso en cuclillas en el suelo y tomó su pie con ambas manos. Mientras tanto, los demás se abalanzaron sobre el rey y la guardia, los hicieron volar por los aires y levantaron al capitán postrado, que estaba a punto de morir aplastado. Pasaron algunos instantes antes de que recobrará el aliento y la conciencia.

—¿Dónde está la princesa? — gritó Curdie, una y otra vez.

Nadie lo sabía, y todos corrieron en su busca. Recorrieron todas las habitaciones de la casa, pero no la encontraron por ninguna parte. Tampoco se veía a ninguno de los criados. Pero

Curdie, que se había quedado en la parte baja de la casa, que ahora estaba bastante tranquila, empezó a oír un ruido confuso, como de algarabía lejana, y se dispuso a averiguar de dónde procedía. El ruido crecía a medida que su agudo oído le guiaba hacia una escalera y así hasta la bodega. Estaba llena de duendes, a los que el mayordomo suministraba vino tan rápido como podía.



Mientras la reina y su grupo se encontraban con los hombres de guardia, Harelip, con otra compañía, había salido a registrar la casa. Capturaron a todos los que encontraron, y cuando no pudieron encontrar más, se apresuraron a llevarlos a salvo a las cavernas de abajo. Pero cuando el mayordomo, que estaba entre ellos, descubrió que su camino pasaba por la bodega, se le ocurrió persuadirlos de que probaran el vino y, como esperaba, apenas lo probaron quisieron más. Los duendes derrotados, de camino hacia abajo, se les unieron, y cuando Curdie entró estaban todos, con las manos extendidas, en las que había recipientes de todo tipo, desde salseras hasta copas de plata, presionando alrededor del mayordomo, que estaba sentado junto al grifo de un enorme tonel, llenando y llenando. Curdie echó una mirada alrededor del lugar antes de comenzar su ataque, y vio en el rincón más alejado a un aterrorizado grupo de domésticas sin vigilancia, pero acobardadas sin valor para intentar escapar. Entre sus rostros estaba el rostro aterrorizado de Lootie, pero no pudo ver a la princesa. Presa de la horrible convicción de que Harelip ya se la había llevado, se precipitó entre ellos, incapaz por la ira de seguir cantando, pero pisoteando y cortando con más furia que nunca.

—¡Písenles los pies! ¡Písenles los pies! —gritó, y en un instante los duendes desaparecieron por el agujero del suelo como ratas y ratones.

Sin embargo, no pudieron desvanecerse tan deprisa, ya que muchos más pies de duende tuvieron que volver

cojeando por los caminos subterráneos de la montaña aquella mañana.

Sin embargo, pronto fueron reforzados desde arriba por el rey y su grupo, con la temible reina a la cabeza. Al ver a Curdie de nuevo ocupado entre sus desafortunados súbditos, se abalanzó sobre él una vez más con la rabia de la desesperación, y esta vez le causó un fuerte hematoma en el pie. Curdie, con la punta de su cuchillo de caza, impidió que ella lo rodeara con sus poderosos brazos, mientras veía la oportunidad de darle una vez más un buen pisotón en el pie calzado con piel. Pero la reina era más cautelosa y ágil que antes.

Mientras tanto, los demás, al ver que su adversario estaba de momento en desventaja, hicieron una pausa en su precipitada carrera y se volvieron hacia el tembloroso grupo de mujeres de la esquina. Como si estuviera decidido a emular a su padre y tener una mujer-sol de algún tipo para compartir su futuro trono, Harelip se abalanzó sobre ellas, atrapó a Lootie y corrió con ella hacia el agujero. Dio un gran grito, y Curdie la oyó y vio la difícil situación en que se encontraba.

Reuniendo todas sus fuerzas, hizo a la reina un corte repentino en la cara con su arma, y mientras ella retrocedía bajó con todo su peso en el pie correcto, y saltó al rescate de Lootie. El príncipe tenía dos pies indefensos, y en ambos se estampó Curdie justo cuando llegaba al agujero. Harelip dejó caer su carga y rodó chillando por la tierra. Curdie le dio una puñalada mientras desaparecía, agarró a Lootie y, tras arrastrarla

de vuelta al rincón, montó guardia frente ella, preparándose una vez más para enfrentarse a la reina. Con la cara ensangrentada y los ojos brillando como relámpagos verdes, ella se acercó con la boca abierta y los dientes sonriendo como los de un tigre, seguida por el rey y su escolta de duendes enormes. Pero en el mismo instante se abalanzaron sobre ellos el capitán y sus hombres, y corrieron hacia ellos dando furiosos pisotones. No se atrevieron a enfrentarse a semejante embestida. Salieron corriendo, con la reina a la cabeza. Por supuesto, lo correcto habría sido hacer prisioneros al rey y a la reina y mantenerlos como rehenes de la princesa, pero estaban tan ansiosos por encontrarla que nadie pensó en detenerlos hasta que fue demasiado tarde.

Rescatados así los sirvientes, se dispusieron a registrar de nuevo la casa. Ninguno de ellos pudo dar la menor información sobre la princesa. Lootie estaba casi tonta de terror y, aunque apenas podía andar, no se separó de Curdie ni un momento. De nuevo permitió que los demás registraran el resto de la casa, donde, salvo un duende consternado que merodeaba por aquí y por allá, no encontraron a nadie, mientras pedía a Lootie que lo llevara a la habitación de la princesa. Ella se mostró tan sumisa y obediente como si él hubiera sido el rey. Encontró la ropa de cama revuelta y la mayor parte de ella en el suelo, mientras que las prendas de la princesa estaban esparcidas por toda la habitación, que estaba sumida en la mayor confusión. Era evidente que los duendes habían estado allí, y Curdie ya no tenía ninguna

duda de que se la habían llevado al principio de la invasión. Con una punzada de desesperación advirtió su gran equivocación al no asegurar al rey, a la reina y al príncipe; pero decidió encontrar y rescatar a la princesa como ella lo había encontrado y rescatado a él, o correr el peor destino al que los duendes pudieran condenarlo.

Capítulo 28: Guía de Curdie

Justo cuando el consuelo de esta resolución se apoderó de su mente y se volvía hacia el sótano para seguir a los duendes a su agujero, algo le tocó la mano. Fue el más leve roce, y cuando miró no pudo ver nada. Tanteando y observando en el gris del amanecer, sus dedos se toparon con un hilo tenso. Miró de nuevo, con atención, pero seguía sin ver nada. Se le ocurrió que debía de ser el hilo de la princesa. Sin decir una palabra, pues sabía que nadie le creería más de lo que él había creído a la princesa, siguió el hilo con el dedo, se las ingenió para despistar a Lootie y pronto estuvo fuera de la casa y en la ladera de la montaña, sorprendido de que, si el hilo era realmente el mensajero de la abuela, hubiera conducido a la princesa, como él suponía, a la montaña, donde seguramente se encontraría con los duendes que regresaban enfurecidos por su derrota. Pero se apresuró a seguir adelante con la esperanza de alcanzarla primero. Sin embargo, cuando llegó al lugar donde el sendero se desviaba hacia la mina, descubrió que el hilo no giraba con él, sino que seguía recto montaña arriba. ¿Podría ser que el hilo lo llevara a casa

de su madre? ¿Podría estar allí la princesa? Subió la montaña como una cabra y, antes de que saliera el sol, el hilo lo había llevado a la puerta de su madre. Allí desapareció de sus dedos y no pudo encontrarlo por más que lo buscó.

La puerta estaba cerrada y entró. Su madre estaba sentada junto al fuego, y la princesa dormía profundamente en sus brazos.

—¡Calla, Curdie! —dijo su madre—. No la despiertes. Me alegro tanto de que hayas venido. Pensaba que los mazorcas te habían vuelto a atrapar.

Con el corazón lleno de alegría, Curdie se sentó en un



rincón de la chimenea, en un banquito frente a la silla de su madre, y contempló a la princesa, que dormía tan plácidamente como si estuviera en su propia cama. De repente abrió los ojos y los fijó en él.

—¡Oh, Curdie, has venido! —dijo en voz baja—. Pensé que vendrías.

Curdie se levantó y se detuvo ante ella con los ojos abatidos.

—Irene —dijo—, siento mucho no haberte creído.

—No importa, Curdie —respondió la princesa—. No podías, ¿sabes? Ahora me crees, ¿verdad?

—Ahora no puedo evitarlo. Debería haberlo dicho antes.

—¿Por qué no puedes evitarlo ahora?

—Porque, justo cuando iba a buscarte a la montaña, agarré tu hilo y me traje hasta aquí.

—Entonces vienes de mi casa, ¿verdad?

—Sí.

—No sabía que estabas allí.

—Llevo allí dos o tres días, creo.

—¡Y nunca lo supe! ¡Y nunca lo supe! Entonces, ¿quizás puedas decirme por qué mi abuela me ha traído aquí? No puedo pensar. Algo me despertó, no sabía qué, pero me asusté, busqué el hilo y ¡allí estaba! Me asusté aún más cuando me sacó a la montaña, porque pensé que me iba a llevar dentro de ella otra vez, y a mí me gusta más el exterior. Supuse que estabas otra vez en apuros y que tenía que sacarte de allí. Pero en lugar de eso me traje aquí; y, ¡oh, Curdie! Tu madre ha sido tan buena conmigo... ¡igual que mi propia abuela!

En ese momento, la madre de Curdie abrazó a la princesa, que se volvió, le dedicó una dulce sonrisa y levantó la boca para besarla.

—¿Entonces no has visto a los mazorcas? —preguntó Curdie.

—No; no he estado en la montaña, ya te lo he dicho, Curdie.

—Pero los mazorcas han estado en tu casa, por todas partes, y en tu dormitorio, ¡haciendo mucho alboroto!

—¿Qué querían allí? Fue muy grosero de su parte.

—Querían llevarte con ellos a la montaña, como esposa del príncipe Harelip.

—¡Oh, qué horror! —exclamó la princesa, estremeciéndose.

—Pero no debes tener miedo, ¿sabes? Tu abuela te cuida.

—Ah, ¿entonces crees en mi abuela? Me alegro mucho. Ella me hizo pensar que algún día lo harías.

De repente, Curdie recordó su sueño y se quedó en silencio, pensando.

—Pero, ¿cómo has llegado a estar en mi casa sin que yo lo supiera? —preguntó la princesa.

Entonces Curdie tuvo que explicarlo todo: cómo había velado por ella, cómo había sido herido y encerrado por los soldados, cómo había oído los ruidos y no podía levantarse, y cómo la hermosa anciana había acudido a él, y todo lo que siguió.

—Pobre Curdie, ahí tendido, herido y enfermo, ¡y yo sin enterarme de nada! —exclamó la princesa, acariciándole la áspera mano—. Habría ido a cuidarte si me lo hubieran dicho.

—No había visto que estás cojo —dijo su madre.

—¿Lo estoy, madre? Sí, supongo que debería estarlo. Te aseguro que nunca había pensado en ello desde que me levanté para luchar contra los mazorcas.

—Déjame ver la herida —dijo su madre.

Se bajó las medias, y he aquí que, salvo una gran cicatriz, ¡tenía la pierna perfectamente sana!

Curdie y su madre se miraron a los ojos, llenos de asombro, pero Irene gritó:

—¡Eso pensaba, Curdie! Estaba segura de que no era un sueño. Estaba segura de que mi abuela había ido a verte.

¿No hueles las rosas? Fue mi abuela la que te curó la pierna y te envió a ayudarme.

—No, princesa Irene —dijo Curdie—. No fui lo bastante bueno como para que me dejaran ayudarte; no te creí. Tu abuela te cuidó sin mí.

—Ella te envió a ayudar a mi gente. Ojalá viniera mi rey-padre. Quiero decirle lo bueno que has sido.

—Pero —dijo la madre—, olvidamos lo asustada que debe estar tu gente. Debes llevar a la princesa a casa de inmediato, Curdie, o al menos ir y decirles dónde está.

—Sí, madre. Pero tengo mucha hambre. Déjame desayunar primero. Deberían haberme escuchado, y así no se habrían visto sorprendidos como lo fueron.

—Eso es cierto, Curdie; pero no eres tú quien debe culparlos. ¿Te acuerdas?

—Sí, madre, lo recuerdo. Pero realmente debo comer algo.

—Lo tendrás, niño, tan pronto como pueda —dijo su madre, levantándose y sentando a la princesa en su silla. Pero antes de que su desayuno estuviera listo, Curdie se levantó de un salto tan repentino que sobresaltó a sus dos compañeras.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó—. Lo había olvidado. Debes llevar a la princesa a casa tú misma. Debo ir a despertar a mi padre.

Sin dar explicaciones, corrió al lugar donde dormía su padre. Después de despertarlo con lo que le dijo, salió corriendo de la cabaña.

Capítulo 29: Trabajo de albañilería

Al instante recordó la resolución de los duendes de llevar a cabo su segundo plan en caso que el primero fracasara. Sin duda ya estaban ocupados, y la mina corría el enorme peligro de inundarse e inutilizarse, por no hablar de las vidas de los mineros.

Cuando llegó a la boca de la mina, después de despertar a todos los mineros a su alcance, encontró a su padre y a muchos más que acababan de entrar. Todos se apresuraron hacia la cuadrilla por la que había encontrado un camino hacia el país de los duendes. Allí, la previsión de Peter ya había reunido una gran cantidad de bloques de piedra, con cemento, listos para reforzar el lugar débil, bien conocido por los duendes. Aunque no había sitio para que más de dos estuvieran trabajando a la vez, se las arreglaron, poniendo a todos los demás a trabajar en la preparación del cemento y el paso de las piedras, para terminar en el transcurso del día un enorme contrafuerte que llenaba toda la galería y estaba sustentado en todas partes por la roca viva. Antes de la hora en que solían dejar de trabajar, estaban satisfechos de que la mina estuviera segura. Habían oído martillos y picos de duendes todo el tiempo, y al final les pareció oír ruidos de agua que nunca antes habían oído. Pero cuando salieron de la mina ya no fue así, pues se encontraron con una tremenda tormenta que azotaba toda la montaña. Los truenos rugían y los relámpagos brotaban de una enorme nube negra que se

extendía por encima y colgaba por sus bordes de espesa niebla. Los relámpagos salían también de la montaña y se clavaban en la nube. Por el estado de los arroyos, ahora crecidos hasta convertirse en furiosos torrentes, era evidente que la tormenta había estado cayendo durante todo el día.

El viento soplaba como si fuera a derribar la montaña pero, preocupado por su madre y la princesa, Curdie se lanzó a través de la furia de la tormenta. Aunque no hubieran salido antes de que se desatara la tormenta, no las consideraba a salvo, pues con semejante tormenta hasta su pobre casita corría peligro. De hecho, pronto se dio cuenta de que, de no ser

por una enorme roca contra la que estaba construida y que la protegía tanto de las ráfagas como de las aguas, habría sido barrida, si es que no se la hubiera llevado el viento; porque los dos torrentes en los que esta roca dividía la corriente de agua detrás de ella se unían



de nuevo delante de la casa, dos torrentes rugientes y peligrosos, que su madre y la princesa no podrían haber pasado. Con gran dificultad se abrió paso a través de uno de ellos y llegó hasta la puerta.

En el momento en que su mano cayó sobre el pestillo, a través de todo el alboroto de vientos y aguas llegó el alegre grito de la princesa:

—¡Ahí está Curdie! ¡Curdie! ¡Curdie!

Estaba sentada en la cama, envuelta en mantas, mientras su madre intentaba por enésima vez encender el fuego, ahogado por la lluvia que caía por la chimenea. El suelo de arcilla era una masa de barro, y todo el lugar tenía un aspecto miserable. Pero los rostros de la madre y la princesa resplandecían como si sus problemas solo las hicieran más felices. Curdie se echó a reír al verlas.

—Nunca me había divertido tanto —dijo la princesa con los ojos brillantes y los dientes relucientes—. Qué bonito debe ser vivir en una casita en la montaña.

—Todo depende de cómo sea tu casa por dentro —dijo la madre.

—Sé lo que quieres decir —dijo Irene—. Ese es el tipo de cosas que dice mi abuela.

Cuando Peter regresó, la tormenta casi había terminado, pero los torrentes eran tan feroces y estaban tan crecidos que no solo era imposible que la princesa bajara de la montaña, sino que era muy peligroso que Peter o Curdie lo intentaran en la oscuridad.

—Estarán muy asustados por ti —le dijo Peter a la princesa—, pero no podemos evitarlo. Debemos esperar a mañana.

Con la ayuda de Curdie se encendió por fin el fuego y la madre se dispuso a preparar la cena; después de cenar, todos contaron cuentos a la princesa hasta que empezó a tener sueño. Entonces, la madre de Curdie la acostó en la cama de Curdie, que estaba en una pequeña alcoba. En cuanto estuvo en la cama, a través de una

ventanita que había en el tejado, vio brillar a lo lejos la lámpara de su abuela, y contempló el hermoso globo plateado hasta que se quedó dormida.

Capítulo 30: El rey y el beso

A la mañana siguiente salió un sol tan brillante que Irene dijo que la lluvia le había lavado la cara y había dejado salir la luz pura. Los torrentes seguían rugiendo por la ladera de la montaña, pero eran tanto más pequeños que no resultaban peligrosos a la luz del día. Después de desayunar temprano, Peter se puso a trabajar y Curdie y su madre se dispusieron a llevar a la princesa a casa. Tuvieron dificultades para llevarla seca a través de los arroyos, y Curdie tuvo que cargarla una y otra vez, pero al fin llegaron a salvo a la parte más ancha del camino, y bajaron tranquilamente hacia la casa del rey. Y, al doblar la última esquina, ¡qué vieron, sino al último miembro de la tropa del rey que entraba por la puerta!

—¡Oh, Curdie! —gritó Irene, aplaudiendo con alegría—. Mi rey-padre ha llegado.

En cuanto Curdie oyó eso, la levantó en brazos y se puso en marcha a toda velocidad, gritando:

—¡Vamos, madre querida! Al rey podría rompérsele el corazón antes de saber que ella está a salvo.

Irene se le echó al cuello y él corrió con ella como un ciervo. Cuando entró por la puerta del patio, allí estaba sentado el rey en su caballo, con toda la gente de la casa a su alrededor, llorando y agachando la cabeza. El

rey no lloraba, pero su rostro estaba blanco como el de un muerto, y parecía que se le hubiera ido la vida. Los hombres de guardia que había traído con él estaban sentados con rostros horrorizados y ojos brillantes de rabia, esperando solo la palabra del rey para hacer algo; no sabían qué, y nadie sabía qué.

El día anterior, los hombres de guardia de la casa, en cuanto se cercioraron de que se habían llevado a la princesa, corrieron tras los duendes hacia el agujero, pero se encontraron con que éstos ya habían bloqueado muy hábilmente la parte más estrecha, no muchos metros por debajo del sótano, que sin mineros y sus herramientas no podían hacer nada. Ninguno de ellos sabía dónde estaba la boca de la mina, y algunos de los que habían salido a buscarla habían sido alcanzados por la tormenta y aún no habían regresado. El pobre Sir Walter estaba especialmente avergonzado, y casi esperaba que el rey ordenara que le cortaran la cabeza, pues pensar en su dulce carita entre los duendes era insoportable.

Cuando Curdie entró corriendo por la puerta con la princesa en brazos, todos estaban tan absortos en su propia miseria y sobrecogidos por la presencia y el dolor del rey, que nadie observó su llegada. Se dirigió directamente hacia el rey, que estaba sentado en su caballo.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó la princesa, tendiéndole los brazos—. ¡Aquí estoy!

El rey quedó boquiabierto. El color se le volvió a la cara. Lanzó un grito inarticulado. Curdie levantó a la princesa,

y el rey se inclinó y la tomó de sus brazos. Mientras la estrechaba contra su pecho, grandes lágrimas cayeron por sus mejillas y su barba. Y fue tal el griterío de todos los espectadores que los caballos, sobresaltados, brincaban y hacían piruetas, y las armaduras sonaban y repiqueteaban, y las rocas de la montaña se hacían eco de los ruidos. La princesa saludó a todos mientras se acurrucaba en el pecho de su padre, y el rey no la dejó en paz hasta que les hubo contado toda la historia. Pero tenía más que contar sobre Curdie que sobre sí misma, y lo que contaba sobre sí misma nadie podía entenderlo, excepto el rey y Curdie, que estaba de pie junto a las rodillas del rey acariciando el cuello del gran caballo blanco. Y mientras ella contaba lo que Curdie había hecho, Sir Walter y los demás añadían algo a lo que ella contaba, incluso Lootie se unía a los elogios de su valor y energía.

Curdie guardó silencio, mirando tranquilamente a la cara del rey. Y su madre se quedó detrás de la multitud, escuchando con deleite, pues las hazañas de su hijo eran agradables a sus oídos, hasta que la princesa la divisó.

—¡Y ahí está su madre, rey-padre! —dijo—. Mira; es una madre muy buena, y ha sido muy amable conmigo.

Todos se separaron cuando el rey le hizo una señal para que se acercara. Ella obedeció y él le dio la mano, pero no pudo hablar.

—Y ahora, rey-padre —continuó la princesa—, debo contarte otra cosa. Una noche, hace mucho tiempo, Curdie ahuyentó a los duendes y nos trajo a Lootie y a mí a salvo desde la montaña. Y le prometí un beso

cuando llegamos a casa, pero Lootie no me dejó dárselo. No quiero que regañes a Lootie, pero quiero que le digas que una princesa debe hacer lo que promete.

—Por supuesto que debe hacerlo, hija mía, a menos que se equivoque —dijo el rey—. Dale un beso a Curdie.

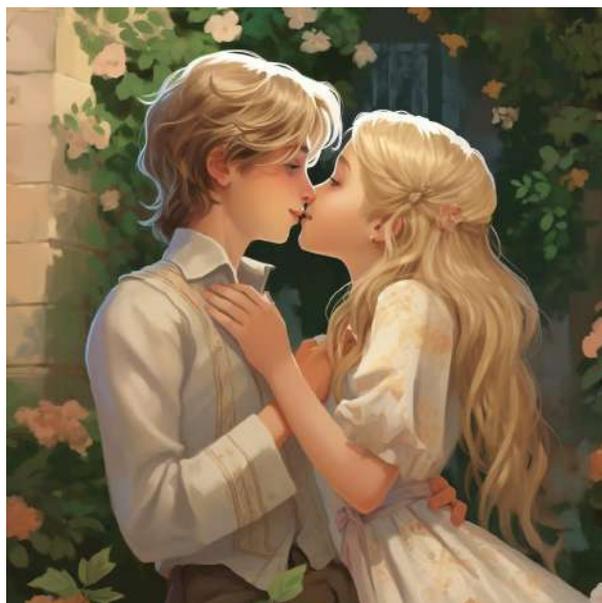
Y mientras hablaba la acercó hacia él.

La princesa se agachó, echó los brazos al cuello de Curdie y lo besó en la boca, diciendo:

—¡Aquí tienes, Curdie! Aquí tienes el beso que te prometí.

Luego todos entraron en la casa, y la cocinera corrió a la cocina y los criados a su trabajo. Lootie vistió a Irene con sus ropas más brillantes, y el rey se quitó la armadura y se vistió de

púrpura y oro; se envió un mensajero a buscar a Peter y a todos los mineros, y hubo un gran banquete, que continuó mucho después de que la princesa se acostara.



Capítulo 31: Las aguas subterráneas

El arpista del rey, que siempre formaba parte de su escolta, estaba cantando una balada que había compuesto mientras tocaba su instrumento, sobre la princesa, los duendes y las proezas de Curdie, cuando de

repente se detuvo, con los ojos puestos en una de las puertas del salón. En ese momento, los ojos del rey y de sus invitados se volvieron también hacia allí. Al momento siguiente, por la puerta abierta entró la princesa Irene. Se acercó directamente a su padre, con la mano derecha extendida un poco hacia un lado y el índice, según comprendieron su padre y Curdie, tanteando el hilo invisible. El rey la tomó sobre sus rodillas y ella le dijo al oído:

—Rey-padre, ¿oyes ese ruido?

—No oído nada —dijo el rey.

—Escucha —dijo ella levantando el índice.

El rey escuchó, y una gran quietud descendió en el lugar. Cada uno de los hombres, al ver que el rey escuchaba, escuchó también, y el arpista se sentó con el arpa entre los brazos y el dedo en silencio sobre las cuerdas.

—Oigo un ruido —dijo al fin el rey—, un ruido como de truenos lejanos. Se acerca cada vez más. ¿Qué puede ser?

Todos lo oyeron ahora, y cada uno parecía a punto de ponerse en pie mientras escuchaba. Sin embargo, todos permanecieron inmóviles. El ruido se acercaba rápidamente.

—¿Qué puede ser? —volvió a decir el rey.

—Creo que debe ser otra tormenta que viene de la montaña —dijo Sir Walter

Entonces Curdie, que a la primera palabra del rey había resbalado de su asiento y apoyado la oreja en el suelo,

se levantó rápidamente y acercándose al rey le dijo, hablando muy rápido:

—Por favor, Su Majestad, creo que sé lo que es. No tengo tiempo de explicárselo, pues podría ser demasiado tarde para algunos de nosotros. ¿Quiere Su Majestad dar orden de que todo el mundo abandone la casa lo antes posible y suba a la montaña?

El rey, que era el hombre más sabio del reino, sabía bien que había un momento en que las cosas debían hacerse y las preguntas dejarse para después. Tenía fe en Curdie, y se levantó al instante, con Irene en brazos.

—Todos los hombres y mujeres, síganme —dijo, y se adentró en la oscuridad.

Antes de llegar a la puerta, el ruido se había convertido en un gran estruendo y el suelo temblaba bajo sus pies; y antes de que el último de ellos hubiera cruzado el patio, un enorme torrente de agua turbia salió tras ellos de la puerta del gran salón y casi los arrastró. Pero



salieron sanos y salvos por la puerta y subieron a la montaña, mientras el torrente bajaba rugiendo por el camino hacia el valle.

Curdie había dejado al rey y a la princesa para cuidar de su madre, a quien él y su padre, uno a cada lado, alcanzaron cuando el torrente los alcanzó, y la llevaron a salvo y seca.

Cuando el rey se hubo apartado del camino del agua, un poco más arriba de la montaña, se quedó de pie con la princesa en brazos, mirando hacia atrás con asombro el torrente que brotaba, brillando feroz y espumoso a través de la noche. Allí Curdie se reunió con ellos.

—Ahora, Curdie —dijo el rey—, ¿qué significa esto? ¿Es esto lo que esperabas?

—Lo es, Su Majestad —dijo Curdie; y procedió a contarle el segundo plan de los duendes que, creyendo que los mineros eran más importantes que ellos para el mundo superior, habían resuelto que, si fracasaban en su intento de llevarse a la hija del rey, inundarían la mina y ahogarían a los mineros. Luego explicó lo que los mineros habían hecho para impedirlo. Los duendes, en cumplimiento de su plan, habían soltado todos los embalses y arroyos subterráneos, esperando que el agua corriera hacia la mina, que estaba más baja que su parte de la montaña, pues, según suponían, al no conocer la sólida pared que había detrás, habían abierto un paso hacia ella. Pero la salida más rápida que el agua podía encontrar había resultado ser el túnel que habían hecho hasta la casa del rey, cuya posibilidad de catástrofe no se le había ocurrido al joven minero hasta que puso la oreja en el suelo de la sala.

¿Qué hacer entonces? La casa parecía en peligro de derrumbarse, y el torrente crecía a cada momento.

—Debemos partir de inmediato —dijo el rey—. Pero, ¿cómo llegar a los caballos?

—¿Debo ver si podemos hacerlo? —dijo Curdie.

—Hazlo —dijo el rey.

Curdie reunió a los hombres de guardia y los llevó al otro lado del muro del jardín, hasta los establos.

Encontraron a sus caballos aterrorizados; el agua crecía rápidamente a su alrededor y ya era hora de sacarlos.

Pero no había manera de sacarlos, excepto montándolos a través de la corriente, que ahora se derramaba por las ventanas inferiores, así como por la puerta. Como un solo caballo bastaba a cualquier hombre para atravesar semejante torrente, Curdie montó en el corcel blanco del rey y, encabezando la marcha, los llevó a todos a salvo hasta el terreno elevado.

—¡Mira, mira, Curdie! —gritó Irene en el momento en que, habiendo desmontado, condujo el caballo hasta el rey.

Curdie miró y vio, en el aire, en algún lugar cerca de la cima de la casa del rey, un gran globo de luz que brillaba como la plata más pura.

—¡Oh! —exclamó algo consternado—. Esa es la lámpara de tu abuela. Tenemos que sacarla. Iré a buscarla; la casa puede derrumbarse.

—Mi abuela no corre peligro —dijo Irene sonriendo.

—Ven, Curdie, toma a la princesa mientras yo subo a mi caballo —dijo el rey.

Curdie volvió a tomar a la princesa, y ambos volvieron los ojos hacia el globo de luz. En el mismo instante salió disparado de él un pájaro blanco que, descendiendo con las alas extendidas, dio una vuelta alrededor del rey, de Curdie y de la princesa, y luego volvió a planear hacia arriba. La luz y la paloma desaparecieron juntas.

—¡Ahora, Curdie! —dijo la princesa, mientras él la alzaba a los brazos de su padre—. Ya ves que mi abuela lo sabe todo y no tiene miedo. Creo que podría caminar por el agua y no se mojaría ni un poco.

—Pero, hija mía —dijo el rey—, pasarás frío si no llevas puesto algo más. Corre, Curdie, niño mío, y trae todo lo que puedas para abrigar a la princesa. Nos espera un largo viaje.

Curdie se fue al instante, y pronto regresó con una magnífica piel y la noticia de que había duendes muertos girando en la corriente a través de la casa. Habían caído en su propia trampa; en lugar de la mina habían inundado su propio país, de donde ahora eran arrastrados ahogados. Irene se estremeció, pero el rey la estrechó contra su pecho. Luego se volvió hacia Sir Walter, y dijo:

—Trae aquí al padre y a la madre de Curdie.

—Deseo —dijo el rey cuando estuvieron frente a él—, llevarme a su hijo conmigo. Entrará de inmediato en mi escolta y esperará a ser ascendido.

Peter y su esposa, abrumados, solo murmuraron un agradecimiento casi inaudible. Pero Curdie habló en voz alta.

—Por favor, Su Majestad —dijo—, no puedo dejar a mi padre y a mi madre.

—Así es, Curdie —gritó la princesa—. Yo en tu lugar no lo haría.

El rey miró a la princesa y luego a Curdie con un brillo de satisfacción en el rostro.

—Yo también creo que tienes razón —dijo—, y no volveré a preguntártelo. Pero alguna vez tendré la oportunidad de hacer algo por ti.

—Su Majestad ya me ha permitido servirle —dijo Curdie.

—Pero, Curdie —dijo su madre—, ¿por qué no te vas con el rey? Podemos arreglárnosla muy bien sin ti.

—Pero yo no puedo estar muy bien sin ti —dijo Curdie—. El rey es muy amable, pero yo no podría serle ni la mitad de útil de lo que soy para ti. Por favor, Su Majestad, ¿si no le importa regalarle a mi madre una enagua roja! Si no fuera por los duendes, hace tiempo que se la habría regalado.

—En cuanto lleguemos a casa —dijo el rey—, Irene y yo buscaremos la más abrigada que se pueda encontrar y se la enviaremos por medio de uno de los caballeros.

—¡Sí, eso haremos, Curdie! —dijo la princesa—. Y el verano que viene volveremos y te veremos llevándola, mamá de Curdie. —añadió— ¿Verdad, rey-padre?

—Sí, amor mío; eso espero —dijo el rey.

Luego, volviéndose hacia los mineros, dijo:

—¿Harán lo mejor que puedan por mis sirvientes esta noche? Espero que mañana puedan volver a la casa.

Los mineros, a una sola voz, prometieron su hospitalidad.

Entonces el rey ordenó a sus sirvientes que hicieran caso de lo que Curdie les dijera, y después de

estrecharle la mano a él, a su padre y a su madre, el rey, la princesa y toda su compañía se alejaron

cabalgando por la orilla del nuevo arroyo, que ya había devorado la mitad del camino, hacia la noche estrellada.

Capítulo 32: El último capítulo

Todos los demás subieron a la montaña y se separaron en grupos para ir a las casas de los mineros. Curdie, su padre y su madre llevaron a Lootie con ellos. Durante todo el trayecto, una luz, cuyo origen comprendieron todos menos Lootie, brilló en su camino. Pero cuando miraron a su alrededor no pudieron ver nada del globo plateado.

Durante días y días el agua siguió saliendo por las puertas y ventanas de la casa del rey, y algunos cadáveres de duendes fueron arrastrados hasta el camino.

Curdie vio que había que hacer algo. Habló con su padre y con el resto de los mineros, e inmediatamente procedieron a hacer otra salida para las aguas. Todos pusieron manos a la obra, cavando túneles aquí y construyendo allá, y pronto lo consiguieron; y habiendo hecho también un pequeño túnel para drenar el agua de debajo de la casa del rey, pronto pudieron entrar en la bodega, donde encontraron una multitud de duendes muertos, entre ellos la reina, sin el zapato de piel y con el de piedra sujeto al tobillo, pues el agua había barrido la barricada que impedía a los hombres de guardia seguir a los duendes y había ensanchado mucho el pasadizo. Lo reconstruyeron para que fuera seguro y volvieron a sus labores en la mina.

Un buen número de duendes con sus criaturas escaparon de la inundación en la montaña. Pero la mayoría de ellos abandonaron pronto aquella parte del

país, y la mayoría de los que se quedaron se volvieron de carácter más suave; de hecho, se parecieron mucho a los duendes escoceses. Sus cráneos se ablandaron al igual que sus corazones, y sus pies se endurecieron, y poco a poco se volvieron amistosos con los habitantes de la montaña e incluso con los mineros. Pero éstos no tenían piedad con ninguna de las criaturas que se cruzaban en su camino, hasta que al final casi desaparecieron. El resto de la historia de La Princesa y Curdie debe reservarse para otro tomo.

